

I residencia *de* literatura *y* medio ambiente

Centro Nacional de Educación Ambiental
CENEAM

Valsáin / 2023



I
residencia
deliteratura
medio ambiente
I

residencia
deliteratura
medio ambiente
I

residencia
deliteratura
medio ambiente
I
residencia
deliteratura
medio ambiente
I

Autoría

Personas participantes en la Residencia por orden alfabético del primer apellido:
Lorenzo Asensio Jambrina, Lola Callejón Acién, Manuel Cortés Blanco, Pepa Gisbert Aguilar, Luisa Martínez Lorenzo, Cristian Moyano Fernández, Jorge Riechmann Fernández, Luci Romero Rosa, Estefanía Soto Sánchez y Francisco Torrents Rodríguez.

Coordinación

Rosario Toril Moreno

Centro de Documentación del Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM)
Organismo Autónomo Parques Nacionales. Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico.

Antonio Sandoval Rey

Diseño y maquetación

Álvaro García Cocero.

Centro Nacional de Educación Ambiental

Ilustración de portada

Francisco Torrents

Edita

Organismo Autónomo Parques Nacionales

Año: 2024

NIPO: 678-24-018-X

ISBN : 978-84-8014-986-0



Este documento está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

Las ideas, interpretaciones y opiniones expresadas en esta obra literaria son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente la postura oficial de Centro Nacional de Educación Ambiental, Organismo Autónomo Parques Nacionales. Aunque los temas tratados exploran cuestiones ambientales y ecológicas, el CENEAM-OAPN no garantiza la precisión científica de los conceptos ni respalda ninguna postura ideológica específica en relación con el medio ambiente o la sostenibilidad. La obra está destinada a la reflexión y la creatividad, y cualquier acción o postura tomada por el lector a partir de esta obra es bajo su propia decisión.

Índice



Prólogo	5
Enmarque de la Residencia	6
Lorenzo Asensio Jambrina	8
Lola Callejón Ación	11
Manuel Cortés Blanco	31
Pepa Gisbert Aguilar	40
Luisa Martínez Lorenzo	55
Cristian Moyano Fernández	86
Jorge Riechmann Fernández	93
Luci Romero Rosa	103
Estefanía Soto Sánchez	111
Francisco Torrents Rodríguez	117

Prólogo

La educación ambiental para la sostenibilidad (EAS) es una disciplina que abarca infinidad de facetas, públicos destinatarios, temáticas o metodologías y cuyo fin último persigue crear una sociedad conocedora, concienciada y capaz de afrontar los retos socioambientales que vivimos en el mundo actual.

A tal fin, en el año 2021 se aprobó un plan de ámbito nacional, el Plan de Acción de Educación Ambiental para la Sostenibilidad (PAEAS), que recoge un compendio de medidas para la transversalización e innovación y mejora de los programas de EAS, la inclusión de la sostenibilidad en el sistema educativo y formativo, el impulso de la profesionalización y la mejora de los escenarios de intervención de la EAS, y la promoción de la comunicación y acción ciudadana en esta materia.

El PAEAS persigue, a través de uno de sus objetivos específicos, el desarrollo de líneas de investigación y de innovación que contribuyan a la mejora de las intervenciones educativo-ambientales, prestando especial atención a la inclusión de la dimensión artística y creativa en la construcción de nuevas narrativas ambientales y sociales. Y es aquí donde el Organismo Autónomo Parques Nacionales, a través del Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM), pretende incidir con la puesta en marcha de un Programa de fomento de la creación literaria sobre temática ambiental. Y es que la literatura puede ser una herramienta para trabajar por la educación ambiental.

Este programa, que se ha materializado en la I Residencia de Literatura y Medio Ambiente del CENEAM, ha dado como fruto un conjunto de obras literarias de temática ambiental que quedan recogidas en esta publicación, y que es un gran y hermoso ejemplo del uso de la literatura al objeto de educar ambientalmente en la sostenibilidad.

Javier Pantoja Trigueros
Director del Organismo Autónomo Parques Nacionales

Enmarque de la Residencia

Entre el 27 de noviembre y el 5 de diciembre de 2023 se celebró la I Residencia de Literatura y Medio Ambiente del Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM), del Organismo Autónomo Parques Nacionales, en sus instalaciones de Valsaín, Segovia. Enmarcada en la acción del Programa de trabajo para el 2023 del PAEAS “Conexión de los programas de EAS con museos, centros culturales y de arte para incluir la dimensión artística y creativa en la construcción de nuevas narrativas ambientales y sociales”, respondió en concreto al objetivo específico de “Impulsar el desarrollo de líneas de investigación y de innovación que contribuyan a la mejora de las intervenciones educativo-ambientales”.

Se determinaron a tal fin como objetivos de esta Residencia Literaria:

- | Fomentar nuevas narrativas ambientales en formatos literarios.
- | Apoyar el trabajo creativo en materia de literatura y medio ambiente.
- | Fomentar un espacio de inspiración e intercambio.
- | Realizar una publicación final.
- | Difusión de los trabajos en los medios de comunicación y publicación del CENEAM-OAPN.

Además de este marco, el desarrollo de esta actividad viene sustentada por las directrices internacionales de la Sección de Medio Ambiente, Sostenibilidad y Bibliotecas (ENSULIB) de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas (IFLA), que promueven que las Bibliotecas Verdes deben ofrecer espacios para compartir y organizar actividades de sensibilización ambiental que despierten el sentido crítico de las personas en estos tiempos de emergencia climática. También enlaza con el Programa de Educación para el Desarrollo Sostenible (EDS) de la UNESCO, ya que la realización de esta Residencia ayuda a “empoderar a las personas para que asuman su responsabilidad frente a las generaciones presentes y futuras y contribuyan activamente a la transformación de la sociedad”. Y finalmente, con los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030.

¿Cómo se llevó a cabo?

Durante su estancia en la Residencia Literaria, diez escritoras y escritores de muy diversos géneros y orígenes geográficos dedicaron largas horas a trabajar en sus creaciones en la Biblioteca del CENEAM, apoyándose en su especializado fondo. Y participaron, además, en tertulias y paseos literarios, visitas guiadas, presentaciones de libros y otras actividades que incluyeron infinidad de charlas improvisadas que contribuyeron no solo a crear un extraordinario ambiente humano, sino además a forjar tanto amistades como recuerdos imborrables.

En esas intensas jornadas, el CENEAM sonó y resonó como nunca antes con los ecos de la literatura, una herramienta que cada vez se revela como de mayor valor para meditar acerca de nuestra condición entre el resto de criaturas vivas, celebrar esa biodiversidad de que formamos parte o comprender y afrontar la crisis medioambiental que tenemos obligación de resolver.

Así fue como, uno de los días de esta Residencia Literaria, los pinos de Valsaín se reunieron alrededor de las autoras y autores participantes para escuchar algunos de sus textos y conversaciones. A unos metros, un regato murmuraba algo así como una idea de fondo. Era una idea sin comienzo ni fin. Su argumento iba y venía para ser antes y después océano, nube, lluvia, estanque, y a la vez inspiración, verso, párrafo, libro. Era una idea como reconfortante. Como necesaria. Los pinos se sintieron girar en ese ciclo. Sus troncos eran todo atención. Las ramas más próximas a aquellas personas recogían con delicadeza las palabras que iban escuchando, y se las pasaban luego unas a otras, como cuando comparten una brisa. Todo fue, de repente, raíz. Y brote, también.

Resultado de infinidad de instantes como aquel, y de la vocación de ese grupo de personas enamoradas de la Tierra y de la Literatura, presentamos en este volumen la colección de textos creados por ellas como parte de su trabajo creativo en aquellos días de inolvidable encuentro.



Lorenzo Asensio Jambrina

Asombrarse y preguntarse

Quizá, para ser alguien, necesites saber antes dónde lo eres

Antonio Sandoval Rey, *La torre*

Generar un espacio para ponerle nombre

Luci Romero, *Western*

¿Qué puede hacer la literatura por la conservación del medio ambiente? Esta es, más o menos, una de las preguntas que Antonio Sandoval nos propuso dentro de la I Residencia de Literatura y Naturaleza del CENEAM. Hubo un intenso debate sobre la necesidad pedagógica de nuestros escritos. Yo me mantuve y me mantengo en la posición de quien prefiere que la literatura no se construya desde la imposición de unas determinadas respuestas sino a la formulación abierta de preguntas. Las preguntas que consiga abrir un texto, en toda su contradictoria y profunda complejidad, obligarán al lector despierto a enfrentarse por sí solo al debate o, también puede ser, a disfrutar de lo leído sin que trascienda a un plano más intelectual. Por supuesto, otro caso es el de los escritos divulgativos o científicos, pero mi perfil es puramente artístico y dejo el apartado más técnico para la reflexión de mis compañeros.

Durante aquella discusión, yo sostuve que lo mejor que podía hacer un escritor para acercar la naturaleza a sus lectores era, simplemente, entusiasmarse con ella. No me gusta la palabra “concienciar”, creo que lleva implícita una idea retórica claramente enfocada hacia la persuasión, es decir, a conseguir que el otro piense como tú piensas. Eso es muy diferente a ofrecerle a alguien las herramientas para que piense, a secas, y saque sus propias conclusiones. Puse los ejemplos de J.R.R Tolkien, Italo Calvino y Hayao Miyazaki, tres autores imposibles de entender sin su estrecha vinculación con el entorno natural, pero que se acercan a él desde la contemplación, la pertenencia, la empatía... llamadlo como queráis, pero nunca desde el adoctrinamiento. Si yo encuentro la paz en los árboles, si adoro las palabras “montaraz” o “emboscarse”, si he ayudado a limpiar playas o si quise estudiar biología durante un tiempo, fue por ellos, porque, a través de las palabras, me animaron a entusiasmarme con aquello que les entusiasmaba, mientras que, por otro lado, muchas actividades educativas de concienciación en el entorno educativo generaron en mí cierto rechazo o hastío.

Yo sinceramente creo que para el niño y para los padres que buscan guiarle, no es siquiera la mitad de importante conocer como sentir. (...) Una vez han surgido las emociones, el sentido de la belleza, el entusiasmo por lo nuevo y lo desconocido, la sensación de simpatía, compasión, admiración o amor, entonces deseamos el conocimiento sobre el objeto de nuestra conmoción.

Es más importante preparar el camino del niño que quiere conocer que darle un montón de datos que no está preparado para asimilar.

Estas citas son de Rachel Carson, de su libro *El sentido del asombro*. Le cuento a Pani que estoy escribiendo sobre este tema y ella me habla de su última lectura. Me explica que Carson fue una bióloga marina de principios del siglo XX, una figura comprometida en su momento, que generó rechazo dentro del mundo científico por defender una aproximación a la naturaleza menos intelectual o menos técnica, más sensitiva. Hablamos un poco sobre el tema, qué piensa cada uno, sentados en un césped a la orilla del Pisuerga. Pani es educadora infantil y filósofa entre otras muchas cosas y tengo muy presente su punto de vista. Me habla de que la palabra *wonder*, en inglés, significa a un tiempo *preguntarse* y *asombrarse*, que hacerse preguntas nace necesariamente de la fascinación. Después me envía la fotografía de algunas de las páginas de *El sentido del asombro* que había ido subrayando.

No creo que debemos preocuparnos por cómo enfocar nuestra escritura, si es que nuestra intención es comunicar la importancia que le damos a la sostenibilidad o los valores que contemplamos como necesarios: si un escritor está empapado de naturaleza, escribirá sobre ella. No puede ser de otra manera, porque forma parte de él. Cuanto más aprenda y profundice en aquello que le apasiona, más herramientas encontrará para comunicárselo a otros, debiendo aceptar que no todo el mundo comparte sus prioridades y que muchos, finalmente, no opinarán del mismo modo.

Para ponerme como ejemplo, yo aprendí mucho de mis compañeros de residencia gracias a su entusiasmo. Llevaba meses preguntándome por qué tenía tan arraigado en mí el impulso de vincular mis últimas obras con lugares muy concretos: la playa de Itzurun, en Zarautz; la cueva prehistórica y las bellísimas cascadas de Orbaneja del Castillo; el entorno calcinado de la Sierra de la Culebra y Ribadelago Viejo... De nuevo, Antonio Sandoval nos propuso reflexionar sobre Literatura y Territorio y, para mi sorpresa, vi que aquellos días de escritura y excursiones me habían dado la respuesta: había escrito sobre esos lugares desde un profundo sentimiento de *pertenencia*.

Antonio abrió el debate con una cita, de un autor cuyo nombre no llegué a apuntar, pero que decía: «Mientras carezca de poeta, un lugar no es un lugar». Heidegger distingue entre *espacio* y *lugar*. Un *lugar* es un espacio que está habitado, tiene una historia y unas narraciones particulares que lo diferencian de cualquier otro espacio similar, lo delimitan y lo cargan de una atmósfera o de un significado. Frente a ellos, la filosofía contemporánea contempla los *no-lugares* (centros comerciales, aeropuertos, restaurantes de comida rápida...) como espacios impersonales, idénticos en cualquier cultura y territorio del planeta. Para construir espacios significativos, lugares para *habitar*, es necesario un sustrato cultural que nos hable de quiénes somos en relación a ellos. Las narraciones, la poesía, la música, la artesanía... nos ayudan a conocerlos y a habitarlos, a compartirlos con los demás y a desarrollar un sentimiento de pertenencia: esos lugares tienen nuestra huella, hemos sido allí, otros han sido allí antes y otros serán después. La suma de todas esas experiencias individuales queda fijada en el imaginario colectivo y allí pervive gracias a los artistas que dejan algo capaz de pervivir en la memoria y contarnos quiénes somos.

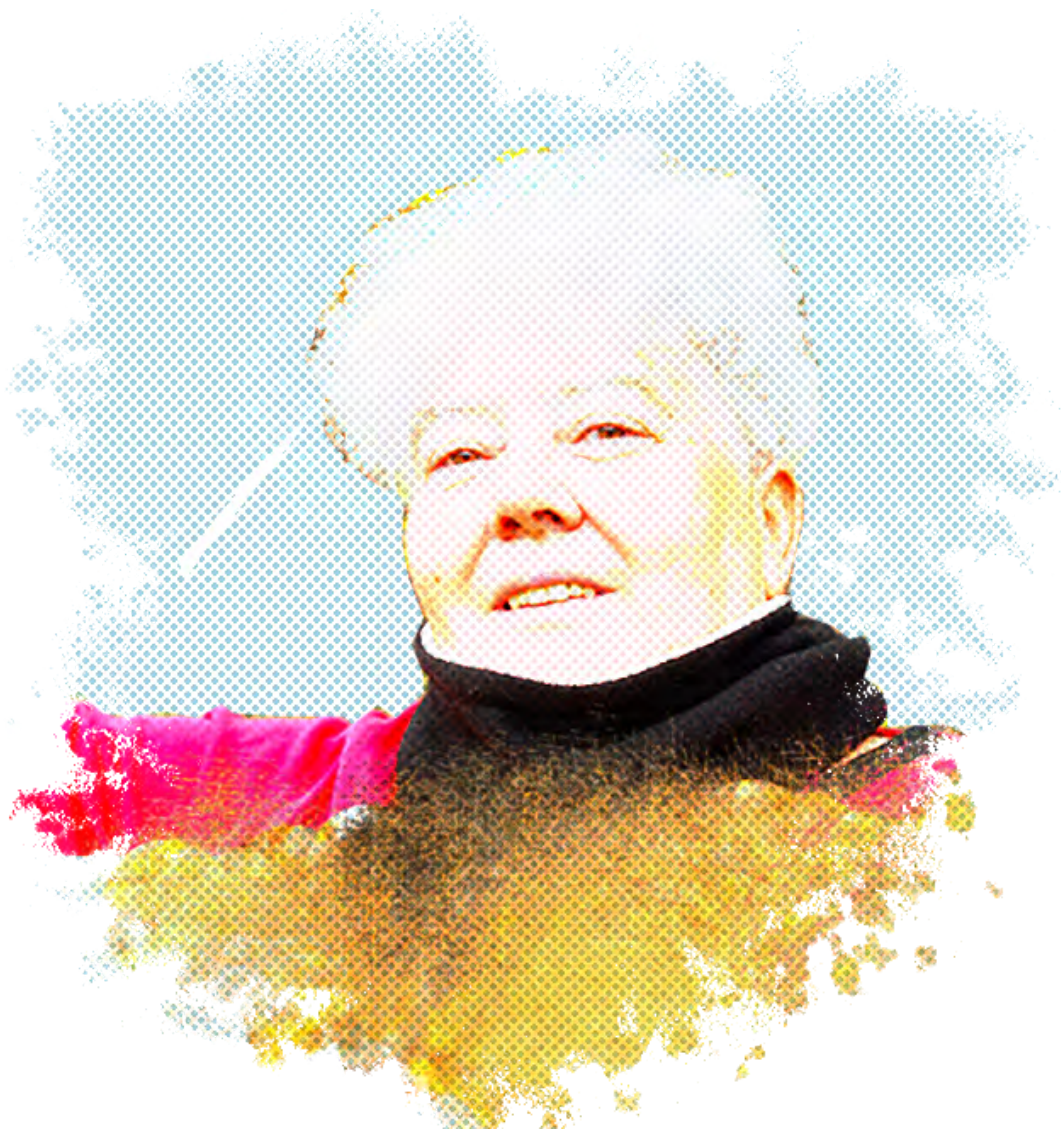
Durante la residencia, yo aprendí de Estaca de Bares y del Faro de Hércules con Antonio, del monte de Valsaín y La Granja con el otro Antonio, de las excursiones por los bosques de Canarias con Fran, de los territorios en conflicto durante la guerra en Afganistán con Manu, del desierto andaluz con Luci, de Sierra Nevada con Lola... Cada uno de ellos tenía dentro esas historias, esos territorios que llegaron a mí desde la inexistencia y que, de alguna manera, se me han quedado dentro sin haberlos visto nunca.

Descubrí, por obvio que parezca, que había nacido en mí la necesidad de vincular mis obras a lugares que me habían sido sumamente importantes a nivel vital, en los que me había sentido partícipe de algo más grande, algo que me sobrepasaba. Así, mis obras pretenden ser la continuación de ese sustrato cultural que los mantiene vivos, que les da un significado, pero, volviendo a

lo que ya he dicho: si esto es así es porque me vi profundamente arraigado en ellos y no pude hacer otra cosa, no nace de un propósito consciente de reivindicación o de una idealización de su belleza o importancia. Limpié la playa de Berria, en Santoña, y, casi diez años después, escribí a Habibi, un Dios del Mar sucio de plásticos, latas de refresco y redes de pesca. Formaba parte de mí.

Puede que nuestra sociedad viva una etapa de desarraigo. No es misión de la literatura, ni de ningún escritor particular, impedir que nos desvinculemos de la naturaleza, pero hay muchos siglos de tradición literaria y filosófica que nos dotan de significado, que nos hablan de que una vez estuvimos unidos a nuestro entorno y vivimos en base a sus tiempos (días y noches, estaciones, solsticios, generaciones...). Tenemos la opción de contribuir a fortalecer nuestros lazos emocionales con el territorio (con todos los territorios posibles, rehuendo de identitarismos y nacionalismos) o no hacerlo, cada uno concibe de manera muy diferente la creación. Yo, por mi parte, he encontrado herramientas para cuestionarme a mí y a mi entorno en la literatura popular tradicional y en la reflexión sobre nuestro patrimonio, algo que me entusiasma, y que, por ende, me lleva a seguir haciéndome preguntas, con lo que seguiré aprendiendo. Quizá, al leerme, alguien se entusiasme conmigo y, por ende, se haga sus propias preguntas y enriquezca su propio aprendizaje.

| Valsaín y La Granja 27-11/07-12-2023



Lola Callejón Acién

Un lenguaje poético para la sostenibilidad ⁽¹⁾

“Nadie quería comprender la unión íntima de la poesía y de la ciencia; se olvidaban que la poesía es la fuente de la ciencia y no se imaginaban que con el tiempo pueden formar una alianza estrecha y fecunda en las más altas regiones del espíritu humano”.

Goethe

Resumen

Estos apuntes pretenden aportar reflexiones acerca del lenguaje poético como herramienta y vehículo para trabajar desde la Educación Ambiental y la Interpretación del Patrimonio “por y para la Sostenibilidad”, que es lo mismo que decir “por y para un nuevo modelo ecosocial”. Nacen de mi vínculo con ambas disciplinas y con la poesía. En esta línea, se analizan algunas características específicas del lenguaje poético que pueden favorecer el acercamiento a objetivos de alfabetización ecosocial y de crear personas críticas a favor de la naturaleza. Finalmente, a través de poemas centrados en la sangrante pérdida de biodiversidad animal, se ilustran de forma práctica algunas propuestas educativas (de reflexión, de indagación, de empatía o de asombro) relacionadas con el contenido de dichos poemas.

Índice

- A. A modo de introducción y justificación
- B. Acotando el enfoque poético. Algunas respuestas
- C. Hablando con la extinción. Diálogos en primera persona del singular
- D. Notas y citas bibliográficas

A. A modo de introducción y justificación

Es evidente la gran desafección que muestra nuestra civilización por los ecosistemas en general y por nuestros hábitats en particular. La situación actual de emergencia climática, de deterioro socioambiental y de pérdida acelerada de biodiversidad hacen imprescindible adoptar estrategias educativas que generen apegos, vínculos y pertenencia con nuestro entorno. Este sería el primer paso para la empatía, la antesala necesaria y previa a cualquier planteamiento de cambio global.

Es por ello que se plantean aquí estas reflexiones, entendiendo que la metodología y el “cómo” hacemos las cosas adquieren mucha importancia. En este sentido, y en la línea que marcan los objetivos del **PAEAS (Plan de Acción de Educación Ambiental para la Sostenibilidad)**, la poesía podría generar esas sinergias hacia una transición ecológica justa, hacia intervenciones educativas más innovadoras que cambien actitudes y que generen valores en positivo con nuestro hábitat. Como punto de partida ineludible, necesitamos desarrollar esos lazos, saber sentirnos parte de la naturaleza, parte de sus ciclos e interconexiones, ser conscientes de que no estamos “fuera” y de que

formamos parte de un entramado donde todas las piezas se necesitan en una suerte de cooperación. En definitiva, debemos entender el carácter moral de la biodiversidad (genética, de especies, de ecosistemas, etnográfica) y el valor intrínseco de la vida inserta en su medio, lejos de miradas mercantilistas, lejos de la vorágine capitalista.

En base a esta leve introducción, las preguntas oportunas que debemos intentar resolver serían: ¿sirve la poesía para establecer este apego a la naturaleza y al territorio?, ¿sirve el lenguaje poético para replantearnos este modelo de civilización ecocida que no contempla los límites y nos lleva al colapso?, ¿sirve el lenguaje poético para la transformación ecosocial?

B.- Acotando el enfoque poético. Algunas respuestas

No es tarea fácil definir la poesía. En una entrevista que me hicieron en la revista electrónica LA GIGANTA DIGITAL (abril, 2022) ⁽²⁾, reflexioné intentando acotar una respuesta:

“Entiendo que toda poesía es reflejo del momento histórico y todo poema es un testigo “no cómodo” de la realidad. Intentaré matizar mejor esta pregunta compleja. En primer lugar: es difícil definir qué es la poesía. Para mí, la poesía tiene mucho de inconsciente al desnudo, por eso entiendo que debe de estar viva y establecer simbologías o percepciones. La persona que escribe muestra su conmoción y los límites. La persona que lee completa significados.

En segundo lugar, la poesía permite puentes entre lo individual y el contexto social. Invita a la reflexión personal y a una postura crítica hecha en libertad. En la Educación Ambiental e Interpretación del Patrimonio, especialidad que imparto, se incide en la importancia de llegar al corazón para concienciar -partiendo de la razón-. En la poesía, este binomio razón/corazón está presente y cobra mucho sentido cuando la persona que lee pone sus propios significados de forma activa. Por eso, creo absolutamente en el poder de la poesía para crear seres humanos con criterio, lejos del adoctrinamiento capitalista.

En tercer lugar: en base a todo lo anterior, entiendo la poesía como una acción de resistencia y como una compañera de las utopías.”

En la misma entrevista sigo apuntando:

“Decía Adrienne Rich ⁽³⁾ que “un poema puede empezar con una mentira y ser hecho pedazos”. O esta otra cita de Derrida ⁽⁴⁾: “no hay poema que no se abra como una herida”. Es decir, la poesía tiene la capacidad de conmovernos, no debe de perder esa capacidad de crear potentes imágenes que cobran significados individuales y/o colectivos en una especie de reencuentro con lo que nos importa. La creación poética debe de nacer desde la implicación, desde esa ‘herida’ que se traduce en versos.

Y por seguir citando algunas reflexiones acerca del carácter de lo poético, decía W. Benjamin⁽⁵⁾ que la poesía posee “aura”, refiriéndose a “lo no contaminado” y sigue expresándose así: “Cuando el hombre, el animal o inanimado, enseñados por el poeta, levantan la vista, la llevan hasta lejos; la mirada de esa naturaleza así despierta sueña y arrastra al poeta tras sus sueños”.

Rescato estas citas porque podemos extraer conclusiones relevantes y enlazarlas con el tema que nos atañe acerca de la validez de la poesía para la transformación ecosocial y la sostenibilidad:

1-Si bien es verdad que la poesía, en sí misma, puede estar “ciega”, “contaminada” o “hueca” respecto a la realidad social y ambiental, también es verdad que la poesía puede permitirse un lenguaje fresco, simbólico, con representaciones metafóricas, un lenguaje ritual y de tintes mágicos, un lenguaje vivo y crítico, lejos del lenguaje de los meros conceptos. Es por ello que puede huir, con cierta facilidad, de vaciamientos verbales y de significados manidos. En este sentido, partimos de la necesidad de una poesía que nombre la crisis ambiental, la crisis de civilización y no solo “el paisaje”.

2-El lenguaje científico debe mirar más al lenguaje poético. El lenguaje poético, a su vez, no tiene por qué descuidar el rigor científico. Al respecto, valga esta cita de Yayo Herrero ⁽⁶⁾ en el prólogo de mi poemario Tinta Verde:

“No podemos disputar la hegemonía cultural antropocéntrica solo a golpe de datos. Necesitamos la poesía, la música, una mirada artística que nos conmueva y nos reconecte con esa vida que nos rodea, que nos es imprescindible y que estamos destruyendo.”

3-La poesía requiere de un tiempo de lectura y una posterior interiorización (subjektivación) que da como resultado una transcripción, en primera persona, de los significados del poema. Ello implica que los lectores son protagonistas y dan significancia al contenido. Entiendo que aquí radica una de las virtudes de este género para construir personas con criterio y sentido crítico. Este hecho se convierte en una gran oportunidad para la sensibilización sobre el entorno en general y para la Educación Ambiental y la Interpretación del Patrimonio en particular.

4-El lenguaje poético, en tanto que utiliza formas de representación simbólica, es idóneo para llegar a lo perceptual, activar lo sensitivo, revitalizar la imaginación y la memoria. Es decir, puede servir como vehículo para establecer puentes con el territorio, con la naturaleza vivida, con el lugar físico al que pertenecemos. Y se puede convertir en un “dardo” directo al corazón que fomente el asombro, y en una de las claves para la defensa y la sostenibilidad del mismo territorio.

5-Por último, en un momento histórico en el que disponemos de la información y los datos, paradójicamente no queremos saber, no queremos mirar a la crisis ambiental de frente ni dejamos que la ciencia sea nuestra aliada. No queremos ver. Fernando Valladares ⁽⁷⁾ lo expresa así: *“el negacionismo es exhibido por individuos que eligen cerrar los ojos a la realidad para evadir lo que suele ser una verdad incómoda”*. Es decir, nos negamos a establecer relaciones y conclusiones y nuestro conocimiento está fracturado. La poesía puede (y debe) coser esas fragmentaciones.

C.- Hablando con la extinción. Diálogos en primera persona del singular

Ilustremos, de forma práctica, lo analizado hasta ahora.

En la Interpretación del Patrimonio se usa la PERSONIFICACIÓN como una técnica para hacer amenos los contenidos y aproximar el relato a la audiencia. Dar voz y cualidades humanas a plantas, animales, objetos o microorganismos permite un diálogo de cercanía. No se trata de abusar de nuestra mirada antropocéntrica, más bien se trata de hacer visibles a los invisibles y a su sufrimiento como especies en declive.

En relación al tema que venimos argumentando, UN LENGUAJE POÉTICO PARA LA SOSTENIBILIDAD, se presentan aquí una serie de poemas dedicados a especies emblemáticas de animales en peligro de extinción o vulnerables. La elección tiene que ver con su poder icónico y porque todos estos animales están incluidos en la Lista Roja de Especies Amenazadas de la UICN (Unión Internacional para la conservación de la Naturaleza) ⁽⁸⁾. Según dicha organización, a día de hoy más de 44.000 especies están en peligro de extinción, eso significa un 28% del total de las especies evaluadas, incluyendo el 70% de Cícladas, 41% de anfibios, 37% de tiburones y rayas, 36% de corales formadores de arrecifes, 34% de coníferas, 28% de crustáceos, 26% de mamíferos, 21% de reptiles y 12% de aves.

Como se constata por la ciencia, son muchos los taxones afectados por el declive y la pérdida de biodiversidad. Todos ellos son importantes: pequeños organismos, hongos, invertebrados, plantas o grandes vertebrados. Ahora bien, en este apartado queremos dar protagonismo a algunos de los vertebrados que

sufren las consecuencias del antropoceno, y lo hacemos a través de la poesía, nos ponemos en su piel, los miramos de frente. Nos hablan en primera persona del singular y nos conectan, de forma transversal y holística, con escenarios naturales y ecosistemas diversos y con otros problemas ambientales. La elección tiene que ver, como hemos dicho, con ser especies simbólicas de la extinción a nivel planetario.

La tasa de pérdida de biodiversidad va en aumento y todos los factores que la generan son antrópicos: destrucción y fragmentación de hábitats, caza y tráfico ilegal de especies, cambio climático e introducción de especies exóticas.

Para el conjunto de poemas se plantean una serie de acciones y reflexiones que pueden ser usadas en distintos escenarios: un aula, el entorno natural, audiencias cautivas o no cautivas, etc.

La personificación y la poesía nos sirven para ir más allá, nos penetran la conciencia y vencen nuestra indiferencia. He aquí dos herramientas significativas para la Educación Ambiental al servicio de la sostenibilidad. Tengamos un diálogo con la extinción.

DIÁLOGOS EN PRIMERA PERSONA DEL SINGULAR

Gorila (nuestro espejo)

Poseo memoria de especie.

Veo tu ceniza sobre mi mano
quieta, trabajada con fiel esmero
por un taxidermista.

Veo una bala sobre los hombros de plata,
busca el centro, la esencia de mi aullido.
Ve a mi cría, llora entre rejas de un furgón
que acelera, que se pierde hacia el paraíso,
hacia el Norte Global y sus fronteras.
Ve la guerra colonial, los rifles,
el genocidio y sus mujeres.

Verás, tengo preguntas que hacerte.
Para que te observes, tengo un espejo.
¿Cuánto material genético
posees que me pertenece?
Sigue buscando tu reflejo entre la luz
de la selva y su espesura,
debes mirarnos como a seres que sienten.
¿Y qué me dices de veraniegas expediciones
hasta la puerta de mi casa, de los virus
que nos regalas, de carne exótica en tu dieta,
de tu inconsciencia consciente?

Tengo fotos de todo ello, tengo pruebas
y memoria de especie.

Langur negro de nariz chata (el mono que estornuda en las altas cumbres)

Hoy es un día de nieblas:
niebla sobre la lluvia,
niebla sobre el Yangtsé y el Mekong,
niebla en el buen corazón de la tribu.
Cada vez somos menos.

Aparezco entre nieblas,
mi cabeza entre las rodillas
hasta el final de la borrasca.
Las altas cumbres ya no nos protegen,
nuestros estornudos al descubierto.
He perdido mi hábitat:
bellos bosques caducifolios,
inmensos bosques de coníferas
con verdes alfombras de enredaderas
en torno al bambú que silba al viento.

La ganadería, la caza de mis hermanos,
la brutal tala, la recolección de madera,
la contaminación y el fuego me persiguen.
¿Dónde esconder mi alma arborícola y terrestre,
el carácter altricial de mis crías,
la dispersión zoocórica que realizo
(un gran favor a la floresta),
mi movimiento nómada,
mi esencia poligénica que dispersa genes?

Guarda tu escopeta,
tengo una familia de setenta primos,
formamos una banda,
podemos rodear tu existencia entre el bambú
y las montañas altas (ningún primate subió tan arriba).
No vengas a los límites del Himalaya,
no vengas a las montañas de Hengduan ni al Tíbet,
a Yunnan no vengas:
en mendigo de tu basura no quiero convertirme.

Orangután (la persona de los bosques)

Aplaudo la ley europea de deforestación
importada.

Entre lianas de la selva tupida
me pregunto: ¿será suficiente?.

He visto morir a dos mil doscientos
de los míos esta añada. Yo salvé mi cráneo,
salvé mi carne y a mi cría que mañana cumple
cuatro años.

¿Será suficiente?. He visto productos
en tu mesa: todos con aceite de palma.

Puedo hacerte un listado de mis logros:
aquí están mis nidos sobre los árboles
(a salvo de tigres de Sumatra),
aquí mi cuasi braquiación entre cinco ramas,
hoy mi hija puede oír la rascada ruidosa
(antesala del lenguaje en humanos),
hoy puedes ver cómo utilizo las herramientas
y cómo disperso por el bosque mil frutos.

Te presento las bridas del padre de mis hijos,
espero que te impresionen, que sirvan
para que pongas fin a la deforestación
en Sumatra y Borneo.

También espero que estas bridas inflamadas
detengan la siembra de palma aceitera en la selva,
nuestra casa.

Recuerda: para cada acción,
calculo el esfuerzo requerido.

Y no te olvides: puedo percibir el pasado
y calibrar el futuro de tu especie y la mía.

Oso polar (la quietud del silencio)

Se oye el silencio de la nieve.
Hundir los pies en el hielo
no rompe la mudez del paisaje.

En el techo, con cautela, una aurora boreal
instala su nicho y observa
la gota de agua que se derrite,
resbala hasta el suelo y produce la hecatombe:
me deja solitario en un trozo de isla
donde duermo.

La aurora, bella como nunca,
preocupada, me avisa de otro hecho:
se acumula contaminación invisible.

Tengo miedo, el permafrost se mueve,
despertarme antes de tiempo no quiero,
no quiero pisar tierra firme
y que mis crías leche no tengan.

La soledad me define, puede que me veas
tirado en una alfombra, sin compañía.

Pangolín (el mamífero más traficado del mundo)

Desperté en la oscuridad de un refugio
con trozos de tierra bajo mis garras,
todas mis escamas en alerta.
Llegan olores de mil hormigas.
Deliciosos perfumes, despertar de mis sentidos.

Salgo acompañado por la luna
y, por la luna, ojos traicioneros me descubren.
No da tiempo a convertirme en alcachofa,
todo transcurre muy deprisa:
toneladas de carne que aúlla
entre Vietnam y China
-¿dónde está el convenio CITES?-.
Escamas en redes de contrabando,
¿curarán alguna artritis, algún reuma?
Incendios en bosques, matorrales
y praderas con pastos
-no podré enrollar mi cola
en el árbol preferido-.
Agricultura con pesticidas
hasta mi madriguera.

Deforestación de tu corazón y el mío.

No me secuestres, no tengo dientes
para defenderme
y moriré antes de un año en la cárcel
que me regalas.

Rinoceronte blanco (el cuerno de la abundancia)

Tengo vocación mitológica.
Soy el unicornio de dos cuernos
que equilibra los pastos
en el bestiario de la sabana.
Conmigo, las semillas trotan.

Reviso mis defensas todos los días.
Comienza el espectáculo:
mientras la jambiya cruza el aire
mostrando su destreza como daga,
la talla de un brazalete se subasta
por las nubes y aterriza en tu brazo.

Todos los días reviso mis cuernos.
Nuestros primos del norte fueron fulminados.
El peligro acecha en cualquier esquina:
cazadores furtivos, guerras entre iguales,
captura en vida, recolección y tala
de madera, cambios sin piedad
en el clima, deportivos safaris.

Hay falsas expectativas sobre mis poderes:
mi cuerno triturado, convertido en polvo,
milagroso contra la fiebre,
surca los mares hacia el sudeste asiático.
Mi cuerno se ha puesto de moda:
convertido en frívolas drogas
y en remedios para frívolas resacas,
visita fiestas caprichosas.

Mis hijos serán bien educados.
Sabrán de nuestro papel
en el equilibrio de ecosistemas.
Se pondrán a salvo del capricho humano.

Leopardo de las nieves (el fantasma de las montañas)

No me ves, pero mi alma solitaria
camina por las alturas.
Casi no rujo, pero marco mi territorio.
No paso frío, tengo bufanda, nace en mi cola.

A pesar de que no cazo humanos y los esquivo,
el enigma me persigue.
Camino entre el hielo, apreso con fuerza
ardillas huidizas, marmotas que gritan,
Íbices siberianos, tares del Himalaya
o marjores de grandes cuernos.

Sobre patas suaves, una piel majestuosa
luzco con garbo, con garbo mis garras.
Mi tumba son estos atributos
obtenidos con alevosía y unas ráfagas:
caza ilegal de mi espíritu puro.

Soy frágil, un especialista,
un anacoreta de altas cumbres.
Indefenso vago entre los hielos,
esos que desaparecen con el cambio climático.

Sí, el antropoceno me hace vulnerable,
me despoja de cualquier abrigo.

Lince ibérico (I) (el gran felino de la iberia)

En la marisma bulle la vida, es primavera.
Una luz bermeja del sur revienta la tarde:
el lince esconde su instinto, quiere hacer alarde
de gran cazador, de su capacidad de espera.

Hay perdices, hay tres conejos en la trinchera
hecha por las dunas, un cobijo que resguarde
del felino. Confiar, dejar la actitud cobarde,
poder abandonarse a las garras de la fiera.

Mientras tanto, un águila imperial otea atenta:
el río, un pinar que arde, despojos, los venenos.
El peligro acecha, también a negras cigüeñas.

El lince, saciado, sabe del poder que ostenta,
duerme y rememora estos tiempos inciertos, llenos
de interrogantes, de incertidumbres no halagüeñas.

Lince ibérico (II) (el de las grandes amenazas)

Salgo en las noticias, leo los periódicos.
Los paisajes culturales de mis tatarabuelos
cambiaron su aspecto, se han convertido
en mosaicos, en cultivos que asfixian
el territorio, que extraen agua, gota a gota.
Ya no me cazan como en el pasado siglo,
pero a veces con un cepo tropiezo,
algún veneno huelo, en alguna carretera
soy atropellado, sin ambages.

Veo postales antiguas, fotos idílicas
de mi ancestral hábitat.
Pongo mis sentidos en guardia,
mis pinceles al viento. Me pregunto:
¿cuánto tiempo nos queda
conviviendo con el cambio climático?

Ajolote (la niñez eterna)

Soy famoso, aunque no lo comprendo
porque sigo inmaduro, sin metamorfosis completa.
Tengo vocación de Peter Pan,
de neonato empedernido.

Vean: respiro con las branquias de mi cabeza,
conservo mi aleta de renacuajo,
tengo mirada ingenua,
parezco una larva.

A pesar de todo, salgo en videojuegos,
porto interés para la ciencia,
regenero partes de mi cuerpo
y trasplantes admito.

Soy bueno y muy escaso, necesito aguas limpias.
Estoy triste: tu comprensión necesito.
Limpia mi lago, llévate las especies exóticas
que me comen a mí y a mis huevos,
quita la contaminación antrópica,
pon coto a la urbanización, al turismo.

Y sobre todo, no me captures
como capricho humano: mi cuerpo
en una parrilla para degustación exquisita,
mi cuerpo en un acuario,
no son buenas postales
para generaciones futuras.

Tardígrado (un intruso en estos versos que pone el epílogo)

Me gusta que me llamen oso de agua,
a pesar de mi tamaño milimétrico.
Me ha tocado hacer el epílogo
de los diálogos con la extinción,
una vocación que no profesó.

Llevo mucho tiempo sobre la tierra,
quinientos veinte millones de años
dan mucha experiencia, mucha reflexión.
He visto continentes en movimiento,
cordilleras que saludan al cielo,
cien volcanes en su esplendor,
meteoritos, cambios climáticos
sin humanos alterando la baraja.
He contemplado bombas atómicas, radiaciones
por doquier, he visitado el espacio.
He visto desaparecer especies, nacer
nuevos endemismos, la vida recomponerse.
Ante mis narices, han pasado exóticos taxones.
Pero nunca había visto tal velocidad
de destrucción ni civilización tan ecocida.

Soy fuerte, muchas palabrotas me definen:
criobiosis, anhidrobiosis, ametabólicos estados.
Por resumir, extremófilo me llama la ciencia:
aguanto temperaturas altas y bajas,
la desecación durante años, la inanición,
la contaminación antrópica en sus múltiples facetas.
Y cuando las circunstancias obligan,
me hago una pelota, un tun,
no colapso: mis células convertidas en gel.
He inventado estas fortalezas.
No pienso sucumbir al capitalismo extremo.
Aviso: a pesar de los daños, venceremos a la extinción,
traspasaremos la existencia humana
y la vida seguirá su curso, sin remedio.

Algunas actividades relacionadas con los poemas

Los poemas anteriores nos dan herramientas para plantear actividades y trabajar en grupo (en un aula, en el medio natural, con distintas audiencias, etc). Todas las que planteamos tienen un objetivo común: concienciar en valores ecosociales, persiguiendo la meta de la sostenibilidad planetaria.

- 1.-**Ubicando a nuestros protagonistas.** Sobre un mapamundi, situaremos cada uno de los animales que figuran en estos poemas. Haz un listado de las amenazas que acechan a todos ellos. Observa que la mayoría están en puntos calientes de biodiversidad (hotspot), incluido el lince ibérico (región mediterránea). Puedes consultar todos los datos al respecto y los puntos calientes de biodiversidad en los enlaces que se adjuntan.
- 2.-**Construyendo nuestro diccionario de la biodiversidad.** A lo largo de los poemas aparecen “palabrotas” que quizás no conozcas. Son producto de la diversidad de la vida en el planeta. Buscamos el significado de algunas (se pueden añadir otras): especie, hábitat, ecosistema, altricial, zoocoria, poliginia, bridas (en el orangután), permafrost, jambiya, antropoceno, cambio climático, neonato, antrópico, endemismo, taxón, criobiosis, anhidrobiosis, ametabólico, extremófilo, tun.
- 3.-**Un diálogo entre simios.** En los poemas aparecen varios simios (uno de la superfamilia Cercopithecoidea y tres de la superfamilia Hominoidea, incluido el *Homo sapiens* que está presente en el telón de fondo de los problemas ambientales). Tras la lectura detallada y la información que se adjunta en los enlaces, asumiremos los papeles de: gorila, langur negro de nariz chata, orangután y humano. Cada primate contará en primera persona quién es y qué costumbres tiene, dónde habita, qué le pasa, a qué problemática se enfrenta y los planes de recuperación que le afectan. Al final, haremos una puesta en común e intentamos hacer propuestas locales y globales para revertir estas situaciones de acoso a la biodiversidad. Además, podemos INVESTIGAR:
 - Mujeres Primatólogas en España y en el mundo
 - Proyecto Gran Simio
(mira los enlaces del final para obtener información)
- 4.-**Relacionando factores.** Todos los factores están relacionados en los ecosistemas. La especie humana también se ve afectada por los desequilibrios que ha introducido en la naturaleza. Hagamos un ejercicio de reflexión y de consulta en torno al concepto de “refugiados ambientales”: qué son, qué tipologías hay, ¿cuántos hay?, ¿de dónde proceden?. Ayúdate de los enlaces que se adjuntan para este concepto.
- 5.-**Pensando en las especies que resisten a la extinción.** El epílogo de estos poemas lo pone el Tardígrado, un animal extremadamente resistente a las condiciones cambiantes y adversas del medio. Tenemos ejemplos de especies que sobrevivieron a cambios en el planeta. Algunas son especies pancrónicas y las tenemos cerca. Busca este concepto en los enlaces que se adjuntan y ejemplos de organismos que hayas visto o te suenen. Algunos pueden ser: Pinsapo (paleoendemismo andaluz), Ginkgo, Cycas, Nautilus...
- 6.-**Reflexión crítica para la acción.** Traemos aquí algunas frases que pueden servir para un debate final y unas conclusiones extraídas en grupo:
 - *“Tenemos en esencia tres opciones ante la crisis ecosocial: no hacer nada, lo que nos conduce al colapso y al riesgo de extinción; transformarnos, que supone entender y ponernos de acuerdo en lo mínimo, además de esfuerzo y acción, o aceptar alguna suerte de gobernanza autoritaria, que conlleva resignación, sufrimiento, y, sobre todo, que perdamos una ocasión histórica de hacer algo diferente ante una cri-*

- sis". Valladares, F. *La recivilización*. (2023). Editorial Destino.
- “No hay economía ni tecnología ni política ni sociedad sin naturaleza y sin cuidados”. Yayo Herrero. En Salto Diario (3 de enero de 2020).
 - “La Mesa por el Clima de Granada quiere alertar a la ciudadanía sobre las consecuencias del consumo irreflexivo, ya que es una de las primeras causas de la degradación ambiental y de las que más contribuyen a acelerar el cambio climático”. Mesa por el Clima de Granada (Navidad, 2023).

Enlaces de interés para trabajar las actividades propuestas

| Hotspot:

- <https://www.cepf.net/node/1996>
- <https://www.conservation.org/How/Pages/Hotspots.aspx>
- <http://legacy.cepf.net/resources/hotspots/Pages/default.aspx>

| Animales en peligro de extinción:

- https://www.nationalgeographic.com.es/naturaleza/animales-peligro-extincion-lista-que-crece-cada-ano_15217

| Gorila y su variedad de especies:

- <https://www.iucnredlist.org/es>
- <https://www.iucnredlist.org/es/species/9404/136250858>
- <https://es.wikipedia.org/wiki/Gorilla>

| Langur:

- <https://animalia.bio/es/black-snub-nosed-monkey>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Rhinopithecus_bieti

| Orangután y sus especies:

- <https://www.wwf.es/?64140/El-Parlamento-Europeo-y-el-Consejo-de-la-UE-aprueban-una-ley-pionera-para-detener-la-deforestacion>
- <https://www.europarl.europa.eu/news/es/press-room/20230414IPR80129/el-parlamento-aprueba-una-nueva-ley-para-luchar-contrala-deforestacion-mundial>
- <https://www.iucnredlist.org/es/search?query=Orangutan&searchType=species>

| Primatólogas:

- <https://mujeresconciencia.com/2016/11/14/primatologas-espana-mundo/>

| Proyecto Gran Simio:

- <https://proyectogransimio.org/pgs/que-es-el-pgs>

| Oso polar:

- https://es.wikipedia.org/wiki/Ursus_maritimus

| Pangolín:

- <https://www.iucnredlist.org/es/search?query=pangol%C3%ADn&searchType=species>
- <https://www.iucnredlist.org/es/search?query=pangol%C3%ADn&searchType=species>

| Rinoceronte blanco:

- https://es.wikipedia.org/wiki/Ceratotherium_simum
- <https://www.iucnredlist.org/es/species/4185/45813880>

| Todos los rinocerontes:

- <https://www.worldwildlife.org/descubre-wwf/historias/todo-lo-que-debes-saber-sobre-los-rinocerontes#:~:text=Los%20principales%20mercados%20se%20encuentran,de%20rinoceronte%20cura%20el%20c%C3%A1ncer.>

| Leopardo de las nieves:

- <https://www.wwf.es/?62101/El-comercio-ilegal-y-el-cambio-climatico-asedian-la-supervivencia-del-Leopardo-de-las-nieves>

| Ajolote:

- <https://www.nationalgeographic.es/animales/axolote-mexicano>
- <https://www.iucnredlist.org/es/species/1095/53947343>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Ambystoma_mexicanum

| Lince ibérico:

- <https://www.nationalgeographic.es/animales/lince-iberico>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Lynx_pardinus
- <https://www.iucnredlist.org/es/species/12520/174111773>

| Proyecto Life Lynxconnect:

- <https://www.miteco.gob.es/es/parques-nacionales-oapn/lince.html>

| Tardígrados:

- <https://www.iucnredlist.org/es/species/12520/174111773>
- <https://es.wikipedia.org/wiki/Tardigrada>

| Cambio climático y refugiados ambientales:

- <https://www.acnur.org/es-es/cambio-climatico-y-desplazamiento-por-desastres>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Refugiado_ambiental

| Especies pancrónicas:

- https://www.revistaciencia.amc.edu.mx/images/revista/55_1/niegan_desaparecer.pdf
- <https://www.faunatura.com/organismos-pancronicos-ya-tienen-millones-anos-vida.html>

| Yayo Herrero (2020). El Salto diario:

- <https://www.elsaltodiario.com/ecofeminismo/entrevista-yayo-herrero-econom%C3%ADa-tecnolog%C3%ADa-pol%C3%ADtica-sociedad-naturaleza-cuidados>

| Mesa por el Clima de Granada:

- <https://mesaporelclimagranada.org/>

D.- Notas y citas bibliográficas

(1) Este texto es fruto de mi estancia en la I Residencia de Literatura y Medio Ambiente (CENEAM, Valsaín, del 27 de noviembre al 5 de diciembre de 2023). Tiene relación con el proyecto poético que trabajé esos días, un poemario emocional del territorio y, en consecuencia, con la reflexión acerca del lenguaje poético al servicio de la sostenibilidad.

(2) La gigante digital (abril, 2022).

| <https://lagigantadigital.es/lola-callejon-poeta-entiendo-la-poesia-como-una-accion-de-resistencia-y-como-una-companera-de-las-utopias/>

(3) Rich, A. (2019) Sueño de una lengua común, de su poema en ocho tiempos *Cartografías del silencio*. Madrid: Sexto Piso.

(4) “Che cos’è la poesia?” Publicado en la revista italiana Poesia, I (11, noviembre de 1988) traducido por Maurizio Ferraris, y más tarde en *Po&sie* (otoño de 1989).

(5) Benjamin, W. (1973) Discursos interrumpidos I. Madrid: Taurus.

(6) Callejón, L. (2017) Tinta Verde. Prólogo de Yayo Herrero. Almería: Letra Impar.

(7) Valladares, F. (2023) La recivilización. Barcelona: Destino.

(8) IUCN. The IUCN Red list of threatened species. (2024).

| <https://www.iucnredlist.org/es>



Manuel Cortés Blanco

Hombre pobre, hombre rico

Prefacio

“Hay quienes ven la Naturaleza como algo ridículo y aún hay otros que ni siquiera la ven. Pero a los ojos del hombre con imaginación, la Naturaleza es la imaginación misma”

| (William Blake)

Cada noche, como cada noche desde que nacieron, cultivo la costumbre de contar un cuento a mis hijos antes de ir a dormir. Algunos abordan a valientes marineros, como lo fuera mi abuelo Ildefonso... Otros a finísimas hilanderas, al igual que nuestra abuela Concha, tan amiga de sus refranes... E incluso los hay de malvados lobos, a sabiendas de la condición de pastor del abuelo Tomás.

A menudo, después de cada narración, reflexionamos sobre lo que hemos aprendido, enfrentando algún detalle de sus personajes con los de nuestra propia vida. Así, tras aquel relato de príncipes y princesas, mi hija pequeña –a quien cariñosamente apodamos *la Sirenita*- se interesó en si alguna vez habíamos asistido a un baile real. Y nuestro hijo mayor –conocido en casa como *el Principito*-, después de escuchar ese cuento de Navidad titulado *La pequeña cerillera*, sorprendido por las miserias de su protagonista, me preguntó a bocajarro si habíamos sido pobres en alguna ocasión.

En este resonar de las historias, evoqué aquella infancia de barrio en la que fui tan feliz, aun en el seno de una familia tremendamente humilde. Recuerdo que papá trabajaba en esa carpintería de lunes a domingo, sin demasiado salario ni medidas preventivas, para poder afrontar nuestra hipoteca... que mamá cosía a destajo, a precio de saldo y a media luz para cubrir cualquier imprevisto... que el charcutero nos reservaba los culos de las ristras de chorizo para que, a modo de recortes, pudiéramos merendar... Cada comida era a base de *sopa de...* cualquier cosa, y *patatas con...* cualquier cosa, aunque luego esa *cualquier cosa* resultase lo de menos; solo volvería a ser igual durante la *mili*. Y que, al carecer nuestro piso de calefacción, para calentarnos prendíamos fuego en un platillo a los barnices que traía mi padre de su taller, los cuales –además de quitarnos el frío- impregnaban nuestra ropa de cierto olor a caoba. Por entonces nadie sabía que fueran tóxicos. Por eso, inconscientes de nosotros, cerrábamos las ventanas para que no se escapase ni una pizca de calor.

Eran tiempos en los que todo se hereda: cada libro del colegio, cada prenda de ropa, cada gramo de ilusión. Recuerdo esos zapatos castellanos que recibí de algún primo mayor; pasaron luego a mi hermano pequeño, antes de que los acabara luciendo cualquiera de nuestros vecinos... Y por supuesto, ese traje marinero de primera comunión, que saliera con remiendos junto al mismo crucifijo en tantísimos recordatorios. El reciclaje estaba impreso en nuestro código genético.

Eran tiempos también en los que todo se intenta solucionar. Entre tanta inocencia, aquella tarde que perdí mi diccionario –todavía nos surgen dudas de si pudiera habérmelo quitado el travieso de Luisito-, no se me ocurrió otra cosa que pedirle prestado el suyo a mi amigo *el Cotaina* para copiar en algún cuaderno en blanco la definición de cada vocablo. Con paciencia y buena letra; sin borrones ni tachaduras. De la A de *aarónico* –relativo a Aarón, primer sacerdote de los hebreos- a la Z de *zuzón* –hierba cana-, para que así mis padres no tuvieran que reponerlo. No obstante, como diría esa abuela refranera, *el dinero del pobre va dos veces al mercado...* Al llegar a la B de *badulaque* –dícese

de quien es informal o poco juicioso-, mi madre se dio cuenta de la treta y, lejos de regañarme, acabó comprándome otro. Estoy convencido de que esa afición mía a reinventar el significado de cada palabra proviene de esta vivencia.

Entre tanta sencillez, apenas comíamos productos del mar. De ahí que nos quedáramos tan sorprendidos cuando aquel maestro de la antigua EGB – Educación General Básica-, en otro intento de que no se repitieran los regalos navideños que como era tradición pudiera recibir de sus alumnos, asignó uno a cada uno y a mí me tocó entregarle una caja de Gambones.

-¡Gambones! –exclamaría mamá-. ¿Qué es eso?

-Son una especie de langostinos –respondió nuestra vecina del quinto.

-Con ese nombre, ¡seguro que son muy gordos! –añadiría la del tercero-... ¡Y carísimos!

Yo no sabía dónde meterme. ¡Mira que tuvimos mala suerte! Podría habernos tocado alguna cesta de fruta, como *al Rubiales...* filetes de babilla, como *al Cotaina...* o incluso unas lonchas de jamón, como al travieso de Luisito... Sin embargo, ¡nos pidió gambones! Ni siquiera sabíamos qué eran, ni cuánto costaban. Ni siquiera los habíamos probado.

Aun así, mamá –aconsejada por alguien que había escuchado dónde los vendían- consiguió aquella caja en la tienda de ultramarinos de la pedanía de al lado, que acabamos regalando a ese docente. Toda una semana de costura para saldar su capricho. Y mejor, ¡que no se entere papá!

Quizás a raíz de eso, a modo de venganza, desde mi inconsciente me hiciera alérgico al marisco... para no poner a nadie en ese aprieto de tener que dar lo que a lo peor nunca podría dar. E instintivamente pensé en un mundo mejor; que en tiempos de crisis, dudas o reproches, uno solo puede agarrarse a sus sueños.

No obstante, pese a tales restricciones, jamás nos sentimos pobres. Muy al contrario. Yo era rico con el verde de aquellos campos, con los marrones de esa montaña que dibuja el horizonte, con mi azul de cielo... con cada sueño pintado. Pasábamos las tardes en la calle, jugando entre amigos a todos los juegos imaginables. A lo sumo, de vez en cuando, mamá se asomaba a la ventana para ver qué hacía, dónde estábamos. Y pese a estar sin reloj, volvíamos tan puntuales como sonrientes a la hora de merendar. Hoy eso sonaría a dejación, resultaría impensable.

Éramos millonarios por tener sabinas a las que subirnos, arroyos donde bañarnos, manantiales en los que beber, esos pinos donando resina, oxígeno y sombra por doquier, el trino de mil aves, leche recién ordeñada, cien cuentos para contarnos, aquel galacho, un hogar en toda la extensión de su palabra... Éramos tremendamente ricos, solo que nunca lo supimos. Será porque no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás se soñó.

Y entre tantas reliquias, otra Luna que hiciese de faro en cada incursión nocturna. Por entonces, al menos en nuestro barrio, hasta teníamos fase gibosa. Hoy nadie la cita. Al igual que esos planetas enanos –aunque en dibujos nos parecieran gigantes- llamados Plutón y Ceres, también ha desaparecido.

Actualmente España cuenta con 44 reservas de la Biosfera, una calificación que otorga Naciones Unidas a los territorios que cumplen a rajatabla con estos tres requisitos: contener una variedad de sistemas ecológicos representativos, ser importantes para la conservación de la diversidad biológica y ofrecer posibilidades de servir como experiencia piloto a otras zonas locales. Sin duda, 44 motivos de opulencia, a los que sumaría otro adicional: nuestra propia Constitución reconoce el derecho de todos a disfrutar de un medioambiente adecuado para el desarrollo de la persona, así como el deber de conservarlo.

Desde mi alergia al marisco y esa rebeldía para no perder detalles que

enriquezcan nuestra persona, reivindico estos tesoros que nos diseñaron una infancia dichosa. Incluidas tantas aventuras con *el Rubiales*, *el Cotaina* o el travieso de Luisito... Incluidas esas Lunas gibosas que, según las reseñas de algún calendario, representan un buen momento para enderezar cualquier proyecto torcido. Deseo con firmeza que, al igual que yo lo hice de mis abuelos, los hereden de nosotros nuestros hijos: esos *Principitos*, *Sirenitas* y demás, dispersos por el mundo, a los que en estos tiempos que corren apenas permitimos salir de casa. Y siempre, sin perder un ápice de imaginación; porque no dejamos de vivir cuando morimos, sino cuando dejamos de soñar.

A fin de cuentas, defender cada espacio protegido de esa riqueza universal llamada Naturaleza es misión de todos... Incluso de aquellos que no lo sepan o suplantan la falta de diccionario reinventando sus palabras; incluso de esos que, quizá sin merecerlo, exijan tener gambones como regalo de Navidad.

Mi Luna gibosa

Zaragoza (Galacho de Juslibol), noviembre 2023

“Mataremos todas las orugas y después nos quejaremos de que no haya mariposas”

| (John Marsden)

Hubo un rincón –contando al lado de casa-...

Muy cerquita de esa ciudad en que nací, ubicado sobre un meandro abandonado del Ebro, al que desde niño acudía regularmente para entrar en conexión con nuestra Naturaleza. Se llama Galacho de Juslibol, por encontrarse al lado de este barrio homónimo; consecuencia de los cambios de itinerarios serpenteantes del río –fenómeno también descrito en otros, como el Mississippi o el Amazonas-, en Aragón no existe un ejemplo igual. Con esa extensión de algo más de cien hectáreas, en apenas unos kilómetros permite la confluencia de varios ecosistemas: el río, el meandro, sus lagunas –antiguas graveras-, los cortados de yeso, esa zona esteparia y las huertas. Su vegetación de ribera posee una función de filtro natural, así como defensiva contra las acometidas del propio río.

Incluido actualmente en la Red Natura 2000 como Lugar de Importancia Comunitaria, reconocido como Lugar de Interés Geológico y Humedal Singular de Aragón, y espacio inestimable por representar como nadie el paisaje característico del valle medio del Ebro, durante mi infancia no poseía mayor consideración que la de ser el sitio donde construimos más casetas para jugar. Todos entramos libres, salimos libres.

En este Galacho –el último del río en formarse, tras aquella crecida de 1961 en el que su caudal se multiplicó por mucho- abracé a un árbol por primera vez, descubriendo mi modo interacción con el medioambiente. Siempre en clave de humor, corrimos mil aventuras junto a la panda de amigos; quien se siente solo estando con alguien, debería elegir mejor sus compañías. Bajo la sombra del Quercus, aprendimos *esa ley de la gradualidad* que determinará nuestro futuro: cada cual va al ritmo que él mismo se marca. Y entre pastizales, comprobamos que pocas cosas dan más vida que morirte de risa.

Se estima que este soto acoge a unas 350 especies raras –en especial, botánicas-, con algunos ejemplares prácticamente únicos a nivel mundial. Hiedras Ibéricas, Bojes, Laureles, Serbales Comunes... Entre los animales, a ras de suelo Garduñas, Zorros, Ginetas, Campañoles, esas Musarañas que no dejan de comer... A ras de cielo, Picarazas, Currucas Capirotadas, Chorlitejos, Milanos, alguna Garza recuperada que se extraviase en tiempos pasados... Entre los ofidios, Serpientes de Escalera, Culebras Acuáticas, demás familia... Y de los insectos, uno muy especial: el *Aegosoma scabricorne*, ese escarabajo cuyas larvas se alimentan de la madera de árboles frondosos viejos o enfermos.

Admito que en aquellas incursiones a los Galachos –como popularmente se conoce a este lugar- hicimos algunas trastadas. Nuestro amigo *el Cotaina* dio de fumar a un Murciélago que acabaría pereciendo intoxicado... Su vecina Noelia, con eso que de que quería ser cirujana, propuso diseccionar cierta Lagartija, a la que exploramos abriéndola en canal... Recogíamos fruta de los árboles de al lado, siguiendo aquel consejo de mi abuela –*Quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza-*... Y algunos de la pandilla lanzaban lluvias de piedras a cada pareja de perros que veían enganchados. Después, en aquella caseta de cartones, compartíamos enseñanzas.

- Si un Tejón se para delante de ti y escarba en el suelo, significa que vas a morir pronto –narraba *el Rubiales* con voz sigilosa, anticipando otra noche en la que yo no podría conciliar.

- ¿Sabéis cuál es el pez que más pescan en esta laguna? –preguntaría el travieso de Luisito, antes de que los Xiluros y otras especies invasoras acabaran desplazando al Barbo de tal condición.

Y así, clase tras clase.

Curiosamente, Noelia y *el Cotaina* se terminaron casando. Ella trabaja en Correos; él en la Telefónica. Desde luego, la comunicación entre ambos jamás supuso ningún problema.

Ciertamente, lamento por entonces mi pieza de inhumanidad. Quizá formara parte de ese puzle repleto de curiosidades o de lo mucho que confiábamos en nosotros. Y es que pocas cosas más difíciles que creer en alguien que no cree en sí mismo.

En su descargo, confieso también que en aquel vivero aprendí a amar la Naturaleza. Incluso a esos Murciélagos, incluso a aquellos reptiles. Andando o en bici, recorrí cada palmo de su soto... Llorando o sonriendo, me emociona siempre su lección de vida.

En aquel Galacho de Juslibol asistí a mi primera aula ambiental. Fue con nuestra clase del colegio, capitaneados por una maestra que ya no pedía regalos por Navidad. Cierta monitor nos detalló cómo las hembras de ese Tordo –impresionantes los agudos de su melodía-, seleccionan el nido de algún pájaro de igual tamaño y con similares costumbres alimenticias. Luego deposita en él sus huevos, al tiempo que picotea los otros para destruirlos. Entre esto y que el periodo de incubación de estas aves es de apenas doce días –por lo que rompen el cascarón mucho antes que la mayoría de sus *hermanos adoptivos*-, otra *madre* distinta incubará y atenderá a sus *polluelos* como si fuesen propios. Aunque obviamente sea de forma distinta, dicho parasitismo también lo encontramos en el Hombre.

Allí impartí mi primera clase medioambiental, casual o causalmente ante personas mayores. Fue en una de esas aulas organizadas por la Universidad de la Experiencia, en la que mamá obtuviera su graduado escolar.

- Así dejaremos a nuestros nietos un planeta más limpio –compartiría conmigo su delegado de clase.

Y en ese soto organizamos con universitarios aquella brigada de limpieza, dispuestos a dejarlo como si nunca nadie hubiera pasado antes.

En ese meandro de Juslibol fui niño, instructor, ser humano, voluntario, cuentista bajo la luz de alguna Luna gibosa... Quizá por eso, en este mes de noviembre en el que una crisis climática amenaza nuestro mundo, regresé a los refranes de mi abuela –*que a grandes males, grandes remedios*-. Y volví de nuevo al Galacho, junto a mis hijos, en busca de la que siempre será mi vacuna: nuestra Naturaleza.

Érase una vez porque mentira no es, que al principio del Principio la Madre Naturaleza decidió inspirarse en el firmamento para dotar de detalles a los animales que acababa de crear. Así, tomando como modelo a esas centellas que cruzan el cielo, rayó con trazos blancos el cuerpo ennegrecido de las Cebros... Fijándose en tantas luces que iluminan la noche, diseñaría mil Estrellas de Mar... Ensimismado por los colores de Marte, pintó de rojo al Loro, al Cardenal o al mismísimo Sapo Tomate... Y advirtiéndole que la Luna lucía fases gibosas, optó por poner joroba a algún mamífero despistado que pasaba por allí. Desde el Bisonte al Camello, a quien incluso acabaría dibujando dos.

En un principio, esos seres con chepa fueron motivo de burla por el resto de la fauna:

- *¡Fijaos en la silueta deforme del Cebú!* –se mofaría a desgana cierta Pantera.

- ¡Pues mirad la de aquel Dromedario! –soltaría alguna Hiena entre risotadas.

El caso es que aquellos animales con joroba se dirigieron a la Naturaleza para pedirle por favor que la quitara. Sin embargo, nuestra Madre creadora, lejos de acceder a sus demandas, prefirió explicarles las mil y una ventajas que aquel apéndice poseía.

Así, por ponerles un ejemplo, cada joroba de Camello almacena más de treinta kilos de grasa que, a modo de reserva alimenticia, le permitirá pasar varias semanas o meses sin comer ni beber; algo de notable utilidad, dado el ambiente tan hostil en el que vive.

Además, al acumular toda esa grasa en una sola parte de su cuerpo –a diferencia de lo que ocurre en otras especies, como la Humana-, conseguirán mantenerse frescos ante un clima caluroso; algo que –junto a su capacidad de expandir sus células cuando beben agua o de concentrar la orina hasta hacerla el doble de salada que el mar- resulta de gran importancia para subsistir en el hábitat desértico que ocupan.

Por todo ello, estas criaturas son de las mejores supervivientes en el reino animal... ¡Gracias a su icónica joroba! Y de paso, constituyen el principal medio de subsistencia de las familias más desfavorecidas de aquellos lugares en los que su clima impide el desarrollo de otras especies ganaderas, al proporcionarles leche, carne y un medio de carga.

Y como la propia Naturaleza les advirtiera, en ella también reconocéis su pasión por aquel lucero en el que se inspiró: la Luna gibosa.

Así se cuenta y se vuelve a contar, este relato de nunca acabar.

Los científicos llevan tiempo advirtiéndonos de que la deforestación, la caída de la biodiversidad, esa agricultura tan intensiva y el calentamiento global en su conjunto disparan el riesgo de pandemias, como la última de COVID19. Una mayor variabilidad biológica supone que las especies –y en ellas, sus propios virus- gozan de menos posibilidades para alcanzar otra posición dominante. La pérdida de superficie natural y una biodiversidad empobrecida conlleva la desaparición de especies que pueden actuar como barrera y que, al reducir sus hábitats ordinarios, obliguen a muchos animales a acercarse más a poblaciones humanas en busca de refugio o comida.

Convencidos por ello de la necesidad de cuidar nuestro medioambiente, un grupo de amigos nos juntamos periódicamente en determinados espacios naturales, procediendo a la recogida de la basura que pudieran contener. Apenas somos una veintena, mujeres y hombres de cualquier edad, si bien predominamos los adultos. ¡Quizá para los más jóvenes no sea tan buena idea quedar un sábado a las diez de la mañana! Llevamos guantes, calzado adecuado, bolsas de colores intentando segregar cada desperdicio, alguna mochila repleta de ilusión... Y en el caso de que sea en la ribera de un río, la autorización de los responsables de su cuenca hidrográfica.

Todos somos voluntarios. Nunca pondremos precio a aquello que damos gratis. A todos nos mueve el amor y el respeto hacia esa Naturaleza que tanto nos ofrece.

La ribera del río Bernesga. Ese ha sido nuestro último objetivo. Aquella muchacha que el último día protestase tanto porque recoger residuos le parecía cansado, en esta ocasión no vino. Como rezara mi abuela la refranera, *bastante colabora quien no entorpece.*

Las bolsas con deshechos se acumulan, antes de depositarlas en sus contenedores respectivos. Hacemos alguna foto para el recuerdo. Hemos retirado miles de colillas, centenares de latas, decenas de papeles, ocho botellas de vidrio y hasta una garrafa llena con aceite de motor. Si se estima que un litro

de éste contamina mil litros de agua –siendo además muy tóxico, de lenta degradación y altísima adherencia-, y en aquel envase caben cinco, los más jóvenes calculan el pequeño desastre que acabamos de evitar. A mí, tanta dejadez me genera rebeldía. La peor adolescencia es la de los cincuenta.

No obstante, la mejor observación vendrá luego de mi hijo:

- ¿Y no sería más fácil que nadie lo tirase y no tuviéramos que venir a recogerlo?

En efecto, así es.

A menudo, las soluciones más sencillas son las que convertimos en las más complicadas.

Manuel Cortés Blanco

Manuel Cortés Blanco (Zaragoza) es médico, psicólogo, cuentacuentos, escritor... y sin duda, un educador por la Naturaleza. Desde su condición de especialista en Medicina Preventiva y Salud Pública, ha desempeñado su profesión en cuatro de los cinco continentes.

Es autor de los libros: “El amor azul marino” (Premio Literario Amares, 2005), “Cartas para un país sin magia”, “Mi planeta de chocolate” (finalista del II Premio Internacional Vivendia de Relato), “Siete paraguas al sol” (VI Premio Nacional de Novela Ciudad Ducal de Loeches), “Nanas para un Principito”, “Catorce lunas llenas” (XXXVIII Certamen Literario Carta Puebla, XV de Cuentos), “El amor en los tiempos del Mindfulness” (XLI Certamen Literario Carta Puebla, XVI de Cuentos), “Catorce lunas menguantes” (II Premio Liliput de Narrativa Joven), “Cuentos de carbón”, “Catorce lunas nuevas” y “Catorce lunas crecientes”. En todos ellos inevitablemente deja constancia de esa apuesta por los valores de la Ecología, habiendo participado también en numerosas antologías de cuentos.

Como docente ha sido profesor –entre otros- del Instituto Universitario de Drogodependencias, en la Universidad Complutense de Madrid. En el año 2010 fue galardonado con un *Premio Nacional Ulysses a la Investigación* por su labor científica.

| <http://manuelcortesblanco.blogspot.com>

| https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Cort%C3%A9s_Blanco



Pepa Gisbert Aguilar

EL OLIVO

De una educación ambiental a una educación gaiana, un camino particular.

Las dos amigas están sentadas junto al fuego este primer día del año 2024. Hablan de sus vidas, de sus deseos de escribir, de lo que eso supone para cada una.

Ella le explica el reto que tiene delante: escribir, aprovechando su experiencia educativa, sobre cómo ha ido variando con el paso del tiempo el concepto de la educación ambiental, sus funciones, su papel en la sociedad. También como abordar la educación en el momento que vivimos de emergencia climática y de crisis socioambiental severa.

Entonces, la amiga, hace una propuesta:

“¿Y por qué no haces hablar entre sí a las voces que te han acompañado en esta trayectoria?”

Ella, ni corta ni perezosa, se pone a reflexionar sobre cuáles son esas voces.

Está su voz de adolescente, la que fue de campamento sin haber montado nunca una tienda de campaña y quedó seducida por el poder que la naturaleza y las canciones tenían para hacer cambiar a las personas. Una voz que sonaba así:

Quiero ser cómo él, que conoce las plantas y sabe qué madera es flexible para hacerse un bastón y cortarlo y decorarlo. La relación que él teje con la naturaleza tiene algo que me hace sonreír y me emociona. Las caras de los niños y niñas disfrutando, los ojos brillantes con esperanza.

Esa voz que todavía no sabe que los enebros (esa fue la madera elegida para el bastón) crecen muy lentamente y que en un futuro próximo pensará que mejor no cortar ninguna rama... Es la voz que sonrío cada mañana cuando asoma su cabeza por la tienda de campaña:

¿Cómo no me había dado cuenta de la fascinación y el bálsamo para el espíritu que supone estar en la naturaleza?

Voz joven que resuena con la de la niña de diez años, que miraba al cielo y se conmovía. Y de noche se quedaba embelesada contemplando las estrellas antes de ir a dormir. La que se enamoraba de la vida con la grandeza del universo, y pensaba, muy convencida:

Si vienen los extraterrestres, contactarán conmigo, porque cuando yo miro el cielo me estremezco, y eso significa algo.

La niña que se perdía por el campo, por la Plana de Cocentaina, el último día de verano, cuando la familia estaba a punto de salir hacia el piso de València y se subía a su olivo. Y allí arriba hablaban los dos, y se despedía de él y del paisaje que le rodeaba, de la Sierra de Mariola y de la cumbre del Montcabrer, del cielo estrellado y de la superficie plana bajo su ventana, aquella en la que posiblemente aterrizarían los extraterrestres.

Voz que con diecisiete años, se apuntó al “Moviment Escolta del País Valencià”, para hacer más grande la semilla que el primer campamento había sembrado, la que se hizo monitora de tiempo libre y disfrutó de compartir la naturaleza. La que utilizaba ilusionada aquellos primeros materiales de “trabajo de campo”

que llegaban de Cataluña, bebiendo de Rosa Sensat, Ferrer i Guàrdia, también de la Institución Libre de Enseñanza... La que explicaba actividades tan bonitas como la de deducir presencias en el bosque a partir de una piña mordida. El pinar de la Sierra Calderona acogiendo la ilusión de los niños y niñas mientras hacían estas actividades. Averiguar qué estaba pasando en el bosque a partir de los indicios que encontraban:

¿Ardilla o ratón de campo? ¿Qué hemos encontrado hoy en este bosque?

Bajo el regazo de ese olivo centenario en Cocentaina tomaría la decisión sobre sus estudios futuros. Una voz que parecía alejarse de los designios familiares y decía:

Quiero estudiar magisterio o tal vez biología, o las dos cosas. Quiero acercar la naturaleza a las personas.

La pasión incipiente por compartir la naturaleza, la pasión por educar, la pasión por sanar la Tierra. Era una voz todavía sutil y tenue, como un hilo de seda, que se alarga para llegar a lugares impensables.

La década de los ochenta en la Universidad, un mundo con esperanza

La voz iba en bicicleta a la facultad de Biología en Burjassot y allí había encontrado otras almas “bicileteras”, entre ellas, la amiga que ahora está a su lado. Un coro de voces jóvenes que mientras hacen el herbario, van conociendo y estimando las plantas y el paisaje valenciano.

Harán un viaje iniciático juntas, las dos amigas que ahora están junto al fuego de invierno. Ambas querían moverse a un lugar donde pudieran estudiar Ecología. Y así llegarán a la Universidad Autónoma de Madrid y disfrutarán descubriendo día a día que la Ecología es una ciencia de relaciones.

Y es en aquellos años que empezaron a hacerse jornadas de educación ambiental en todo el Estado y ellas asisten, escuchan y aprenden, mucho.

En la granja escuela Tres Cantos ambas quedan fascinadas por la manera alucinante que tienen de trabajar con el alumnado: ¡qué forma más bonita y creativa de conocer el suelo, el campo y los seres que los habitan!. Una experiencia que les marcaría y serviría de referencia.

Los ecos de la conferencia de Tbilisi de educación ambiental llegan fuertes. Primeras experiencias en granjas escuelas, en aulas de naturaleza, cursos de árboles para profesorado, visitas escolares en el zoológico de Madrid, el Jardín Botánico de València...

Voz que suena ahora intrigada:

¿Qué es realmente la educación ambiental?

¿El contacto con la naturaleza nos da directamente la concienciación que necesitamos?

¿El cambio de hábitos de vida, cómo se consigue?

La voz se vuelve interrogativa. Y esa característica será ya una compañera inseparable. Casi parecería que la educación ambiental consiste en hacerse preguntas.

Años noventa, la crianza de los hijos, el ecologismo y el instituto

Y entonces vinieron los años de hacer educación ambiental dentro de la educación formal, en un centro de secundaria. Nuestra voz se ha hecho profesora.

Simultáneamente transcurre la conferencia de Río de Janeiro de 1992, con la intrusión ligera y tímida, casi invisible al principio, del concepto de desarrollo sostenible.

La voz continúa haciéndose preguntas. Mientras trabaja en Benidorm ve que es necesario cuestionar el turismo, sus impactos y la sociedad que genera. Se da cuenta de la importancia de mostrar la cara oculta que tiene nuestra manera

de vivir. Junto a las salidas a los parques naturales próximos: Penyal d'Ifac, Montgó, Font Roja... organiza visitas al vertedero de Benidorm, a la depuradora de aguas residuales y a los descampados junto al instituto, convertidos en un cúmulo de escombros.

Plantea al alumnado mirar críticamente el entorno, dibujar y valorar el paisaje. Inspirada por el libro de Jaume Terradas, "Ecología urbana". Recreada también gracias a los años pasados en la Universidad Autónoma de Madrid, en el departamento de González Bernáldez, con sus estudios de Ecología y Paisaje.

Para ella la educación ambiental no ha sido nunca una actividad de un día, una salida a la naturaleza. Es algo que impregna las actividades y la vida en el aula y más allá, que se expande cada día a todos los lugares.

La voz se va haciendo compleja, las actividades que propone lo muestran: comparar un ecosistema natural y uno urbano. Los flujos de energía, los ciclos de materiales. El paisaje desolado junto a la autopista, el vertedero y el instituto. Las torres de Benidorm al fondo y Terra Mítica construyéndose en el horizonte. También utiliza como herramienta de trabajo en clase los juegos de simulación, que despliegan puntos de vista distintos para entender las diferentes partes de las situaciones, escuchar voces variadas y abrir debates, sobre el modelo turístico, sobre la conveniencia de Terra Mítica, sobre el uso de la energía, sobre nuestras vidas...

Inquieta, quiere que se abran nuevas posibilidades, nuevas miradas, en las mentes que le rodean:

¿Qué Benidorm queremos? ¿Es verdad que Terra Mítica traerá más bienestar a vuestras casas? ¿Cómo es el trabajo en hostelería de vuestras familias? ¿Es sostenible vivir así?

Continúa formándose, ha pasado por el Máster de Educación ambiental de la UNED, ha trabajado en el aula de naturaleza de Benidorm, y no puede callar ante lo que ve, clama contra el turismo en la Marina Baixa, devorador de territorio sin prejuicios.

¡Qué tiempos tan duros, ver como tanta gente está encantada con este modelo de desarrollo urbanístico!

¡Y qué difícil expresar esta opinión sin sentirse vulnerable, incluso traidora!

Voz atravesada por las luchas ecologistas, por el trabajo en el aula y por la crianza. Voz de mujer que no se da cuenta de que no es solo su voz, sino la voz de la vida la que se está expresando.

Cautivada por la lectura del libro "Más allá de los límites del crecimiento", especialmente del último capítulo. Después de los modelos matemáticos analizando posibles escenarios, vienen las conclusiones sobre los límites y finalmente se proponen las cualidades que necesitaremos para construir el llamado "desarrollo sostenible". Decide amplificar la ideas de este capítulo, porque no puede no hacerlo, porque al leerlo queda conmocionada, porque comparte esta visión del mundo de una manera profunda. Y así, la voz se une a la de Donella Meadows y su equipo, para decir:

En el camino que nos espera, para construir un futuro habitable para las generaciones futuras, además de conocimiento científico, necesitaremos: desarrollo de visiones, construcción de redes, decir la verdad, aprendizaje y amor.

En aquellos años conecta y se incorpora al grupo de investigación didáctica la Illeta y empieza a ver que su manera intuitiva y crítica de enseñar encaja con el modelo didáctico investigativo que se trabaja en este grupo, dentro de la Red IRES (Investigación y Renovación Escolar). La perspectivacrítica y social, la visión constructivista del aprendizaje y una concepción sistémica y compleja de la realidad.

Acoplar todas estas perspectivas hace emerger, otra vez, más preguntas:

¿Qué es lo más importante de nuestro trabajo?

¿Cómo formar personas críticas?

La coherencia entre nuestra manera de educar, de vivir, de plantear actividades y de desarrollar nuestro trabajo en el aula es esencial para que tenga sentido, para que deje huella...

A lo largo de los cursos, a base de trabajo y de pasar por diferentes institutos, va incorporando una mirada crítica al currículum, ajustándose a las necesidades de cada momento y cada grupo, seleccionando problemas a partir de los cuales trabajar las diferentes temáticas. Se sumarán muchas experiencias, el disfrute del huerto escolar, abordar los problemas en su complejidad, introducir la perspectiva Norte/Sur en las actividades, abrir las puertas del aula al activismo social y ambiental...

La voz ilusionada se siente parte del proceso de cambio donde las fronteras entre la educación en valores, la educación para el desarrollo, la educación para la paz, la educación para la igualdad, la educación inclusiva, la educación emocional, la educación ambiental... son cada vez más difusas. Para construir “otro mundo posible” las necesitamos a todas.

Estrenando milenio: la crisis energética y el decrecimiento

Repentinamente, un día de 2002, dentro de todo este ajetreo, aparece una nueva amenaza en el horizonte, como una nube negra que anuncia tormenta: la crisis energética provocada por el “peak oil”. Es la voz de su colega y amigo, Fernando Ballenilla, de AEREN (Asociación para el Estudio de los Recursos Energéticos). En una reunión del grupo La Illeta les explicó sobre el cenit del petróleo y la crisis que nos esperaba como sociedad dependiente del petróleo. En aquellos años nadie hablaba de esto.

Ella se queda muda y perpleja escuchándolo. La claridad de la explicación y los datos eran contundentes:

“Los combustibles fósiles están entrando en una era de escasez, la codicia humana ha consumido ya la mitad de las reservas disponibles, con un reparto injusto, creando desigualdades... A partir de ahora, la disponibilidad será menor y la demanda creciente. Nuestra sociedad se enfrenta a un problema de gran envergadura”.

Después de recibir toda la información, se decide a hacer también de altavoz de esta situación:

En cien años hemos gastado la mitad del petróleo que hay en el mundo. Y cada vez queremos y necesitamos más. Las cosas van a ponerse muy feas en el futuro

Esa amenazante crisis energética se convierte en un impulso para saber más, para seguir trabajando

con el alumnado problemáticas ambientales.

¿Y qué puedo hacer yo ahora, sabiendo la situación que tenemos? La crisis energética en un mundo donde los problemas ambientales aumentan cada día. Un entorno que pierde biodiversidad, que sufre agresiones increíbles, que se enfrenta a una crisis climática cada vez más severa...

En el grupo de profesorado la Illeta trabajan haciendo actividades y materiales para explicar todo esto: el final del petróleo barato, la crisis ambiental... También ponen en marcha actividades para imaginar escenarios posibles y soñar escenarios más solidarios, con más cuidado del medio ambiente y una mirada más colaborativa.

En ese momento el concepto de “desarrollo sostenible” se manifiesta como un oxímoron, cada instante, más prostituido. Bajo esta denominación aparecen

intervenciones muy agresivas, las multinacionales se pintan de verde, se aprueban macroproyectos urbanísticos...

Podemos escuchar ahora la voz, que a ratos se desanima, vencida por la cruda realidad:

¿Tiene sentido continuar hablando en clase (pero también en el mundo) de desarrollo sostenible?

Convive con las contradicciones. Se da cuenta de que hay que ser más clara y más explícita. Tiene que ser honesta:

¿Desarrollo sostenible? No me gusta utilizar este término, es un engaño. Para la sociedad occidental, es necesario ir pensando en consumir menos.

Un día, paseando por Barcelona desde la estantería de una librería, un libro le hace un guiño. La portada y el título son llamativos: "Objectiu decreixement", del colectivo "Silence". Con el libro en las manos, piensa:

¿Podrá ser este concepto de "decrecimiento" más contundente para explicar lo que necesitamos como sociedad despilfarradora de recursos?

Esto es lo que se dice, cansada de ver que el capitalismo disfraza de ecológica cualquier cosa que interese. Que la mayor parte de los medios de comunicación están al servicio del capital y no de la vida. Se dice a sí misma, una y otra vez:

Tienes que hablar claro, lo más claro posible.

Tal vez, si hablamos de decrecimiento, no nos roben las palabras, no las perviertan.

Empieza a conocer el movimiento por el decrecimiento, a documentarse, a escribir sobre el tema.

La necesidad de decrecer ha entrado en su vida, y necesita divulgar la idea:

Hace falta una educación para el decrecimiento, necesitamos construir escenarios futuros imaginativos a partir de las condiciones actuales. El tiempo apremia.

Proyectos y vivencias. Apostando por otra educación

De repente, llega la crisis financiera de 2007. En este contexto es más fácil hablar de decrecimiento. La vida de muchas familias se precariza aún más y esto se hace patente de manera cotidiana en el día a día de las aulas del instituto. La crisis se hace más visible para todos y todas, porque la vida de las personas se ve afectada, porque esta crisis económica es una crisis global, puesto que también es social, ecológica, de valores...

Y es entonces cuando la voz siente que tiene que ser expresada con más fuerza porque es necesario actuar, y por eso, se atreve a proponerle a su amigo:

¿Y si nos presentamos a la dirección del instituto con un proyecto que transforme miradas?

¿Qué tal si llamamos a nuestro proyecto "Educando hacia un mundo solidario"?

Será un proyecto con una mirada globalizadora. El reto que tenemos es EDUCAR, con mayúsculas. Formar personas críticas, con los conocimientos necesarios para una vida digna de ser vivida. Todo el sistema educativo necesita ser cuestionado. Poner la escuela al revés y enseñar los saberes que hacen falta para construir la vida. Mirar a cada persona a los ojos, entenderla y dejar que se desarrolle libre. Ayudarnos, todas las personas juntas, y así construir un mundo solidario.

Vendrá la cruda realidad y el proyecto tendrá luces y sombras. Y el esfuerzo será inmenso, como también lo será la felicidad en algunos momentos, la tristeza en otros. El camino transformador está lleno de sorpresas.

La voz sabe que tiene que decirse:

Tenemos que intentar nuevas maneras de estar en el mundo. A veces encontramos la tierra abonada y en condiciones y otras tendremos que renunciar y probar en otros lugares.

En este momento se siente derrotada. El proyecto no ha cuajado. Ve como la semilla que había germinado, la pequeña planta que había nacido bonita y tierna, ha crecido un poco, ha durado un tiempo, pero no ha encontrado la fuerza para arraigar y no puede mantenerse, no puede continuar en ese lugar...

¿Dónde podrá ir ahora a ver germinar semillas educativas? Necesito un descanso, necesito ver otras cosas. Pero, ¿dónde?

En realidad, al fondo de su corazón, sabe que cada una de las voces que han aparecido en este texto son valiosas, que han tenido y pueden tener sentido en el futuro, que cada una de ellas tiene su verdad. Que en el camino de construir otro mundo posible no hay respuestas correctas e incorrectas, que la vida nos va llevando de unas cosas a las otras y así hacemos germinar pequeñas semillas de esperanza. Pero, ahora se encuentra con el alma rota. Empieza un viaje, quiere abrir los muros del rígido sistema educativo y ampliar la mirada.

Durante el viaje, surge la magia, la voz de Gaia, de nuestro planeta.

¿Qué puede aportar la mirada del planeta como un ser vivo a la educación?

¿Qué nos puede aportar la conexión con Gaia?

Esa mirada “gaiana” se amplía con la ecología profunda, con el trabajo de procesos. Todo empieza con un curso a “Gaia Education” (Findhorn, Escocia). Después conocerá y leerá a Carlos de Castro y su propuesta de Gaia Orgánica. Compartirá con él una charla en el seminario “ConCiencia” en Lanzarote, y se preguntará:

¿Cómo fomentar la conciencia de ser parte de Gaia?

Piensa en las diferentes perspectivas que le han llevado aquí y hace suyas las palabras escuchadas:

No te necesitamos como líder para cambiar el mundo, el cambio es inherente en las personas y en la naturaleza. Necesitas conciencia, no poder. Conciencia para notar y seguir los cambios que suceden. Arnold Mindell

La acción no es una carga para ser levantada y arrastrada sobre nuestros hombros. Es una cosa que somos. El trabajo que tenemos que hacer se puede ver como una manera de “cobrar vida”. Más que un imperativo moral, es un despertar a nuestra verdadera naturaleza, una liberación de nuestros dones. Joana Macy

La conciencia de ser “Gaia” nos hace plantear desde otra perspectiva cuál puede ser nuestro papel en el momento actual, en el cual la biosfera -Gaia- se enfrenta a la extinción más rápida de todas cuantas ha experimentado (la sexta extinción) y además es la única (que sepamos) que ha sido originada por uno de sus organismos. Así, el ser humano está actuando como un cáncer para Gaia, fomentando un crecimiento que destruye su capacidad de homeostasis, su autorregulación... Y a la vez, es consciente de ser parte de ese organismo al cual está dañando. Carlos de Castro

La voz que seguimos tantos años se aligera al escuchar estas voces. Ha sido como dejar que las piezas del rompecabezas imposible en el cual vivimos se fueron recolocando, una detrás la otra. Algo se ha liberado ver todas las voces juntas en un marco de referencia congruente.

¿Sentirnos parte de Gaia nos ayudará a cambiar nuestra vida? ¿Nos impulsará a vincularnos con la Tierra y ser felices con menos consumo de recursos materiales?

¿Será así, sintiéndonos parte de Gaia, cómo encontraremos el camino

para ser y estar de otra manera al mundo? ¿Nos daremos cuenta qué no necesitamos mucho más que la vida para ser felices?

Surge el recuerdo de aquel momento compartido en el paseo de Arrecife, las palabras que le hicieron sonreír. El grupo reunido en torno al seminario “Conciencia” en Lanzarote escucha la pregunta:

“¿Cuándo sentisteis por primera vez la presencia de Gaia?”

Rememora esos instantes, como se le iluminó el pensamiento al escuchar la pregunta:

¡Esa pregunta es la clave!

¿Cómo podemos encontrar esa parte tan profundamente “viva” dentro de nosotros y a la vez tan escondida?

¿En qué momento se me reveló a mí esa conexión con Gaia?

Para encontrar la respuesta, ha viajado otra vez en el territorio de la infancia. Ha aparecido de nuevo su olivo centenario en la Plana de Cocentaina. Ese olivo que le protegía de las tormentas de todo tipo. Sabe que fue allí, bajo el olivo, la luz filtrándose entre las hojas, su cara buscando los rayos de sol, ella abrazándose al árbol. La conciencia de la vida. En aquellos instantes, la amiga que estaba junto al fuego cuando empezábamos esta historia, hizo también su investigación y se dejó llevar desde el Atlántico al Mediterráneo; sus pies infantiles mojados sobre la arena de una playa menorquina, su cuerpo jugando con las olas. Su despertar a Gaia.

Amigas mediterráneas, que con el susurro del mar o acariciadas por ramas de olivo, comprenden ahora que no es su voz la que tiene que ser oída. Son otras voces las que necesitan una escucha atenta.

Cada gota de agua, cada flor, cada animal, cada estrella... Las voces de la naturaleza. Encontrarlas dentro de nosotros, en nuestro entorno; conocerlas, sentir las, disfrutarlas, cuidarlas. Ser parte.

Esa presencia inmanente. Tan profunda, sencilla y a la vez oculta en los ojos humanos. La vida.

L'OLIVERA

D'una educació ambiental a una educació “gaiana”, un camí particular.

Les dues amigues estan assegudes davant el foc el primer dia de l'any 2024. Parlen de les seues vides, de les seues ganes compartides d'escriure i del que això suposa per a cada una.

Ella li explica el repte que té davant: escriure, aprofitant la seua experiència educativa, sobre com ha variat des de la seua òptica, amb el transcurs del temps, el concepte de l'Educació Ambiental i el seu paper en la societat. També com abordar l'educació en el moment que vivim d'emergència climàtica i de crisi socioambiental extrema.

Aleshores, l'amiga, fa una proposta:

“Per què no fas parlar a les teues veus, les que t'han acompanyat en aquesta trajectòria?”

Sense pensar-s'ho dues vegades, es posa a reflexionar sobre quines són eixes veus.

Està la seua veu d'adolescent, que va anar de campament sense haver muntat mai una tenda de campanya i va quedar seduïda pel poder que la natura i les cançons tenien per millorar les persones. Una veu que sonava així:

Vull ser com ell, que coneix les plantes i sap quina fusta és flexible per fer-se un bastó i tallar-lo i decorar-lo. La relació que ell teix amb la natura té alguna cosa que em fa somriure i m'emociona. Les cares dels xiquets i xiquetes gaudint, els ulls brillants amb esperança, entreveient oportunitats

Eixa veu que encara no sabia que els ginebrons (l'arbre triat per al bastó) creixen molt lentament i que en un futur pròxim pensarà que millor no tallar-ne cap branca. És la veu que somriu cada matí quan trau el cap de la tenda de campanya:

Com no m'havia adonat fins ara de la fascinació i el bàlsam per a l'ànima que és estar a la natura?

Veü jove que ressona amb la de la xiqueta de deu anys, que mirava al cel i es commovia. I les nits d'infantesa contemplava embadalida les estrelles abans d'anar a dormir. La que s'enamorava de la vida mirant l'amplitud de l'univers i pensava, molt convençuda:

Si venen els extraterrestres, vindran a parlar amb mi, perquè quan jo mire el cel, m'estremisc, i això ha de voler dir alguna cosa.

Xiqueta que es perdia pel camp, per la plana de Cocentaina, l'últim dia de l'estiu, quan la família estava a punt d'eixir cap al pis de València i se'n pujava a la seua olivera. I allà dalt parlaven totes dues, i s'acomiadava d'ella i del paisatge que li envoltava, de la Serra de Mariola i del cim del Montcabrer, del cel estrellat i de la superfície allisada sota la seua finestra, aquella en la qual possiblement aterrarrien els extraterrestres.

Veü que amb dèsset anys se'n va apuntar al Moviment Escolta del País Valencià, per fer més gran la llavor que el primer campament havia sembrat, la que es va fer monitora i va gaudir del contacte amb la natura. La que utilitzava il·lusionada aquells primers materials de “treball de camp” que arribaven de

Catalunya, bevent de Rosa Sensat, Ferrer i Guàrdia, també de la “Institució Libre de Enseñanza”... La que explicava activitats tan boniques com la de deduir presències al bosc a partir d'una pinya mossegada. La pineda de Serra Calderona acollia la il·lusió tendra de la xicalla mentre feien aquestes activitats, esbrinar el que succeïa a la natura a partir dels indicis que hi havia:

Esquirol o ratolí? Quin company hem trobat avui a aquest bosc?

Veü que sota l'emparr d'eixa olivera centenària en Cocentina prendria la decisió sobre els seus estudis futurs. Una veü que semblava allunyar-se dels disgnis familiars i deia:

Vull estudiar magisteri o tal vegada biologia, o les dues coses. Vull apropar la natura a les persones.

Passió incipient per compartir la natura, passió per educar als més joves, passió per sanar la Terra. Era una veü encara subtil i tènue, com un fil de seda que s'allarga per arribar a llocs impensables, amb voluntat de fer arribar l'amor a la natura arreu del món.

La dècada dels vuitanta a la Universitat, un món amb esperança

La veü anava amb bicicleta a la facultat de Biologia en Burjassot, havia trobat allà altres ànimes “bicicleteres”, entre elles l'amiga que ara està al seu costat. Un cor de veus joves, que mentre fan herbari, coneixen i estimen les plantes i el paisatge valencià.

Faran un viatge iniciàtic juntes, les dues amigues que ara estan vora el foc d'hivern. Totes dues volien eixir de València a un altre lloc, on pogueren estudiar Ecologia. I així arribaran a la Universitat Autònoma de Madrid i gaudiran descobrint dia a dia que l'Ecologia és una ciència de relacions.

I és en aquells anys, que arreu de tot l'Estat, començaren a fer-se jornades d'Educació Ambiental i elles hi assistiren i escoltaren i aprengueren, molt.

En la granja escola Tres Cantos, ambdues quedaren fascinades per la manera al·lucinant que tenien de treballar amb les criatures: quina forma més bonica i creativa de conèixer el sòl, el camp i els éssers que hi habiten!. Una experiència que les marcaria, que serviria de referència.

Els ecos de la conferència de Tbilisi d'educació ambiental arribaven forts. Primeres experiències en granges-escoles, en aules de natura, cursos d'arbres per a professorat, visites escolars al zoològic de Madrid, al Jardí Botànic de València...

Veü que sona ara intrigada:

Què és realment l'educació ambiental?

¿La conscienciació que necessitem, ens la dona directament el contacte amb la natura?,

El canvi d'hàbits de vida, com s'aconsegueix?

Veü interrogativa. Eixa característica serà ja una companya inseparable. Quasi pareixeria que l'educació ambiental consisteix a fer-se preguntes.

Els anys noranta, la criaça dels fills, l'ecologisme i l'institut

Vingueren els anys de fer educació ambiental dins l'educació formal, en un centre de secundària. La nostra amiga s'ha fet professora.

Per aquells anys, esdevingué la conferència de Rio de Janeiro de 1992, amb la intrusió lleugera i tímida, quasi invisible al principi, del concepte de desenvolupament sostenible.

La veü continua fent-se preguntes. Mentre treballa a Benidorm veü que cal qüestionar el turisme, els seus impactes i la societat que genera. La importància de mostrar la cara oculta de la nostra manera de viure. Organitza les eixides amb l'alumnat als parcs naturals propers: al Montgó, al Penyal d'Ifac, a

la Font Roja... i ahora fa visites a l'abocador de Benidorm, a la depuradora d'aigües residuals, als descampats veïns de l'institut, convertits moltes vegades en un cúmulo d'enderrocs.

Planteja a l'alumnat mirar críticament l'entorn, dibuixar i valorar el paisatge. Inspirada pel llibre de Jaume Terradas, "Ecologia urbana". Recreada també gràcies als anys passats a la Universitat Autònoma de Madrid, al departament de González Bernáldez, amb els seus estudis "d'Ecologia i Paisatge".

Per a ella l'educació ambiental no ha sigut mai una activitat d'un dia, una eixida a la natura. És quelcom que impregna la vida a l'aula i més enllà, que s'expandeix dia a dia a tots els llocs.

La veu es va fent complexa, les activitats que proposa ho mostren: comparar un ecosistema natural i un urbà. Els fluxos d'energia, els cicles de materials. El paisatge desolat al costat de l'autopista, l'abocador i l'institut. Les torres de Benidorm al fons i Terra Mítica construint-se a l'horitzó. També utilitza com a eina de treball a classe els jocs de simulació, que volen obrir preguntes i entendre les diferents parts de les situacions, sentir veus variades i obrir debats; sobre el model turístic, sobre la conveniència de Terra Mítica, sobre l'ús de l'energia, sobre les nostres vides...

Inquieta, vol que apareguen espurnes noves en les ments que li envolten:

Quin Benidorm volem? ¿És veritat que Terra Mítica portarà més benestar a les vostres cases? ¿Com és el treball a l'hostaleria de les vostres famílies? És sostenible viure així?

Continua formant-se, ha passat pel Màster d'Educació ambiental de la UNED, ha treballat a l'aula de natura de Benidorm i ara segueix a peu d'aula. No pot callar i clama contra el model turístic que veu a la Marina Baixa, eixe devorador de territori sense prejudicis.

Quins temps tan durs, veure com la gent es fascina davant aquest frenètic desenvolupament urbanístic!

Que difícil és expressar aquesta opinió sense sentir-te vulnerable, fins i tot traïdora!

Veu travessada per lluites ecologistes, pel treball a l'aula i per la criança. Veu de dona que no se n'adona completament que no és només la seua veu, sinó la veu de la vida, la que s'està expressant.

Captivada per la lectura del llibre "Més enllà dels límits del creixement", especialment l'últim capítol. Després dels models matemàtics analitzant escenaris, venen les conclusions sobre els límits i finalment les qualitats que necessitarem per construir l'anomenat "desenvolupament sostenible". Decideix amplificar la proposta, perquè no pot no fer-lo, perquè quan el llig queda commocionada, perquè comparteix aquesta visió del món d'una manera profunda. Així, la veu s'uneix a la de Donella Meadows i el seu equip, per dir:

En el camí que ens espera, per construir un futur habitable per les generacions futures, a més de coneixement científic, necessitarem: desenvolupament de visions, construcció de xarxes, dir la veritat, aprenentatge i amor.

I és en aquells anys, que s'incorpora al grup d'investigació didàctica la Illeta i comença a veure que la seua manera intuïtiva i crítica d'ensenyar s'acobla al model didàctic investigatiu que es treballa en aquest grup, dins de la "Red IRES" (Investigació i Renovació Escolar). La perspectiva crítica i social, la visió constructivista de l'aprenentatge i una concepció sistèmica i complexa de la realitat.

L'encaix de totes aquestes perspectives fa sorgir una altra vegada, més preguntes:

Què és el més important del nostre treball?

Com formar persones crítiques?

La coherència entre la nostra manera d'educar, de viure, de plantejar activitats i de desenvolupar-nos a l'aula és essencial per fer que el treball tinga sentit, per tal que deixe empremta...

I al llarg dels anys, a força de treball i de passar per diferents instituts, es fa constant la mirada crítica al currículum, l'ajust a les circumstàncies de cada moment i de cada grup i continua aprenentn a seleccionar els problemes a partir dels quals treballar les diferents temàtiques. S'afegiran moltes experiències, el gaudi de l'hort escolar, afrontar els problemes en la seua complexitat, introduir la perspectiva Nord/Sud en les activitats, obrir les portes de l'aula a l'activisme social i ambiental...

La veu il·lusionada se sent part del procés de canvi on les fronteres entre l'educació en valors, l'educació per al desenvolupament, l'educació per a la pau, l'educació per a la igualtat, l'educacióninclusiva, l'educació emocional, l'educació ambiental... són cada vegada més difoses. Per a construir un "altre món possible" les necessitem a totes.

Estrenant mil·lenni: la crisi energètica i el decreixement.

De sobte, un dia de 2002, dins d'aquell enrenou, apareix una nova amenaça a l'horitzó, com un núvol negre, anunciant tempestes: la crisi energètica provocada pel "peak oil". És la veu del seu col·lega i amic, Fernando Ballenilla, d'AE-REN (Associació per a l'Estudi dels Recursos Energètics). En una reunió del grup La Illeta els parla sobre el zenit del petroli i la crisi que ens espera com a societat depenent del petroli. No parla quasi ningú d'això, en aquells anys.

I ella es queda muda, perplexa, escoltant-lo. La claredat de l'explicació i les dades són contundents.

"Els combustibles fòssils estan entrant en una era d'escassetat, la cobdícia humana ha consumit ja la meitat de les reserves disponibles, amb un repartiment injust, creant desigualtats... A partir d'ara, la disponibilitat serà menor i la demanda creixent. La societat s'enfronta a un problema de gran envergadura".

Després d'escoltar-lo, decideix fer també d'altaveu d'aquesta situació.

En cent anys hem gastat la meitat del petroli que hi ha al món. I cada vegada en volem i en necessitem més. Les coses es torceran més prompte que tard.

Eixa amenaçadora crisi energètica és un impuls per saber-ne més, per continuar treballant amb l'alumnat.

Què puc fer jo ara, sabent la situació que tenim? La crisi energètica en un món on els problemes ambientals augmenten cada dia. Un entorn que perd biodiversitat, que pateix agressions increïbles, que s'enfronta a una crisi climàtica cada vegada més greu...

En el grup de professorat la Illeta treballen fent activitats i materials per a explicar tot això: el zenit del petroli, la crisi ambiental; activitats per imaginar els escenaris possibles i somniar amb solucions solidàries, amb més cura del medi ambient i una mirada més col·laborativa.

En eixe moment el concepte de "desenvolupament sostenible" es manifesta com un oxímoron, a cada instant, més substituït. Sota aquesta denominació apareixen intervencions molt agressives, les multinacionals més contaminants es pinten de verd i de sostenibilitat, es posen en marxa macroprojectes urbanístics...

Aleshores, podem sentir a la veu, que a estones perd força, vençuda per la crua realitat:

¿Té sentit continuar parlant a classe (però també al món) de desenvolupament sostenible?

Conviu amb les contradiccions. Però, s'adona que cada vegada cal ser més clara i més explícita. Ha de ser honesta:

“Desenvolupament sostenible”? No m'agrada parlar així, és poc clar, un engany. Per a la societat occidental, és necessari consumir menys.

Un dia, passejant per Barcelona, des de la prestatgeria d'una llibreria, un títol li fa l'ullet. La portada i el títol són cridaners. “Objectiu Decreixement”, del col·lectiu “Silence”. Amb el llibre entre les mans, pensa:

¿Podrà ser aquest concepte de “decreixement” més contundent per explicar el que ens cal com societat malbaratadora de recursos?

Cansada de veure que el capitalisme disfressa d'ecològic qualsevol assumpte que li interessa, que la major part dels mitjans de comunicació estan al servei del capital i no de la vida, es diu a si mateixa una vegada i una altra:

Has de parlar amb claredat, la màxima possible.

Si parlem de decreixement, tal vegada no ens roben les paraules, no les pervertisquen.

Comença a conèixer el moviment pel decreixement, a documentar-se, a escriure sobre el tema. La necessitat de decreixement ha entrat a la seua vida, i necessita divulgar la idea:

Cal una educació pel decreixement, necessitem construir escenaris futurs imaginatius a partir de les condicions actuals. I cal que ens n'adonem prompte, com més prompte millor. Els temps ens constreny.

Projectes i vivències, apostant per altra educació

De sobte fa aparició la crisi financera de 2007. En eixe context és més fàcil parlar de decreixement. La vida de moltes famílies es precaritza encara més i això es palesa de manera quotidiana a les aules de l'institut. La crisi es fa visible per a tots i totes, perquè la vida de les persones es veu afectada, perquè aquesta crisi econòmica és una crisi global, ja que també és social, ecològica, de valors...

I és aleshores quan la veu apareix amb una força inusitada, i s'atreveix a dir-li al seu amic:

¿I si ens presentem a la direcció de l'institut amb un projecte que transforme mirades?

¿Què tal si el nostre somni es diu “Educant cap a un món solidari”?

Serà un projecte amb una mirada globalitzadora. El repte és EDUCAR, amb majúscules. Formar persones crítiques, amb els coneixements necessaris per a una vida digna de ser viscuda. Tot el sistema educatiu necessita ser qüestionat. Posar l'escola a l'inrevés i ensenyar els sabers que fan falta per construir la vida. Mirar a cada persona als ulls i deixar que pugui créixer lliure. Ajudar-nos, i totes les persones juntes i així construir un món solidari.

Vindrà la crua realitat i el projecte tindrà llums i ombres. I l'esforç serà immens, com també serà la felicitat a alguns moments, la tristesa en d'altres. El camí transformador va ple de sorpreses.

La veu sap que ha de dir-se:

Hem d'inventar noves maneres d'estar al món. A vegades trobem la terra adobada i en condicions, i en altres haurem de renunciar-hi i provar en altres llocs.

En aquest moment se sent derrotada. El projecte no ha quallat. Veu com la llavor que havia germinat, la planteta que havia nascut bonica i tendra, ha crescut un poc, ha durat un temps, però no ha trobat la força d'arrelar i no pot mantindre's, no pot continuar en eixe lloc...

On podré anar ara a veure germinar llavors educatives? Necessite un descans, veure altres coses. Però, on?

En realitat, al fons del seu cor, sap que totes les veus que han aparegut en aquest text són valuoses, que han tingut i poden tindre sentit en el futur, que cadascuna en té veritat. Que en el camí de construir eixe altre món possible no hi ha respostes correctes i incorrectes, que la vida ens va portant d'unes coses a altres i així fem germinar xicotetes llavors d'esperança. Però ara es troba amb l'ànima trencada. Comença un viatge, vol obrir els murs del rígid sistema educatiu i ampliar-ne la mirada.

Durant el viatge sorgeix la màgia, la presència de la veu de Gaia, el nostre planeta.

Què pot aportar la mirada del planeta com un ésser viu a l'educació?

Què ens pot aportar el vincle amb Gaia?

Eixa mirada "gaiana" s'amplia amb l'ecologia profunda, amb el treball de processos. Tot comença amb un curs a Gaia Education (Findhorn, Escòcia). En acabant coneixerà i llegirà a Carlos de Castro i la seua proposta de Gaia Orgànica. Compartirà amb ell una xarrada en el seminari "ConCiencia" en Lanzarote, i es preguntarà:

Com fomentar la consciència de ser part de Gaia?

Pensa en les diferents perspectives que li han portat ací i fa seues les paraules escoltades:

No et necessitem com a líder per canviar el món. El canvi és inherent en les persones i en la natura. Necessites consciència, no poder. Consciència per notar i seguir els canvis que succeeixen. Arnold Mindell

L'acció no és una càrrega per ser aixecada i arrossegada sobre les nostres espatles. És una cosa que som. La feina que hem de fer es pot veure com una mena de "cobrar vida". Més que un imperatiu moral, és un despertar a la nostra veritable naturalesa, un alliberament dels nostres dons. Joana Macy

La consciència de ser "Gaia" ens fa plantejar des d'una altra perspectiva quin pot ser el nostre paper en el moment actual, en el qual la biosfera -Gaia- s'enfronta a l'extinció més ràpida de totes les que ha experimentat (la sisena extinció) i a més és l'única (que sapiem) que ha sigut originada per un dels seus organismes. Així, l'ésser humà va actuant com un càncer per a Gaia, fomentant un creixement que destrueix la seua capacitat d'homeòstasi, la seua autoregulació... I alhora, és conscient de ser part d'eixe organisme al qual va danyant. Carlos de Castro

La veu que seguim tants anys s'ha alleugerat en sentir aquestes veus. Ha sigut com deixar que les peces del trencaclosques impossible en el qual vivim s'anaren recol·locant, una rere l'altra. Alguna cosa s'ha alliberat en quadrar-se totes les veus en un marc de referència congruent.

¿Servirà sentir-nos Gaia per a canviar la nostra vida? ¿Ens impulsarà a vincular-nos amb la Terra i ser feliços amb menys consum de recursos materials?

¿Serà així, que sentint-nos com a part de Gaia, trobem el camí per ser i estar d'altra manera al món? Ens adonarem que no necessitem molt més que la vida per ser feliços?

Rememora aquell moment compartit en el passeig d'Arrecife, aquelles paraules que li van fer somriure. El grup, reunit entorn del seminari "ConCiencia" a Lanzarote escolta la pregunta:

"¿Quan sentireu vosaltres per primera vegada la presència de Gaia?"

En aquell instant se li il·luminà el pensament.

Eixa pregunta és la clau!

¿Com trobar eixa part tan profundament “viva” dins de nosaltres i alhora tan amagada?

En quin moment se'm va revelar eixe lligam amb Gaia?

Per trobar la resposta, ha viatjat una altra vegada al territori de la infantesa i hi ha aparegut de nou l'olivera centenària de la Plana de Cocentaina, eixa que l'aixoplugava de les tempestes de tot tipus. Sap que va ser ací, sota l'olivera, la llum filtrant-se entre el fullam i la seua cara cercant els raigs de sol, abraçant l'arbre, la consciència de la vida.

I en aquells instants, l'amiga que estava vora la llar d'hivern quan començaven aquesta història, fa també la seua recerca i es deixa portar des de l'Atlàntic a la Mediterrània; els peus banyats sobre l'arena d'una platja menorquina, el cos jugant amb les ones. El seu despertar a Gaia.

Amigues mediterrànies, que amb el murmuri de la mar o acaronades per branques de l'olivera, comprenen ara que no és la seua veu que ha de ser escoltada. Són unes altres veus que necessiten una audiència atenta.

Cada gota d'aigua, cada flor, cada animal, cada estrella... Les veus de la natura. Trobar-les dins nostre. Trobar-les al voltant. Conèixer-les, sentir-les, gaudir-les, estimar-les, cuidar-les. Ser part.

Eixa presència immanent. Tan profunda, senzilla i alhora oculta als ulls humans. La vida



Luisa Martínez Lorenzo

CONSECUENCIAS

Hechos que suceden o resultan de otros



Luisa Martínez Lorenzo

(Unidad de Cultura Científica CSIC Galicia)

Con la colaboración de Aurkene Belasco Armendariz

Título original:

CONSECUENCIAS. Feitos que acontecen ou resultan doutros.

El día 8 de diciembre de 2023, el buque TOCONAO pierde varios contenedores en la costa atlántica, uno de ellos con un total de 26,25 toneladas de granulados plásticos, repartidos en 1.050 sacos de 25 kilos cada uno.



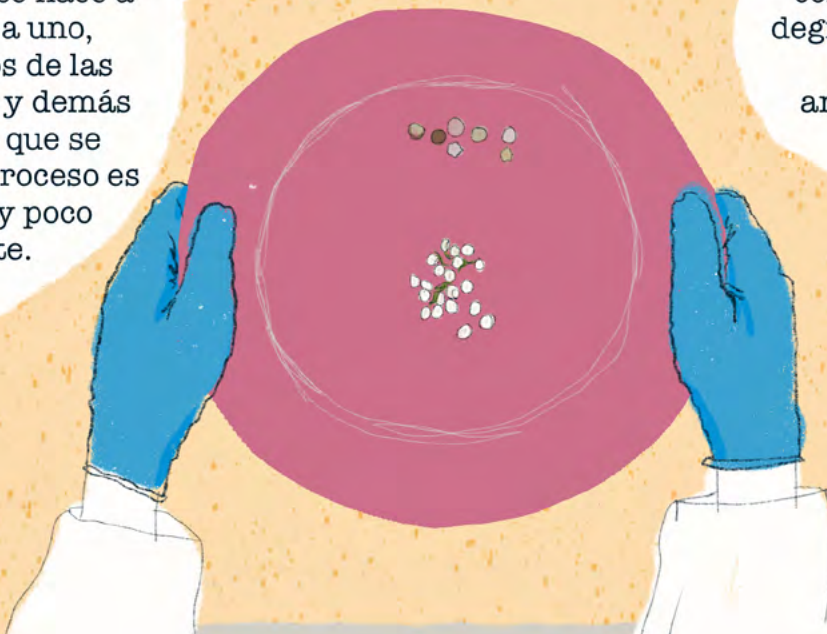
5 enero 2024, 14:05h. Playa de Area Maior, Muros, A Coruña.



La aseguradora del Toconao, a través de una empresa privada, contrata a voluntarias y voluntarios de la zona, para la retirada manual del vertido de las playas afectadas. Yo soy una de ellas.

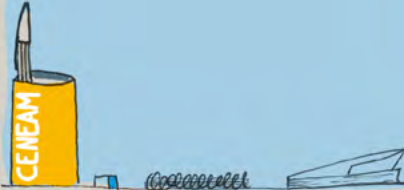
No existe un método eficaz para recoger los microplásticos. Inicialmente se hace a mano, uno a uno, separándolos de las arenas, algas y demás restos a los que se adhieren. El proceso es muy lento y poco eficiente.

Una pequeña parte de los granulados que encontramos presentan diferentes formas y colores. Algunos están muy degradados. Sospechamos que proceden de vertidos anteriores que han pasado desapercibidos.



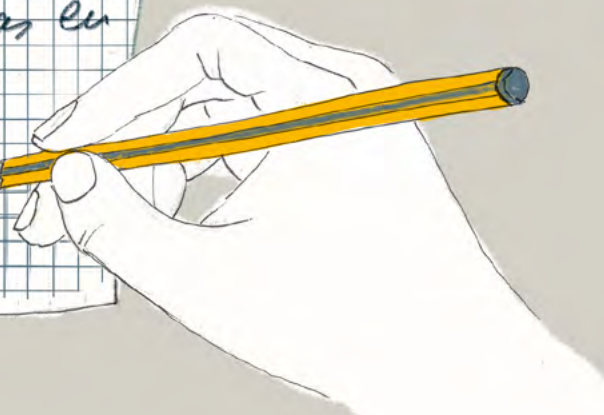
Estas 20 bolitas blancas del Toconao se vienen a casa conmigo...

Ya en casa, con los 20 granulados.



Luci
Romero
EL ARTE DE
CONTAR LA
NATURALEZA

20 bolitas = 0,2875 gr
1kg = 69.565,22 bolitas
1.739.130,43 bolitas/saco
1.826.086.951,50
bolitas perdidas en
el océano!!!





INVIABLE

Que no tiene posibilidades de llevarse a cabo.



Dos meses después de la caída de los contenedores del TOCONAO, el vertido se ha extendido a Asturias, Cantabria y Euskadi.

En Galicia, el trabajo de recogida de granulados continúa en las playas.



12 febrero 2024, 11:25h. Playa de Lariño, Muros, A Coruña.

“LOS EFECTOS DE LA BORRASCA KARLOTTA DURANTE EL DÍA DE AYER, CON VIENTOS DE MÁS DE 200 km/h EN GALICIA, NOS RECUERDAN QUE AÚN ESTAMOS EN INVIERNO.”



Fin de la jornada.

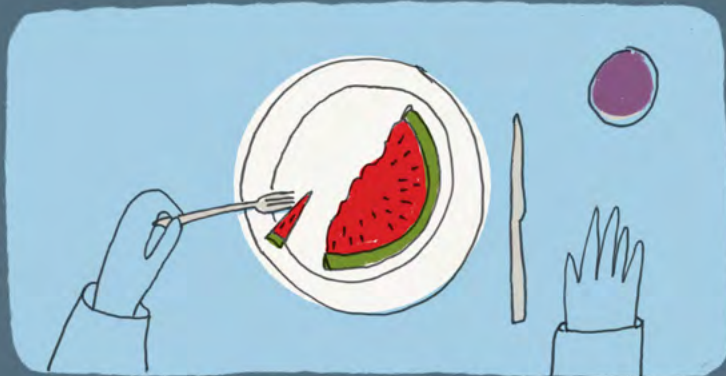
Hoy se han notado los efectos del temporal. He hecho una estimación de lo recogido y me salen 850 granulados/m²

Lo que habrá ahí fuera...

A mí me preocupan más los 80 kilos de basura que hay en esas bolsas...

Recogidos solo hoy... solo en esta playa...

Ya en casa.



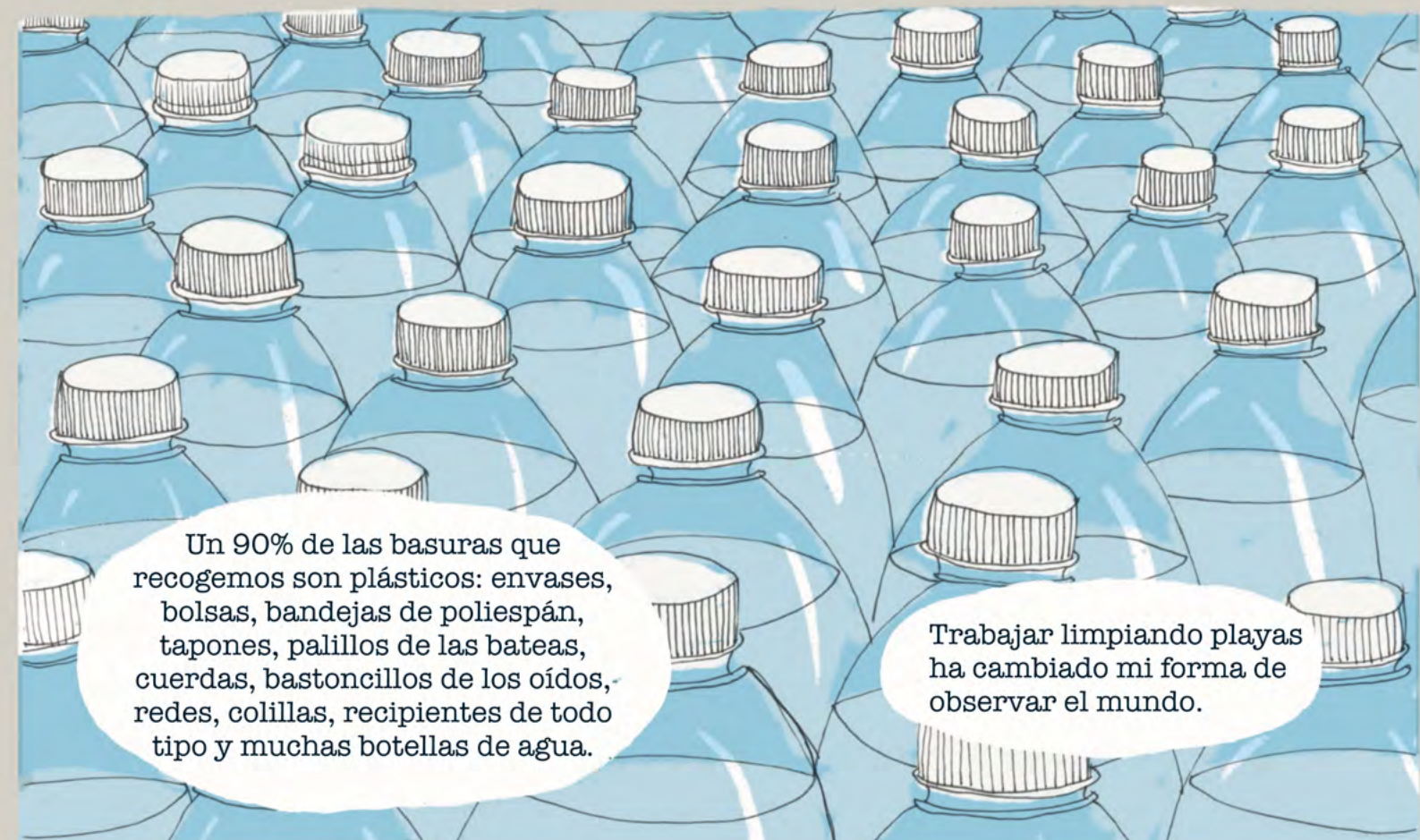
DESAZÓN

Disgusto, pesadumbre, inquietud interior.



19 febrero 2024, 10:00h. Cada cuatro días, descansamos dos.

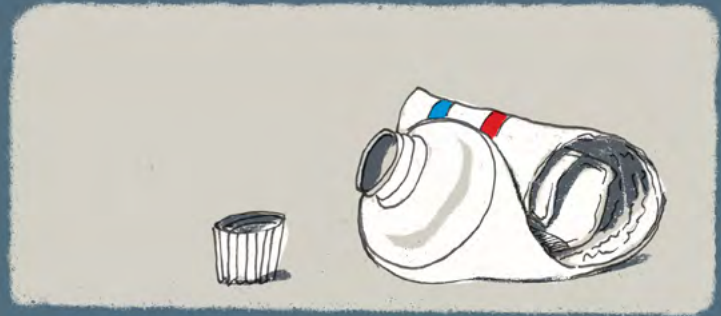
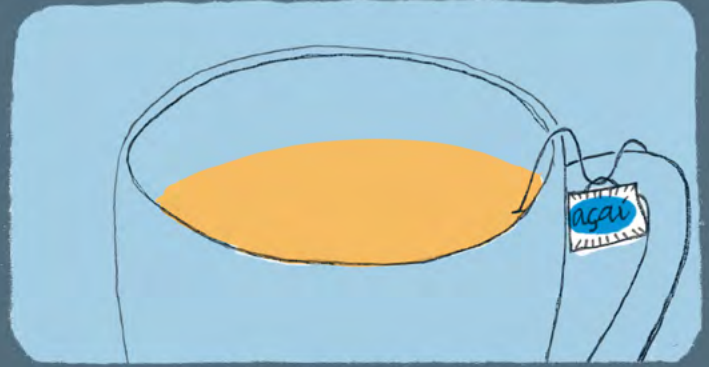
Hoy no trabajo. Mi nevera está vacía así que salgo de casa directa al supermercado. Siento que necesito desconectar.



Un 90% de las basuras que recogemos son plásticos: envases, bolsas, bandejas de poliespán, tapones, palillos de las bateas, cuerdas, bastoncillos de los oídos, redes, colillas, recipientes de todo tipo y muchas botellas de agua.

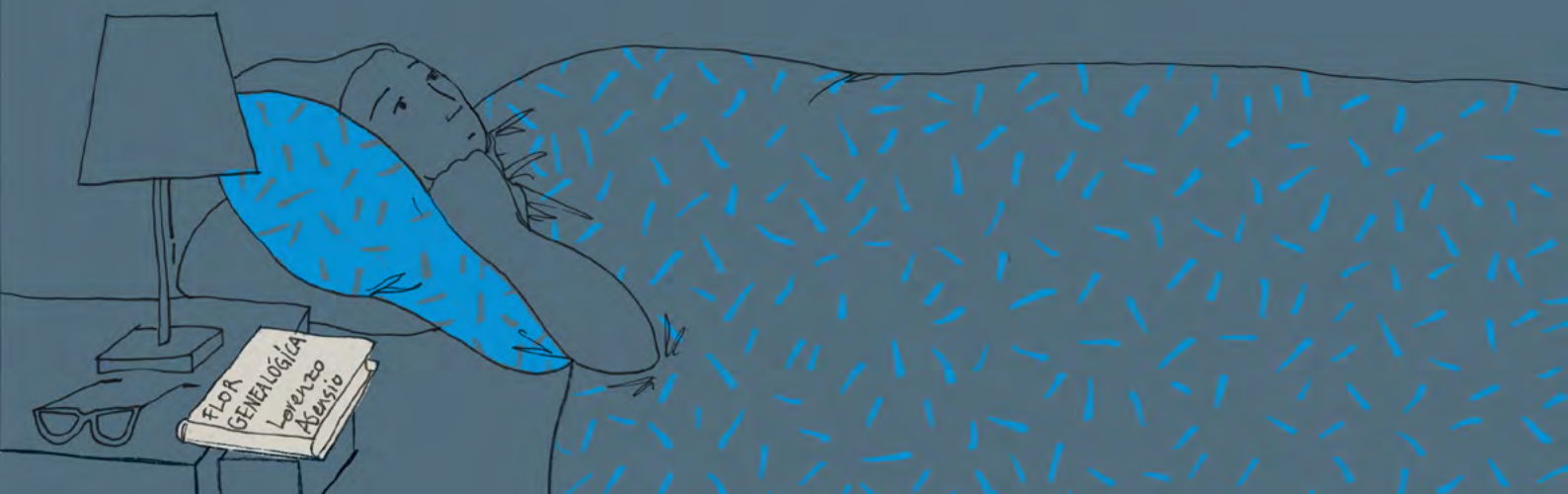
Trabajar limpiando playas ha cambiado mi forma de observar el mundo.

Termino los recados y vuelvo a casa.



INSOSTENIBLE

Especialmente en ecología, que no se puede mantener durante largo tiempo sin agotar los recursos o causar grave daño al medio ambiente.



20 febrero 2024.

Mi segundo día libre empieza con una conversación en WhatsApp.

←  Amigacha   

¡Buenos días! ¿Cómo está mi voluntaria-contratada favorita?

Psss... Estoy obsesionada con el plástico. Tengo pesadillas.

¿Con los granulados?

Los granulados han conseguido que los medios y los políticos se acerquen a las playas pero el problema ambiental es mucho mayor, ocurre a diario y no aparece en los telediarios. ¡Asco de plástico!

Cierto. Pero tú eres consciente de que el material en sí no es el problema ¿verdad? Sabes que necesitamos plástico.

Psssss

Imagina un hospital sin jeringuillas, tubos para respiradores, bolsas para recoger la sangre,...

Imagina la electrónica sin plástico... circuitos, baterías, cables, componentes,...

Imagina la vida de las personas que no tienen acceso al agua, sin recipientes de plástico para recogerla, transportarla y almacenarla...



←  Amigacha

Pues nada. Viva el plástico...

No, que el material sea necesario no significa que su utilización esté siempre justificada. Existe un uso excesivo de plástico, sobre todo de vida corta, que conlleva un exceso de producción del todo **INSOSTENIBLE**

Estamos abocadas al colapso.
Asumámoslo.

Hay alternativas...

¿Todo ese rollo de exigir a los gobiernos, de actuar con el voto? Eso no funciona. En cuanto llegan al poder se olvidan. La gente de a pie no podemos hacer nada.


Cada persona individual tiene un enorme poder de cambio a través del consumo y mucho más cuando hablamos de plástico.

No lo veo

No se trata de limpiar playas, se trata de consumir el mínimo plástico posible.

No sé...

Envases retornables, alimentos en papel alimentario, de cartón... Si cada persona llena la cesta de la compra con menos plástico, las corporaciones y supermercados lo van a notar y van a actuar en consecuencia. Son muy sensibles a la opinión del consumidor...

 Ponme un ejemplo...



←  Amigacha   

Un ejemplo claro es la retirada del aceite de palma de muchos productos, por la presión social. Ahora muchas marcas utilizan esa información como reclamo.

No lo había pensado...

Para atender la demanda global de aceite de palma se destruyen bosques tropicales que son además, el hábitat de especies de flora y fauna en peligro.

¡Horrible!

La gente está cada vez más concienciada y no quiere ser parte de esa destrucción.

Pues sí que somos poderosas

Hay que informarse, tomar conciencia y actuar. Cada una, desde nuestras pequeñas realidades y en función de nuestras posibilidades pero, hay que hacerlo. Cada producto que compramos y servicio que contratamos tiene una huella medioambiental

Sí pienso en lo que recogemos en las playas tiene sentido: envases, objetos de la vida cotidiana...

Consumir siendo conscientes del impacto ambiental y social de nuestros actos. Es la clave.

Me he comprado una yogurtera... ¿Sirve?

¡¿Voluntaria con yogurtera?!
¡Eso es ser activista nivel PRO!

¡¡Ja, ja, ja!!



Y fue justo en ese momento, después de haber recogido kilos y kilos de granulados y plásticos en las playas, cuando entendí que el consumo es la primera línea de batalla contra la basura en los océanos.

El cambio en mí surgió de repente y, ese mismo día, decidí pasar a la acción desde mi aparentemente insignificante rutina.





Con la fruta pasa como con las personas. No hay que dejarse guiar por las apariencias.

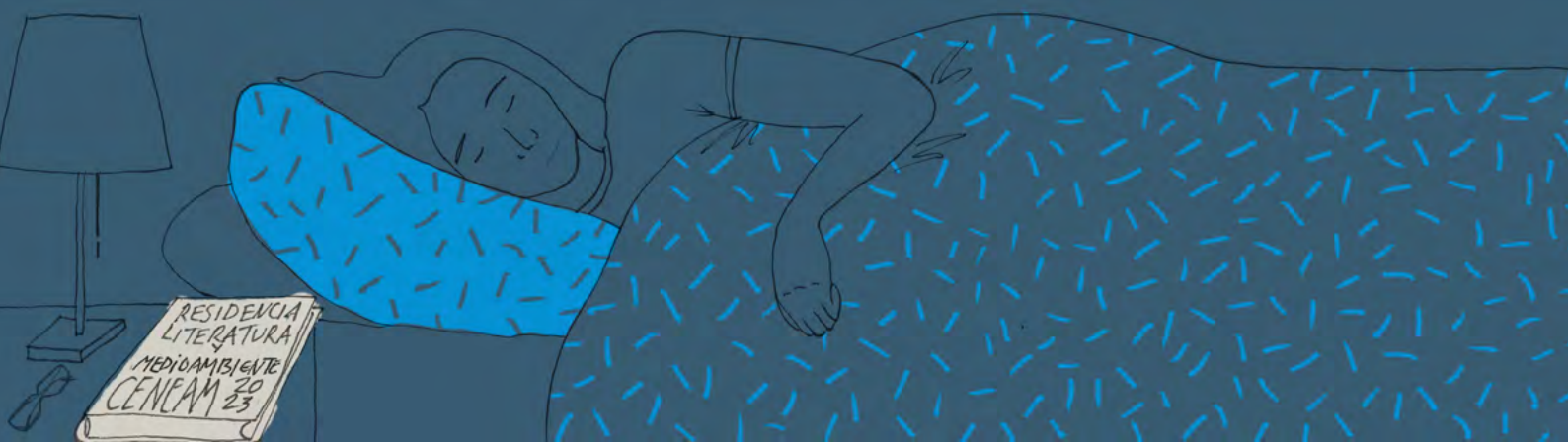
¡Las que peor pinta tienen pueden ser las más interesantes!





CONSCIENCIA

Dicho de una persona: Que tiene conocimiento de algo o se da cuenta de ello, especialmente de los propios actos y sus consecuencias.



CONSECUENCIAS

Feitos que acontecen ou resultan doutros



Luisa Martínez Lorenzo

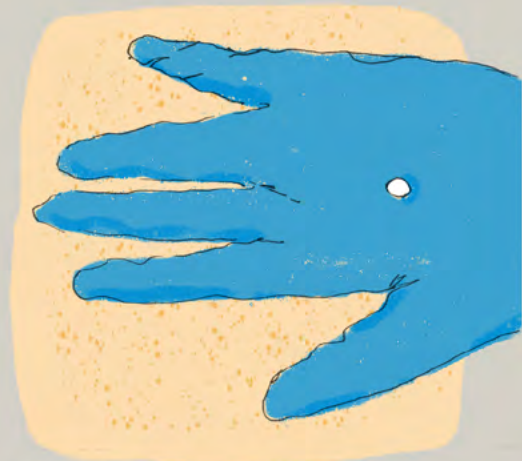
(Unidade de Cultura Científica CSIC Galicia)

Coa colaboración de Aurkene Belasco Armendariz

O 8 de decembro do 2023, o buque TOCONAO perdeu varios contedores na costa atlántica, un deles cun total de 26,25 toneladas de granulados plásticos, repartidos en 1.050 sacos de 25 quilos cada un.



5 xaneiro 2024, 14:05h. Praia de Area Maior, Muros, A Coruña.



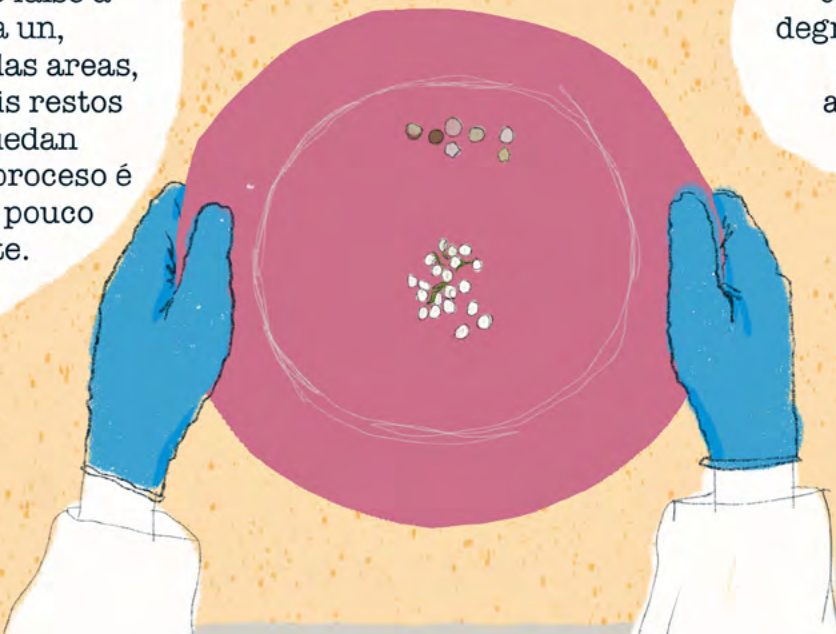
A aseguradora do Toconao, a través dunha empresa privada, contratou a voluntarias e voluntarios da zona, para a retirada manual do vertido das praias afectadas. Eu son unha delas.

Non existe un método eficaz para recoller os microplásticos.

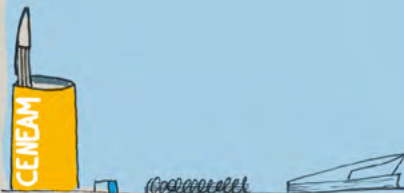
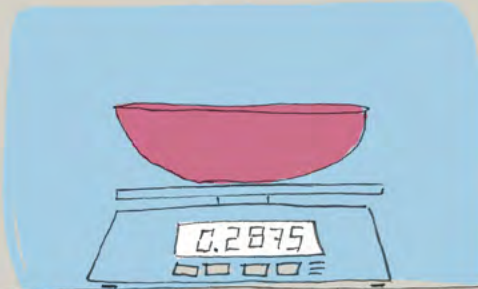
Inicialmente faise a man, un a un, separándoos das areas, algas e demais restos aos que quedan adheridos. O proceso é moi lento e pouco eficiente.

Unha pequena parte dos granulados que atopamos presentan diferentes formas e cores. Algúns están moi degradados. Sospeitamos que proceden de vertidos anteriores que pasaron desapercibidos.

Estas 20 boliñas brancas do Toconao veñen a casa comigo...

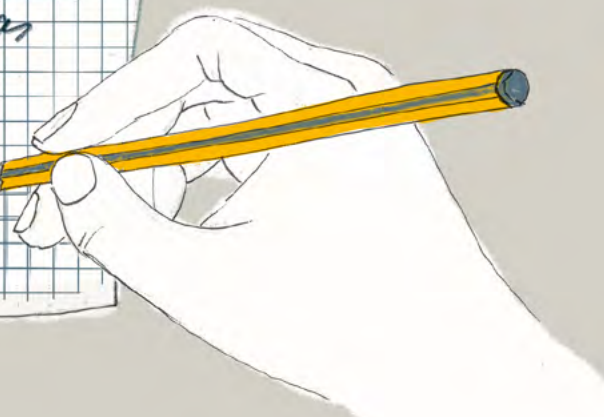


Xa na casa cos 20 granulados.



Luci
Romero
EL ARTE DE
CONTAR LA
NATURALEZA

20 bolinas = 0,2875 gr
1kg = 69.565,22 bolinas
1.739.130,43 bolinas/saco
1.826.086.951,50
bolinas perdidas
no o céano!!!





INVIABLE

Que non ten posibilidades de levarse a cabo.



Dous meses despois da caída dos contedores do TOCONAO, o vertido estendeuse a Asturias, Cantabria e Euskadi.

En Galicia, o traballo de recollida de granulados continúa nas praias.



12 febreiro 2024, 11:25h. Praia de Lariño, Muros, A Coruña.

“OS EFECTOS DA BORRASCA KARLOTTA DURANTE O DÍA DE ONTE, CON VENTOS DE MÁIS DE 200 km/h EN GALICIA, LEMBRANNOS QUE AÍNDA ESTAMOS NO INVERNO.”



Fin da xornada.

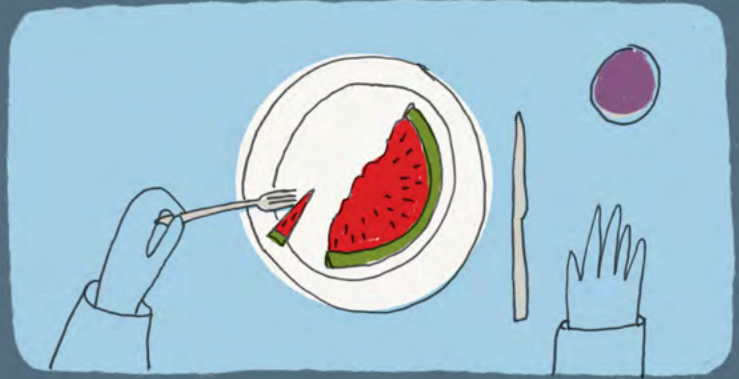
Hoxe notáronse os efectos do temporal. Veño de facer unha estimación do recollido e saéñme 850 granulados/m².

O que haberá aí fóra...

A min preocúpanme máis os 80 quilos de lixo que hai nesas bolsas...

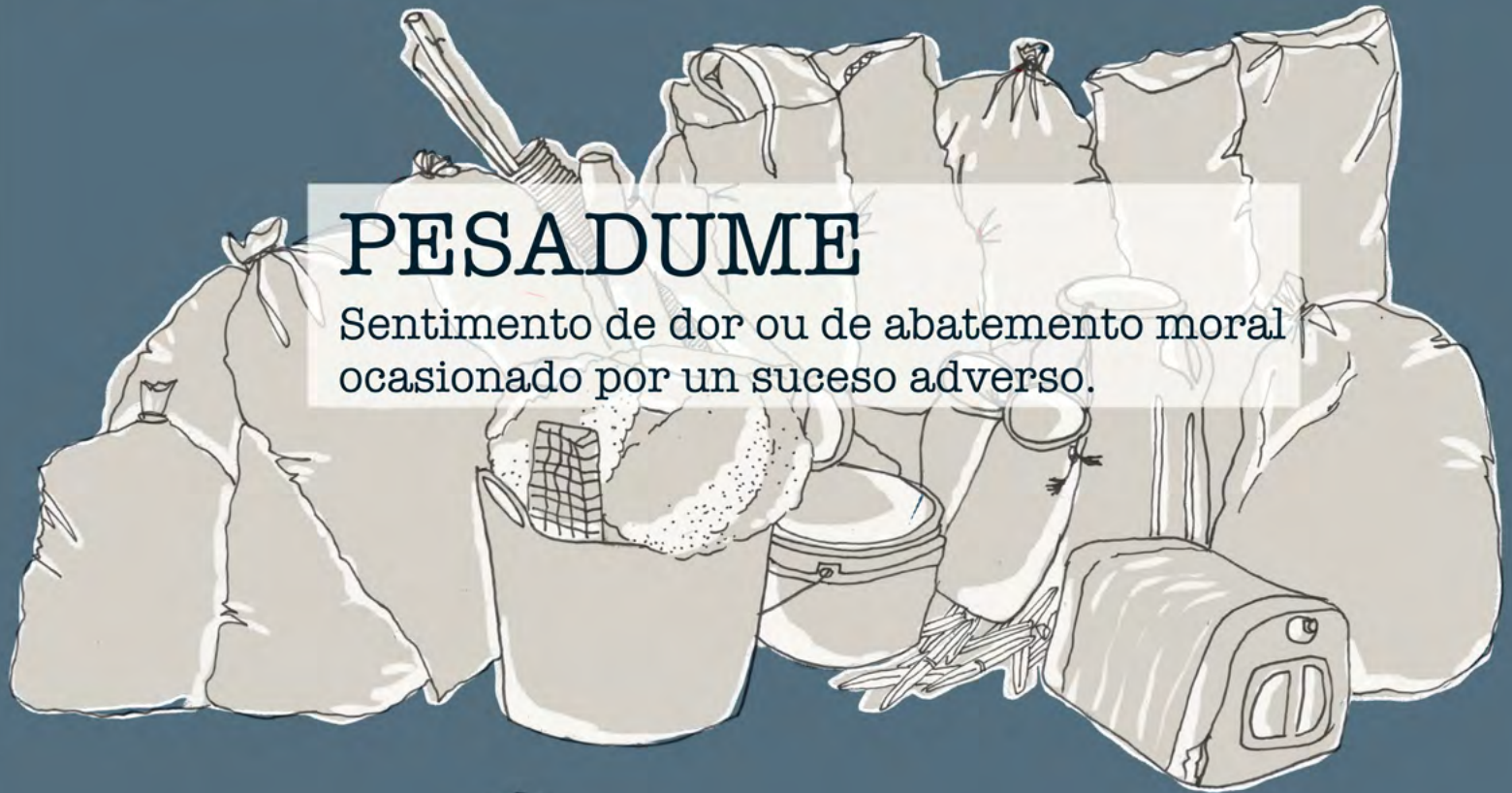
Recollidos só hoxe... Só nesta praia...

Xa en casa.



PESADUME

Sentimento de dor ou de abatemento moral ocasionado por un suceso adverso.



19 febreiro 2024, 10:00h. Cada catro días, descansamos dous.

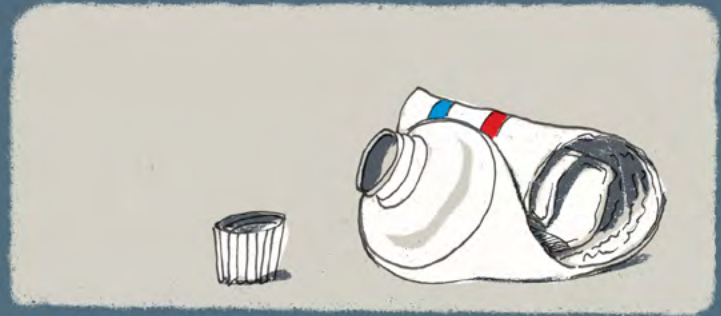
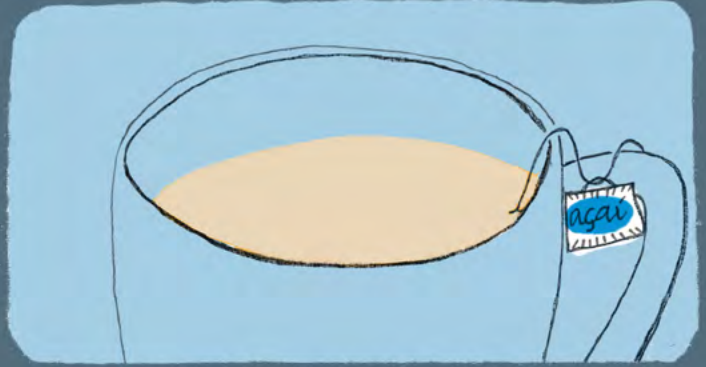
Hoxe non traballo. A miña neveira está baleira así que salgo de casa directa ao supermercado. Sinto que necesito desconectar.



Un 90% do lixo que recollemos son plásticos: envases, bolsas, bandexas de poliespán, tapóns, palillos das bateas, cordas, bastonciños dos oídos, redes, cabichas, recipientes de todo tipo e moitas botellas de auga.

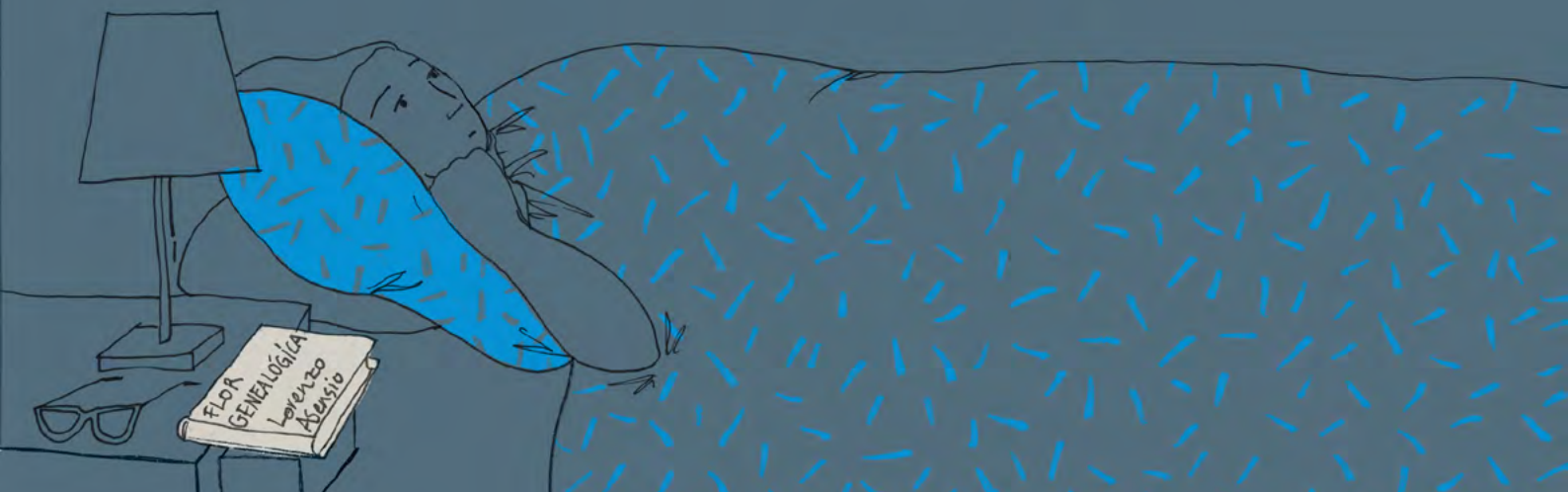
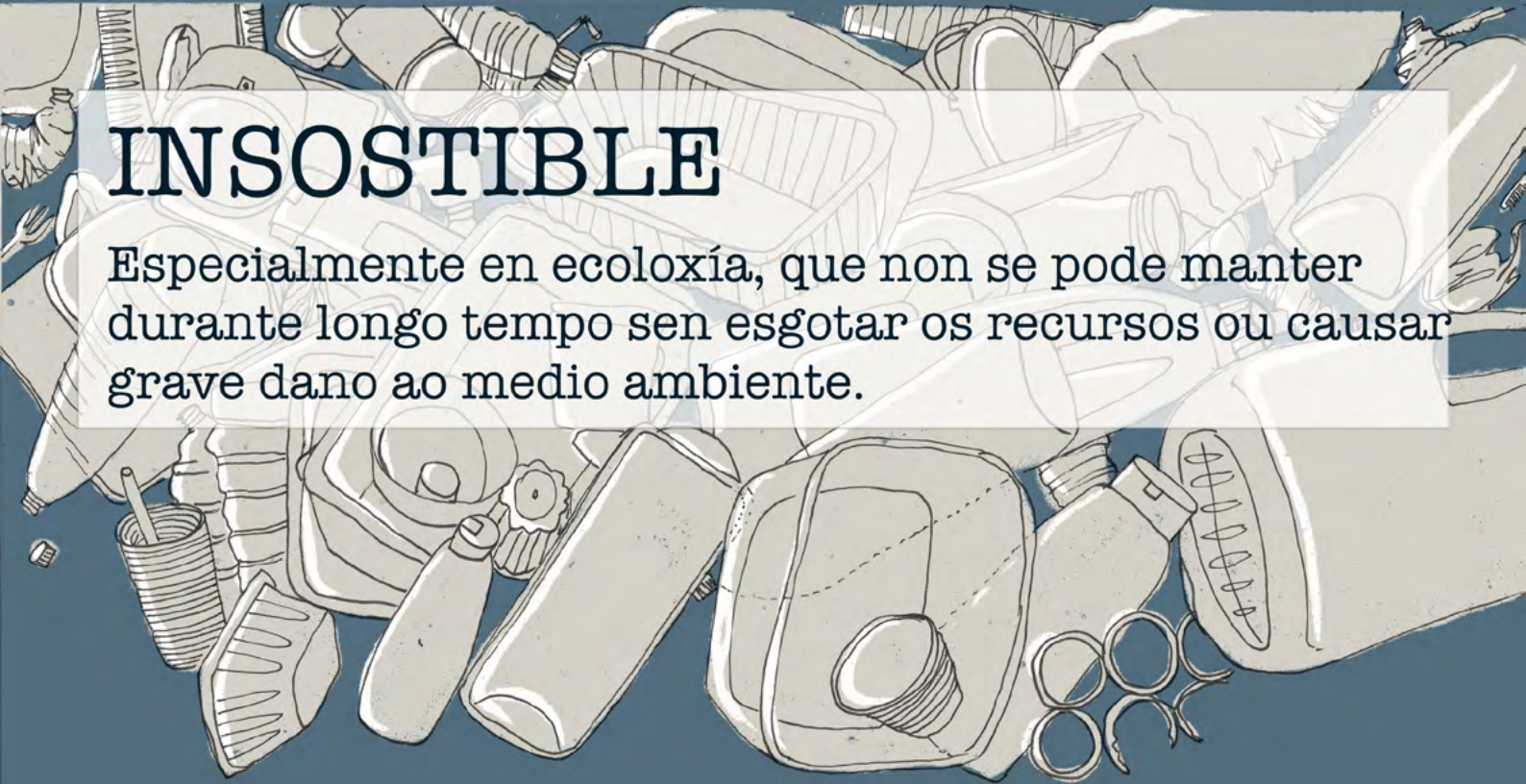
Traballar limpando praias mudou a miña forma de observar o mundo.

Remato cos recados e volvo a casa.



INSOSTIBLE

Especialmente en ecoloxía, que non se pode manter durante longo tempo sen esgotar os recursos ou causar grave dano ao medio ambiente.



20 febreiro 2024.

O meu segundo día libre comeza cunha conversa en WhatsApp.

←  Amigacha   

Bo día! Como está a miña voluntaria-contratada favorita?

Psss... Estou obsesionada co plástico. Teño pesadelos.

Cos granulados?

Os granulados conseguiron que os medios e os políticos se acheguen ás praias pero o problema ambiental é moito maior, acontece a diario e non sae nos telediarios. Noxo de plástico!

Certo. Pero ti es consciente de que o material en si non é o problema verdade? Sabes que necesitamos plástico.

Psssss

Imaxina un hospital sen xiringas, tubos para respiradores, bolsas para recoller o sangue,...

Imaxina a electrónica sen plástico... circuitos, baterías, cables, componentes,...

Imaxina a vida das personas que non teñen acceso á auga, sen recipientes de plástico para recollela, transportala e almacenala...



←  Amigacha   

Pois nada. Viva o plástico...

Non, que o material sexa necesario non significa que a súa utilización estea sempre xustificada. Existe un uso excesivo de plástico, sobre todo de vida curta, que conleva un exceso de produción absolutamente INSOSTIBLE

Estamos abocadas ao colapso.
Afrontémolo.

Hai alternativas...

Todo iso de esixir aos gobernos? De actuar co voto? Iso non funciona. En canto chegan ao poder esquecense de todo. A xente de a pe non temos nada que facer.


Cada persoa individual ten un enorme poder de cambio a través do consumo e moito máis cando falamos de plástico.

Non o vexo

Non se trata de limpar praias, o tema é consumir o mínimo plástico posible.

Non sei...

Envases retornables, alimentos en papel alimentario, de cartón... Se cada persoa enche a cesta da compra con menos plástico, as corporacións e supermercados van notar e actuarán en consecuencia. Son moi sensibles á opinión dos consumidores...

 Ponme un exemplo...



←  Amigacha



Un exemplo claro é a retirada do aceite de palma de moitos produtos, pola presión social. Agora moitas marcas utilizan esa información como reclamo.

Non o pensara...

Para atender a demanda global de aceite de palma destrúense bosques tropicais que son ademais, o hábitat de especies de flora e fauna en perigo.

Horrible!

A xente está cada vez máis concienciada e non quere ser parte desa destrución.

Pois sí que somos poderosas

Hai que informarse, tomar conciencia e actuar. Cada unha desde as nosas pequenas realidades e en función das nosas posibilidades pero, hai que facelo. Cada produto que compramos e servizo que contratamos ten unha pegada medioambiental

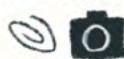
Pensando no que atopamos nas praias ten sentido: envases, obxectos da vida cotiá...

Consumir sendo conscientes do impacto ambiental e social dos nosos actos. É a clave.

Merquei onte unha iogureira, serve?

Voluntaria con iogureira?! Iso é ser activista nivel PRO!!

Ha, ha, ha!!!!



E foi xusto nese momento, despois de ter recollidos quilos e quilos de granulados e plásticos nas praias, cando entendín que o consumo é a primeira liña de batalla contra o lixo nos océanos.

O cambio en min chegou de súpeto e, ese mesmo día, decidín pasar á acción desde a miña aparentemente insignificante rutina.





Coa froita pasa como coas persoas. Non hai que deixarse levar polas apariencias.

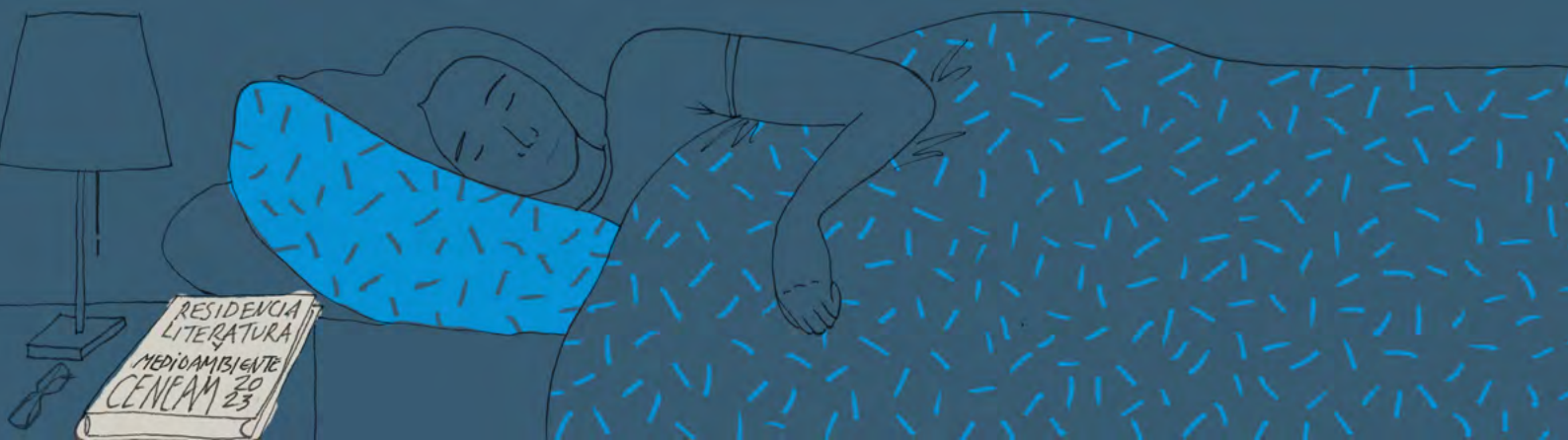
As que peor pinta teñen adoitan ser as mellores!





CONSCIENCIA

Dito dunha persoa: Que ten coñecemento de algo ou dase conta delo, especialmente dos propios actos e das súas consecuencias.



Versión catalán



Conseqüències: fets que succeeixen o resulten d'uns altres

Traducció: Ferran Estrada i Llàcer

Versión euskera



Ondorioak: gertatzen diren gertakariak edo beste batzuen ondorio direnak

Traducció: Maitane Krutxaga Armendariz, Jon Krutxaga Armendariz



Cristian Moyano Fernández

¿Amar para sostener la vida? Hacia un «rewilding del amor» por la conservación

¿Qué es aquello que queremos sostener? ¿Por qué?

Hay quien quiere sostener los placeres. Hay quien quiere sostener la felicidad. Hay quien quiere sostener la vida y la naturaleza. El filósofo Kant en el siglo XVIII subrayaba la diferenciación entre las éticas materiales y las formales, denunciando el instrumentalismo al que se veían sometidas las éticas materiales, guiadas siempre por la pregunta del *para qué*. En el cometido de hacer el bien, decía Kant, hay que sustituir el interés por la buena voluntad. Así, las acciones éticas no serían aquellas que tratan de lograr las mejores consecuencias para unos determinados objetivos valiosos, sino que más bien serían aquellas que se comprometen con la intención de hacer el bien, al margen de las consecuencias. Es decir, más importante sería la motivación por cumplir unas leyes morales antes que calcular cuál puede ser el mejor resultado para las mismas y tratar de alcanzarlo por cualquier medio.

La ética kantiana no estaba de acuerdo con que los medios pudieran llegar a justificar un fin, ni con que pudiéramos permitirnos unas “vacaciones morales” según las circunstancias. La virtud, entonces, no sería un comportamiento a medias tintas, que aceptase excepciones. En el camino de la transición energética y ecológica que nuestra sociedad debe emprender, creo que las intuiciones de Kant nos conducirían a intentar reconciliar las consignas de «zonas de sacrificio» y de *not in my backyard*, aunque se nos antoje una cuadratura del círculo moral. Jorge Riechmann suele decir que ante el colapso ecológico necesitamos soluciones de emergencia antes que soluciones de lujo, pero sin que ello suponga renunciar a la reforma moral que necesitamos.

Como nos recordaba la antropóloga australiana Deborah Bird Rose en *El sueño de un perro salvaje* (2023), el famoso conservacionista y uno de los pioneros del *rewilding*, Michael Soulé sugería que «la gente salva aquello que ama». Creo que esto bien podría traducirse también por la frase de que «la gente sostiene aquello que ama». La autora discute la hipótesis de Soulé, apelando a ejemplos como los que encarna el protagonista de la obra de John Coetzee, *Desgracia* (1999): un auxiliar de veterinaria que aplica metódicamente la eutanasia a aquellos perros que deben ser sacrificados en una perrera y tampoco hace una excepción con el perro del cual descubre un nuevo afecto. En esta historia, parecería que el protagonista de *Desgracia* se comporta kantianamente con los animales, ofreciéndoles el mismo trato porque es lo justo, al margen de si se encariña o no con uno de ellos. Este ejemplo le vale a Bird Rose para argumentar que hay personas que aun sintiendo amor por un animal ello no garantiza que vayan a dedicarle un cuidado especial. La regla de oro moral basada en el amor no sirve para remediar la explotación animal ni la denostación de la naturaleza.

Sin embargo, muchos biólogos y naturalistas se esfuerzan por traspasar ese horizonte antropocéntrico que restringe el amor a solo nuestra especie. Por ejemplo, el reputado entomólogo y padre de la sociobiología, Edward O. Wilson, apostaba por tejer la *biofilia*, un sentimiento de amor por todo lo vivo, una

empatía y deferencia no anclada en lo humano. Desde el ecologismo y la filosofía, escritores como la referente Rachel Carson o el académico Jeremy Bendik-Keymer han reincidentado en la importancia de asombrarse por la naturaleza, de cultivar esa virtud ambiental de *wonder* (asombro) y de maravillarse por las capacidades de lo no humano.

Extender nuestra simpatía hacia las demás formas de vida que florecen en la biosfera es una actitud que ha encontrado respaldo en algunas voces de antiguos pensadores orientales y occidentales, como Pitágoras, Mahavira, Epicuro o Hume. No es un propósito nuevo, sino que desde hace siglos, incluso milenios, hay quien ha defendido romper con las bases del antropocentrismo.

Pero estas bases son muy sólidas, firmemente arraigadas en cosmovisiones ancestrales, que moldean nuestro comportamiento en muchos sentidos, en tantos, que pretender transformarlas es como atacar la cabeza de una hidra. Educar ambientalmente para vivir de manera más sostenible es un reto, casi una paradoja. El amor que muchas personas confiesan sentir por la naturaleza, por nuestro planeta, por las demás especies, creo que en realidad es un amor parcial y sesgado.

Hay personas naturalistas que comen carne cuando no tendrían por qué hacerlo. Algunos cogen aviones cuando no tendrían por qué hacerlo. Otros compran en empresas capitalistas y altamente destructivas cuando no tendrían por qué hacerlo. Como naturalistas, muchos sabemos lo que queremos, pero el conocimiento y el amor no siempre son suficientes para actuar en consecuencia. No cumplimos con las altas expectativas de Kant, para quien «querer ser bueno» y «ser bueno» no sería lo mismo: no podemos decidir ser buenos solo algunas veces, ya que este debe ser un compromiso con la ley moral que no puede ser vencido por ninguna tentación.

La realidad es que nos permitimos cometer incongruencias incluso cuando se trata de abordar un asunto tan importante y urgente como es la preservación del planeta. Y no se puede educar para la sostenibilidad de manera coherente sin abordar esta esquizofrenia social que solemos padecer la mayoría.

Por supuesto, no todo es blanco o negro. Sostener la vida no es un objetivo para el cual existan unas reglas ordenadas, claras y universales. De hecho, eso que llamamos “coherencia” en la sostenibilidad, aunque se presente como un suelo fértil sobre el que mantener estilos de vida comprometidos con la sustentación de la naturaleza, es paradójicamente un suelo de micro y macroporos: se lucha por retener una concepción y unos valores a seguir y, a la vez, se permite que se cuelen excepciones según la condicionalidad. Ser coherentes es un deseo encharcado y resbaladizo, que se despliega como un terreno arcilloso y arenoso.

Una de estas excepciones razonablemente legítimas en la coherencia por ser sostenibles es la propia supervivencia. Es decir, se nos permite aparcar el compromiso de respetar la naturaleza no humana cuando se encuentran en juego nuestras necesidades humanas. Ahora bien, ¿cómo definimos esas necesidades básicas? Autores reconocidos internacionalmente como Ian Dough, Amartya Sen o Martha Nussbaum, entre otros, han abordado esta cuestión, avivando un preámbulo crucial para el debate sobre cómo debemos vivir en el contexto emergente de crisis ecosocial con el que nos topamos en pleno siglo XXI.

Sin detenernos en sus propuestas, más allá del contenido de esas necesidades podemos compartir la intuición moral de que ser sostenibles es un contrato ético que dura hasta que corremos el riesgo de sacrificar nuestra vida. En tales momentos somos libres de dicha responsabilidad por preservar la naturaleza, porque nuestra propia supervivencia es también naturaleza cuyo valor se nos antoja primordial.

Así, de acuerdo con esta filosofía, Paul Taylor, en su libro de 1986 *Respect for Nature*, consideraba razonable establecer una jerarquía moral cuando surgían conflictos de interés entre distintas especies. Una jerarquía que no debería basarse en la pertenencia a una u otra especie, sino en el contenido

del interés que cualquier especie humana y no humana puede albergar. Y en esta jerarquía de intereses, el más importante sería la autodefensa. Así, por ejemplo, Taylor señalaría que sí es posible conservar la naturaleza y aceptar un igualitarismo multiespecies sin, por ello, dejar de lado la primacía de nuestra propia especie en caso de que esté en juego nuestra propia supervivencia.

Aunque muchos quizá sientan simpatía por la premisa moral de Taylor, otros pueden discrepar porque consideren que ni la satisfacción de las propias necesidades debería anteponerse a la sostenibilidad del planeta. El hecho de que nuestro “yo” sea una vida natural también valiosa no justifica que nuestra ética deba desestimar por defecto una opción en la que con nuestro sacrificio personal fuéramos capaces, por ejemplo, de evitar la destrucción de toda la biosfera.

Los ecos del emotivismo moral de Hume, con su famosa frase de «no es contrario a la razón preferir la destrucción del mundo a un rasguño en mi dedo», vienen a sugerirnos aquí que por muy razonable que sea primar la autodefensa ante cualquier peligro que la amenace, renunciar a defendernos o a asegurar *prima facie* nuestras necesidades básicas por encima de otras responsabilidades y, en cambio, preferir nuestro autosacrificio a fin de lograr un bien alterno, no implica fracasar éticamente. Si así lo sentimos, estará bien, más allá de las razones que podamos aportar.

En cualquier caso, aceptemos esta jerarquía moral sugerida por Taylor o discrepemos de ella, el gran interrogante que despertaba sus indagaciones aterriza asimismo en la educación ambiental de nuestra época: ¿cómo debe ser nuestra actitud de respeto por la naturaleza?

* * *

Los bosques de Valsaín enseñan lecciones de autosostenibilidad para quien está dispuesto a aprender y cambiar. La corteza de los pinares regala láminas de papel que podrían ser aprovechadas por una generación más autosostenible. Las bellotas esparcidas por el suelo podrían ser ralladas o desmenuzadas y tostadas por una generación más autosostenible. El frío de las noches invernales podría ahorrar frigoríficos a una generación más autosostenible. El conocimiento está siempre ahí. Pero la voluntad no siempre se encuentra. Y la acción práctica a menudo se queda anclada en solo buenas ideas teóricas.

Respetar la naturaleza, ser sostenibles, no se logra solo sabiendo qué es lo que deberíamos hacer ni tampoco queriendo hacer lo que creemos que deberíamos hacer. Respetar la naturaleza y amar la vida no es un acto momentáneo, una decisión fugaz anclada en un caso particular. Es más bien un tipo de comportamiento, o de «virtud» si parafraseamos a Aristóteles, que se logra con el hábito, de forma continuada en el tiempo. Es una actitud que debe guardar cierta coherencia vital.

Retomando la gran pregunta de este texto, la de si el amor puede ser un elemento clave en la educación ambiental y para adquirir un fuerte compromiso con la sostenibilidad, creo que nos encontramos ante una respuesta inconclusa. Sí, yo diría que el amor es necesario. Pero también diría que no es suficiente.

Peter Singer, en *Vivir éticamente: como el altruismo eficaz nos hace mejores personas* (2017) también lo dejaba claro: hacen faltas motivos racionales, buenos argumentos, para aquella gente que no siente amor por aquello que merece ser respetado o que sí lo siente, pero de una manera tan paradójica que le llevará a perpetuar su dolor, su sufrimiento e incluso su extinción. Para Singer, no es preciso sentir amor por los animales no humanos, sino que lo importante es respetarlos, con indiferencia de si los amamos o no.

Este salto por ir más allá de los sentimientos para relacionarnos con las demás especies suele quedar recogido en el debate sobre si debemos fomentar actitudes de compasión o compromisos de justicia. La justicia tiene alcance universal, no está sujeta a los sentimientos individuales; no necesitamos sentir un amor por un cerdo para entender que este necesita respeto y no debe ser comido. La justicia es exigible, la bondad no. O como ha reincidido

la filósofa Adela Cortina, necesitamos construir una ética de mínimos que sea universalmente aceptada sin prescindir de los sentimientos morales por los casos concretos; necesitamos construir una *razón cordial*.

La justicia, por sí sola, invoca ese deber universal que homogeneiza las situaciones y los sujetos morales. Que el protagonista de *Desgracia* de Coetzee decida estoicamente eutanasiar al perro por el que sentía cariño y era correspondido, por no discriminarlo positivamente respecto a sus compañeros de especie que llegaban a la perrera, podemos interpretarlo como un acto de justicia. Con todo, algo se nos remueve dentro. Un mundo de justicia, pero sin amor, parece tan o más inhóspito para el ser humano como uno donde no existen leyes de justicia.

Ahora bien, el amor también precisa ser matizado. Imaginemos el siguiente escenario. Si en un viaje que hacemos por los alrededores de Madrid encontramos en la carretera un mapache herido (u otra especie no considerada vulnerable o amenazada, según la IUCN, sino más bien considerada invasora), entonces ¿debemos intervenir y auxiliarle? Según las políticas de conservación de la vida salvaje, intervenir en este caso no sería una respuesta de justicia, sino que quizá incluso sería cometer una injusticia para el resto de especies.

Riechmann abordaba cuestiones similares en su artículo de 2018 titulado *Una utopía ética desmadrada*, indicando que acciones de asistencia de la naturaleza como estas, basadas en los sentimientos, pueden ser muy loables para el individualismo moral, pero con contrapartidas a otras escalas ecológicas. La compasión, la bondad o el amor hacia el otro necesitado con quien establecemos un vínculo de simpatía (*sympathy*, como diría Hume) o con el que simplemente nos cruzamos en el camino y pasa a formar parte de nuestra vida (como explicaría Schweitzer cuando relata su encuentro con el águila pescadora en *Reverence for Life*), nos permite concebirnos como pequeños héroes morales; quizá incapaces de resolver todos los conflictos entre especies, pero al menos con la buena voluntad de mitigarlos. Y esa buena voluntad no es trivial.

El amor también puede comprenderse como una respuesta de justicia sistémica u holística y no solo como una respuesta subjetiva e individual, porque nuestro carácter, las virtudes y el modo de establecer lazos sentimentales puede ser transformador a muchos niveles. Esto no significa una invitación a ignorar la ciencia ecológica a cambio de abanderar una ideología *hippie*. Con ello, lo que quiero decir, una vez más, es que apelar solo a argumentos racionales no va a bastar para conservar la naturaleza.

Hace falta *más* que razones. Ese *más* puede ser el ejemplo viviente que encarna actitudes de amor por la naturaleza. Tal vez sea esta la filosofía más importante de Paul Kingsnorth en *Confesiones de un ecologista en rehabilitación* (2019), del movimiento *Deep Adaptation* (o «Adaptación Profunda») iniciado por Jem Bendell, o de los monjes de la tradición budista zen de Thich Nhat Hanh, según los cuales ante el colapso civilizatorio y la complejidad sistémica que vivimos solo queda transformar nuestras propias vidas y dejar que nuestro propio ejemplo inspire el cambio, como las ondas que se expanden en un estanque.

Como académicos recientes empiezan a puntualizar, la ética del cuidado tiene una dimensión política y de justicia, que trasciende la mera esfera del sentimiento compasivo (véase, por ejemplo, la obra publicada en 2006 de Sheryl MacGregor, *Beyond Mothering Earth: Ecological Citizenship and the Politics of Care*). Dedicar cuidados especiales a aquel ser con quien establecemos una relación diferente, sea por coincidencia, casualidad o una conexión sentimental especial, no es una abdicación de la justicia en favor del amor o de la bondad, sino que es un tipo justicia amorosa y relacional, de moral convivencial. O lo que, aterrizando este tipo de relación ética en el ámbito de la biología de la conservación, podría llamarse una muestra de *conservación compasiva*.

* * *

Acordemos, pues, que el amor es fundamental. Ahora, sigamos indagando en la pregunta de este texto: ¿qué amor nos hace falta para sostener la naturaleza?

Durante una cena informal en la que los y las compañeras de la I Residencia Literaria del CENEAM compartíamos anécdotas y risas, Jorge Riechmann lanzó ingeniosamente el titular de *El rewilding del amor*, como eslogan para una nueva y provocadora línea literaria que predicase el retorno de lo salvaje en las historias de amor. La broma despertó más risas y dio para mucha sátira, pero yo me quedé pensando que tal vez no fuese una conjunción de conceptos exclusivamente jocosa.

Ahí, en la inocente ocurrencia de aunar el *rewilding* con el amor, no había solo una promesa novelística rosa, sino que intuía una reflexión profunda de cómo deberíamos amar la naturaleza. Un *rewilding del amor* podría ser toda una provocación acerca de cómo amar ese otro escindido, relegado, domesticado y denostado desde ya el Neolítico y, especialmente en Occidente, a través del pensamiento platónico, cristiano, cartesiano e ilustrado.

A muchos seres humanos nos hace falta un amor más libre, más natural, más salvaje. Un amor incondicional, no instrumental ni domesticado. Un amor basado en el respeto profundo por cómo es el otro, no en la coacción por cómo queremos que sea. Un amor por la naturaleza no en base a lo que el “otro” nos *da*, sino por lo que ese “otro” *es*. Asumir este sentimiento desprovisto de expectativas puestas en la naturaleza permite saltar hacia el reconocimiento de sus valores intrínsecos.

Sin embargo, en la literatura académica sobre ética ambiental ese paso por conceder valor intrínseco a las entidades no humanas siempre es objeto de acaloradas discusiones filosóficas. No son pocos los filósofos que muestran reticencias a aceptar que lo no humano pueda tener valor al margen de un evaluador humano. Suele criticarse que en el reconocimiento del valor intrínseco de la naturaleza no se está abandonando el antropocentrismo, dado que como evaluadores no dejamos de proyectar en los otros nuestra propia forma de ser y de las propiedades que consideramos valiosas en tanto humanos. Somos antropogénicos y antropométricos, lo cual nos encierra inevitablemente en un círculo moral de supremacía de nuestra propia especie.

He podido observar, con curiosidad, que quienes adoptan este tipo de razonamiento comparten dos elementos comunes. El primero es que los esfuerzos por justificar el valor intrínseco de la naturaleza y por abandonar el antropocentrismo les suele despertar cierta nostalgia; es habitual que mencionen que tal tarea les recuerda a sus motivaciones de cuando eran más jóvenes, como si fueran preocupaciones pasajeras y propias de una etapa intelectual más ingenua. El segundo elemento común es que son personas que parecen haber levantado una barrera ética dentro de la cual creen que ya hacen suficiente por la sostenibilidad y, en ese espacio moralmente acotado, cabe cierta flexibilidad en acciones cotidianas como la alimentación, permitiéndose no abrazar, por ejemplo, un vegetarianismo o veganismo estricto.

No es en absoluto objeto de este texto prejuzgar estas personas, ni reforzar jerarquías morales entre quienes, por ejemplo, son vegetarianos o veganos y quienes no lo son, quienes cogen aviones y quienes no, y un largo etcétera. Más bien, el objetivo de este texto no es otro que el de abordar la eterna pregunta filosófica acerca de cuál debe ser el ritmo que los sentimientos y la razón deben mantener en su dialógica danza. Una danza encarada a la sostenibilidad de la vida.

* * *

El amor es una fuerza sin duda muy poderosa. Con todo, no sé si solo con amor podemos edificar una buena sostenibilidad ambiental que haga frente a la crisis ecológica actual.

Es cierto que el rol del amor no tiene por qué reducirse a ninguna salvación. Riechmann suele sugerir que si colapsamos como sociedad (debido a la debacle

que estamos causando en la naturaleza), al menos permanezcamos juntos. La reivindicación del amor aparece tanto en la defensa de la vida como cuando nos precipitamos hacia la muerte. Joanna Macy y Chris Johnstone, en su obra *Active Hope*, también conciben el amor como un punto de palanca en el duelo por la pérdida que puede implicar la transformación ecosocial.

Así pues, el amor es más que una herramienta para sobrevivir: puede ser también una herramienta para aprender a morir.

¿Significa esto, paradójicamente, que amar para sostener la vida implica aceptar que hay vidas que deben dejar de sostenerse? No, tampoco caigamos en un nihilismo conservacionista: el amor no debe legitimar el sacrificio de la naturaleza.

Se puede pensar en el amor como una actitud de gratitud por los recursos y servicios que nos brinda la naturaleza, expresando agradecimiento por el sacrificio de las víctimas de ese amor, sean animales, plantas u hongos. Pero ese sacrificio puede ser falaz, ya que a veces es impuesto, no voluntario. Y no siempre es un sacrificio para satisfacer necesidades básicas, sino preferencias. ¿Acaso sentir amor es dar las gracias a algo que arrebatamos con motivos egoístas? No nos engañemos, o eso no es verdaderamente amor o, si fuera amor, entonces este no va a salvar el mundo.

A la gratitud y al amor les hace falta reverencia, humildad. Porque, si no, el amor que uno puede sentir por un animal que cuida y luego envía al matadero, o por una especie en peligro extinción, aunque realmente sea amor, va a ser insuficiente para avanzar en materia de sostenibilidad.

Quizá, me atrevo a pensar, uno de los retos que tiene por delante la educación ambiental no es simplemente tratar de contagiar el amor por la naturaleza, extender un sentimiento de biofilia. El problema de la conservación y la sostenibilidad no es solo una falta de conocimiento, como decía más arriba, o tan siquiera de amor. El problema y uno de los mayores desafíos es, además, que implica emprender una deconstrucción de la propia identidad. Esto supone todo un reto, porque nos lleva a desafiar ese *modus vivendi* que nos hizo quienes somos.

Las personas atesoramos simultáneamente diversas vivencias de amor que, a veces, pueden chocar. Y cuando estas chocan, al final el cauce moral se resuelve en primar el amor por uno antes que el amor por el otro, eligiéndose lo que puede denominarse un «mal menor». El marco civilizatorio hegemónico en Occidente se erige sobre ese dualismo e imperativo del amor por la naturaleza humana antes que por la naturaleza no humana, sin que ello suponga no sentir ningún tipo de amor por lo no humano. Uno puede amar a otro ser, de veras quererle, y aun así llevarle a su destrucción si con ese acto siente que está siendo fiel a otro amor aún más intenso, que puede ser el suyo propio, el que se tiene hacia uno mismo. De nuevo, resurge el antropocentrismo. Parecería que volvemos a la contradicción moral de que no es posible atribuir valor intrínseco a la naturaleza sin proyectar en ella nuestra sombra y renunciar del todo a los valores humanos.

¿Concluimos, pues, que amar para sostener la vida es una mala fórmula?

Ante este impasse de la sostenibilidad, creo que una de las pocas salidas que queda es la deconstrucción identitaria: el renunciar parcialmente a la identidad humana, como aquella separada de lo no humano (que sobre todo en Occidente y con el pensamiento racional moderno hemos forjado), y abrazar una identidad más salvaje. Un *rewilding* del amor, así, podría ser el complemento que ayuda a reescribir una fórmula más sensata para la sostenibilidad ambiental.

En el predicamento del amor por la naturaleza es necesario asumir una identidad multiespecies, orientada por actitudes de humildad biosférica y de reverencia hacia las otras formas de vida que florecen más allá de nuestras voluntades y designios. Entendernos como una especie más entre muchas otras hermanas, emparentadas, y con un mismo valor, implica una coexistencia de

amores que no tienen por qué ser asimétricos por defecto. Sería, en el sentido de Donna Haraway, generar un nuevo «parentesco» (*Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, 2019); o, como evocaría el libro *El hombre corzo* (2022), de Geoffroy Delorme, aprender una nueva humanidad más convivencial con lo salvaje y de desenmascaramiento de los propios sentidos naturales.

Un *rewilding* del amor no es una actividad esporádica o un código de buenas prácticas al que subirnó, sino una transformación interna. Así, en este proceso uno no viaja a un nuevo entorno, sino que él mismo se convierte en el propio viaje, «se embosca», como diría Baptiste Morizot en *El Rastreador* (2023).

Y para emboscarse en este *rewilding* del amor hace falta, por último, tener mucho valor. Tener la valentía suficiente para atreverse a poner en jaque quiénes somos, cómo queremos vivir y a quién queremos amar de manera incondicional.



Jorge Riechmann

Atravesar el desierto¹

El camino entró por la ventana/ como rama
que avienta la tormenta...

Angye Gaona (en *Nacimiento volátil*)

aprender a borrar/ es harina de otro costal/
dijo el árbol// acostúmbrate/ a no sentarte
siempre/ en la misma silla/ dijo la piedra

Eladio Orta (en *La no estrategia del árbol*)

I

“El que venga detrás que arree” es el lema siniestro que preside nuestra criminalidad social. Pero quienes vienen detrás ya estáis aquí, no detrás sino al lado...

No se contiene a un cáncer hablándole de responsabilidad social corporativa.

El ecologismo se admite como *performance* u objeto decorativo. Lo que vaya más allá tropieza con una represión bastante implacable.

II

Extracción— a costa de lo que sea.

Producción — a costa de lo que sea.

Consumo — a costa de lo que sea.

Y por supuesto deyección y contaminación y desgarrar de la red de la vida — a costa de lo que sea.

Se habla de conservación de la naturaleza, de protección del clima... En la realidad de los hechos, todo se subordina a la conservación del capitalismo y la protección de su estructura de clases.

III

“La inercia del presente comienza a ser arrollada por la urgencia del futuro”, sugiere John Vaillant. Esto se enuncia en 2023, pero esa problematización de la relación entre tiempos resulta en sí misma problemática: la frase se asentaba en su propio tiempo hace treinta o cincuenta años. Hoy no es actual: queda por detrás de 2023.

¹ En la etapa final de su escritura, mi *Segundo libro de los gorriones* se benefició de una estancia en el CENEAM, en pleno hermoso pinar de Valsaín: I Residencia sobre Literatura y Medio Ambiente, del 26 de noviembre de 5 de diciembre de 2023. Este texto forma parte de ese poemario como un epílogo.

Cortoplacismo se nos va quedando corto: en la era de los chutes de dopamina inducidos por *smartphone*, y la negociación bursátil automatizada casi a la velocidad de la luz, quizá tendríamos que hablar de *nanoplacismo*. Un ser inteligente sabría reconocer ahí un peligro mortal.

En una sociedad tecnólatra ¿nos atreveremos a ser tecnoagnósticos?

IV

Nuestro tiempo es aquel que ha tenido que inventar la palabra *omnicidio*. Sólo eso ya apunta hacia una época histórica del todo excepcional...

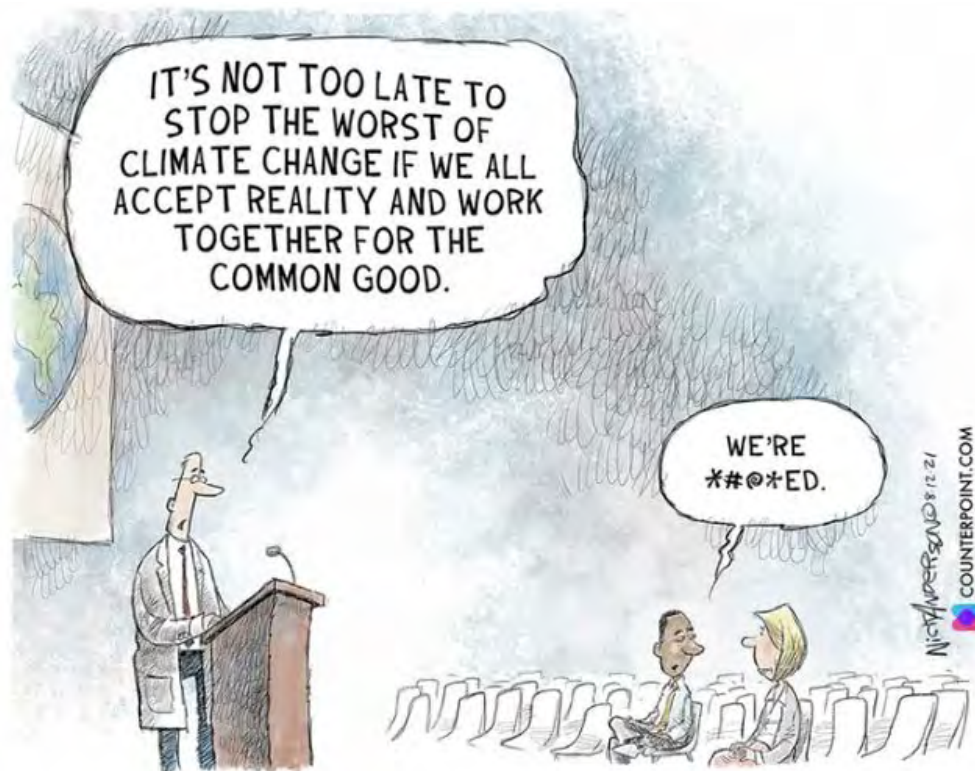
Dos mil años y se recupera el paisaje. Veinte millones de años y se recupera la biodiversidad. Pero los plazos de la vida humana, y los de la historia humana, son otros...

“Los cambios radicales instantáneos no son viables”, nos dice el muy sensato Vaclav Smil en su muy documentado ensayo sobre *Cómo funciona el mundo*. Y, sin embargo, esos son precisamente los cambios que necesitaríamos para evitar futuros infernales...

V

El climatólogo alemán Stefan Rahmstorf difunde (vía Twitter, el 12 de agosto de 2023) una viñeta terrible, pero veraz, de *counterpoint.com*: “No es demasiado tarde para parar lo peor del calentamiento global si todos aceptamos la realidad y trabajamos juntos para el bien común”, dice un científico disertando ante una sala casi vacía. Sólo hay dos asistentes, y uno comenta a la otra: “Estamos jodidos”.

El escritor y periodista Carlos Risco, en un artículo sobre “Volver a la naturaleza, más allá de la nostalgia”, escribe: “Sin un planeta sano, el resto de los problemas humanos son insignificantes”. Un planeta sano tiene que ver con nuestras posibilidades de vida buena. Pero hoy las cosas están peor: evocamos la necesidad de un planeta habitable para la mera supervivencia...



VI

Nos importa la vida. La vida hermosa y abundante. Incluso cuando, en medio de una crisis ecosocial apocalíptica, tenemos que asumir más muerte de la que somos capaces, lo hacemos —o intentamos hacerlo— porque lo que cuenta para nosotros es la vida. Incluso cuando decimos que hemos de aprender a morir, es el valor vida el que estamos levantando en alto.

Survivre et vivre, se llamaba uno de los grupos ecologistas pioneros hace más de medio siglo (fundado en Montréal en 1970). ¿Hasta qué punto vale la pena prolongar una vida reducida a nuda supervivencia en un planeta devastado?

Preservar el capitalismo y adaptarse, mientras se pueda, a condiciones de vida cada vez más infernales: se diría que ésas son las prioridades reales de nuestras sociedades.

Nuestro gran *no* apenas se ve compensado por un *sí* muy frágil: es la apuesta herida por un futuro humano que quizá nunca existirá.

VII

Escucha uno esta expresión frecuente: “Y eso, ¿cómo lo aterrizamos?” Se está preguntando cómo concretar en nuestra cotidianidad ese asunto, el que sea, que ahora consideramos. Pero, a estas alturas de la historia humana, uno casi sólo puede comprender *aterrizar* en sentido literal: poner los pies en la Tierra, en este nuestro planeta simbiótico. (Tal es el sentido en que Bruno Latour titula su libro *¿Dónde aterrizar?*).

El poeta, decía Carlos Edmundo de Ory en *Humanismo del árbol*, es “el más terrestre de los seres humanos”.

VIII

Un paso más allá de la *resiliencia*, eso que los biólogos llaman *hormesis*: cuando se expone un organismo a condiciones de daño (un veneno químico, radiaciones ionizantes, un medio ambiente degradado...) que el metabolismo tiene que combatir, a veces el estado final de tal organismo puede ser mejor que el inicial. Como cuando prospera la vida animal silvestre en los alrededores de la central nuclear de Chernóbil, a pesar de la radiación que sigue infestando el lugar.

IX

En su poema EL SIGLO XXI JUBILADO (que en realidad se refiere al siglo XX: ¿errata del traductor?), Adam Zagajewski representa al siglo como un anciano achacoso que debe evitar las emociones fuertes (por prescripción médica) mientras pasea por algunos escenarios de la sangrienta historia de Europa. Y los versos finales expresan la amarga sabiduría ganada: “Una cosa aprendí:/ sólo existe la compasión/ por las personas, animales, árboles y cuadros.// Existe sólo la compasión,/ siempre con retraso.” Bueno, si somos conscientes de este destiempo de la compasión; y también de cómo los grandes poderes en nuestras sociedades — megacorporaciones que se imponen a los Gobiernos— también nos permiten saber la verdad sólo a destiempo (cuando ese conocimiento ya no puede tener consecuencias que amenacen al orden establecido), según nos mostraba Paco Fernández Buey; si somos conscientes de estos destiempos del bien y la verdad, ¿qué hacemos?

Tratemos al menos de no llegar tarde nosotros, nosotras a la cita: que el desencuentro no tenga lugar por culpa nuestra. Y alegrémonos porque al menos la gran dama de la clásica terna, la belleza, ella sí que no llega tarde casi nunca a un encuentro.

X

Sobre el escritorio de Clarice Lispector, esta frase de Kafka: “Hay dos pecados capitales humanos que son el origen de todos los demás: la impaciencia y la pereza”.

“El misántropo es un vago de la condición humana”, escribe Ramón Andrés. ¡No cedamos a la pereza!

XI

Dogen, el maestro zen japonés del siglo XIII, cuenta la profunda impresión que le produce el encuentro con un anciano monje cocinero que está secando al sol setas *shitake*, cuando él tiene 23 años. Y le interpela: pero, anciano, ¿no sería mejor que ese trabajo lo realizara algún monje joven, y así tú podrías consagrarte a tu búsqueda espiritual, en estos postreros años de la vida? El cocinero le da una lección profunda al contestarle: “Los demás no son yo. Yo no soy los demás. Ésta es mi tarea y sólo yo puedo realizarla”.

¿Cuál habrá sido mi tarea? Seguramente la que enuncia el título de mi blog: tratar de comprender, tratar de ayudar. Tratar de abrir los ojos y contribuir a que los demás puedan hacerlo — que podamos hacerlo en común.

XII

Poliamor, sin duda. Amor a los árboles, amor a las nubes, amor a los libros, amor a Casandra y al Barón de Münchhausen, amor a los seres humanos que se buscan y se aman.

El consejo tópico que se da muchas veces a las y los aspirantes a poetas: “Busca, trata de encontrar tu propia voz...” Mas pronto vemos que no se trata de eso. Quizá más bien: presta atención a las diez mil voces. Desde el silbido del látigo del tratante de esclavos al zumbido del abejerro, desde la canción de la enamorada al fragor del torrente de montaña. Tu “voz propia” resultará, si acaso, de esa atención giróvaga y del diálogo múltiple que de ella resulte.

XIII

¿Una idea de vida buena como una vida humilde, frugal y enraizada? Es justo lo que necesitamos: lo contrario al “antes muerta que sencilla”.

Humildad. ¿Y eso por qué? No sólo porque somos barro, humus, y eso acarrea ciertas responsabilidades hacia lo viviente. Sino también porque sin esa disposición no lograremos avanzar en la que quizá sea nuestra tarea principal: liberarnos (siquiera en cierta medida) de ese férreo malentendido que llamamos ego.

XIV

“¿Todo bien?”, preguntan despreocupados amigos y conocidos... Bueno, si he de contestar en serio diría que se entreveran en mi ánimo tres disposiciones algo contradictorias (en realidad no tanto). Paz de espíritu: no me siento en discordia conmigo mismo. Gratitud por la vida buena que he tenido, que tengo. Y desolación por el curso del mundo — que avanza con rapidez hacia la catástrofe.

La crisis ecológico-social evidencia, antes que otra cosa, el fracaso ético (ético-político) de la humanidad. Y eso no hay Inteligencia Artificial que lo arregle...

XV

Quien dice A, tiene que decir B — reza un refrán alemán. Y entonces: si no quiero B (destrucción ecológica, zonas de sacrificio, riesgo de colapso: ecocidio más genocidio), he de cuestionar A (esa combinación de productivismo, extractivismo y consumismo que cabe llamar, con Nancy Fraser, *capitalismo caníbal*).

Las tareas básicas de hoy — un “hoy” que dura desde hace medio siglo— son superar el capitalismo y organizar con justicia el decrecimiento material y energético. Si fracasamos en eso, habremos fracasado en todo.

Los ecologistas somos una minoría minúscula (en el seno de sociedades que deberían ser ecologistas en su constitución misma, pero ay...). Y corren malos tiempos para las minorías, con la ultraderechización de estas sociedades.

Lo inexorable sucederá. Y tanto lo inexorable como lo contingente nos sorprenderán.

XVI

A la actriz Nathalie Poza, su psicoanalista le espetaba: “¡La vida no tiene sentido, asúmelo! Pero vive como si lo tuviese o como si fuese posible que lo tuviese”.

Un pasito más allá de la filosofía del *como si*: la vida — para un animal como *Homo sapiens*— tiene el sentido que logremos darle.

En mi caso diría: reintegrarnos de forma consciente en la vida de Gaia, reduciendo la dominación, la violencia y la crueldad en todo cuanto esté a nuestra mano. Y así superar el tribalismo hacia formas de convivencia inclusivas y amorosas — más allá de lo humano...

Participación, nos decía el antropólogo Lévy-Bruhl. *Consideración*, insiste la filósofa Pelluchon. Conexión y amor compasivo para rehacer nuestro vínculo con los diez mil seres.

XVII

Para ser reformistas, llegamos varios decenios tarde.

Para ser revolucionarios, llegamos varios decenios tarde.

Pierre Bourdieu dijo alguna vez que temía que la gente despertase sólo cuando ya fuese demasiado tarde. Creo que eso se puede ya dar por hecho, y la pregunta ahora sería: dentro del “demasiado tarde” que marca nuestro tiempo, ¿para qué quizá no sea aún demasiado tarde?

Cuando la política, de manera creciente a lo largo del Siglo de la Gran Prueba, se vaya reduciendo cada vez más a gestión de situaciones infernales (como ya es el caso para muchos seres humanos y muchísimos seres vivos no humanos, a consecuencia del funcionamiento de las sociedades industriales), ¿valdrá la pena seguir adelante? Mi respuesta personal es que no.

XVIII

Escribe Pablo Batalla: “Se han escrito muchas utopías sobre la terraformación de Marte y otros planetas. Hoy el reto es terraformar la propia Tierra.” No, esa idea lleva de manera bastante directa a la georingeniería (probablemente nuestro error definitivo). De lo que se trataría es de terraformarnos a nosotros mismos.

El problema es el capitalismo, sí. Pero el capitalismo no es (sólo) el banco Santander, no es (sólo) Amancio Ortega, no es (sólo) una economía demencial: se ha convertido en un sistema total cuyas ramificaciones penetran muy profundamente en el cuerpo social, dando forma a deseos, cogniciones (ideas y creencias), hábitos, expectativas. El capitalismo no es algo exterior a ti ni a mí.

XIX

Hoy la *realpolitik* es continuar haciendo la guerra: la guerra geopolítica, la guerra contra la naturaleza y la guerra contra el ser humano.

¿Nos aceptamos como hijos de la Madre Tierra (y huérfanos de Dios), como vulnerables seres corporales conscientes de su interdependencia y ecoddependencia, sometidos a constricciones ecológicas y vivientes en un mundo con límites biofísicos, o seguimos alimentando autodestructivas fantasías antropófugas?

No necesitamos “salvar el mundo”. Sólo salvarnos a nosotros mismos de nosotros mismos.

XX

Aprender a morir en el Antropoceno no entraña ninguna truculencia: se trata sólo de la tarea humana básica de aprender a morir (para los seres autoconscientes y mortales que somos) en las especiales circunstancias donde nos sitúa el colapso civilizatorio (en cuyo seno nos encontramos).

“El tiempo que nos queda” no evoca ningún drama o tragedia si se declina, como creo deberíamos, hacia el trabajo aún por hacer: lo Abierto que nos convoca.

Nos decimos: a los cuarenta años sí que tienes que decidir ya lo que vas a ser –o a los cincuenta, o a los sesenta... En realidad, en cada momento de nuestras vidas estamos decidiendo lo que somos y vamos a ser.

XXI

Cuenta Edgar Morin (en su conferencia “A propósito de los siete saberes”) que un enólogo le preguntó al astrofísico Michel Casser qué veía en la copa de vino que acababa de ofrecerle. Y la respuesta fue:

“Veo las primeras partículas que se formaron en los primeros segundos del universo, veo el átomo de carbono que se creó en la fragua de un sol anterior al nuestro, veo las moléculas que se constituyeron en la Tierra y se unieron, veo el nacimiento de la vida, veo el desarrollo del mundo vegetal, la aparición de la viña salvaje, veo su domesticación en el mundo mediterráneo y por añadidura veo ahora las técnicas electrónicas que verifican la vinificación, y además... ¡Ya está bien! ¡A vuestra salud!”

XXII

Muchos muertos a mi alrededor, escribe Max Aub el 22 de noviembre de 1963 en su diario, pero “en el fondo sólo me importa la vida: ver lo que pasa, asombrarse del hecho fenomenal de haber nacido”.

Asombrarse del hecho fenomenal de haber nacido; de estar vivo y básicamente con buena salud; de caminar, ver, escuchar, palpar, paladear; de probar una breva o un dulcísimo trozo de melón; de beber agua fresca; de besar a la persona amada. Gracias, gracias, gracias.

XXIII

¿Qué es vivir? Joaquín Araújo ha recordado en más de una ocasión que el pictograma chino que representa el vivir es *una planta creciendo*.

Vivir bien es una planta firmemente arraigada y creciendo en tierra fértil, en simbiosis con sus hongos compañeros (micorrizas), fotosintetizando vida para ella misma y para los demás seres. Todo está ahí, también para nuestra muchas veces turbia conciencia animal — si somos capaces de verlo.

Lxofigmogen (nos explica en Twitter @Antropologaluna) es la palabra mapuche que designa la red de la vida a la que pertenecemos: “sintetiza todo lo que es vida. La vida biológica y la cultural. No hacen distinciones entre la biodiversidad y la diversidad cultural o etnosfera. Porque todo son hebras en interacción y movimiento dentro de la vida. Preciosa palabra mapuche”.

XXIV

El pecado de la humanidad en los últimos decenios –aquí hay que emplear esa palabra grave, incómoda, teológica: pecado– ha sido la dimisión de sí misma. La entrega a la plutocracia, a la tecnocracia y al *entertainment* son manifestaciones de esa quiebra profunda. Sabíamos que ser humano no es tarea fácil, pero ¿se justifica tirar la toalla tan pronto?

No hay un NO lo bastante grande para oponerlo a lo que el capitalismo está haciendo con el mundo, y con nosotros en el mundo. También aquí aparece la inconmensurabilidad.

Seguimos pensando en soluciones de lujo, pero necesitamos medidas de emergencia.

XXV

No hay en ningún ser humano, ni el más abyecto, algo – aunque no se trate sino de una porción minúscula– que no sea digno de amor. Ahí es donde podemos apoyarnos: nuestro punto arquimédico para comenzar a actuar.

“Dar la mano a alguien siempre fue lo que esperé de la alegría.”²

Estamos vivos en el abrazo. También en un par de situaciones más, ya se sabe, pero sobre todo en el abrazo.

XXVI

“Examina siempre las cosas humanas como efímeras y carentes de valor: ayer, una moquita; mañana, momia o ceniza” – nos sugiere Marco Aurelio. Pero aquí el emperador filósofo derrapa y se sale de la carretera. Pues lo que se sigue de la intensa atención que los estoicos consagraban al presente es precisamente lo contrario: el infinito valor de la vida que intensamente vive un ser mortal.

“En medio de ese río [del acontecer universal], sobre el cual no es posible detenerse, ¿qué cosa entre las que pasan corriendo podría estimarse? Como si alguien empezara a enamorarse de uno de los gorrioncillos que vuelan a nuestro alrededor, y él ya ha desaparecido de nuestros ojos.” Pero ésa es la cuestión: nos enamoramos del gorrioncillo aunque sólo compartamos un breve tiempo con él, y ese tiempo es indeciblemente valioso.

“Gorrioncillo urbano,/ perdido entre las mesas/ de una terraza, en un hotel de lujo./ Como a ti me bastan y me sobran/ las migajas del mundo./ Yo sólo quiero tu alegría.”³

² Epitafio en la tumba de Clarice Lispector, en Río de Janeiro –es una frase de su libro *La pasión según G.H.* Véase Claire Varin, *Clarice Lispector: rencontres brésiennes*, Éditions Trois, Laval (Quebec) 1987, p. 220.

³ Son versos de José Jiménez Lozano... Atención al doble sentido del último verso: sólo quiero para mí una alegría semejante a la tuya, y sólo quiero que puedas estar alegre de esa forma.

XXVII

La vida seguirá adelante en la Tierra. Y nosotros seguiremos adelante sólo si somos capaces de reinsertarnos en la red de la vida de nuestro planeta simbiótico.

Quienes sabemos eso ¿qué vamos a proponernos y qué vamos a hacer? Lo poco que está a nuestro alcance, siendo bien conscientes de la insuficiencia de nuestros actos. Pero sabiendo, al mismo tiempo, que las repercusiones de un curso de acción en un mundo de sistemas complejos— es decir, en nuestro mundo real— son literalmente incalculables; y que el futuro estará lleno de sorpresas. Buenas y malas sorpresas.

En una de las conmovedoras cartas que Rosa Luxemburg escribió desde la prisión a Sonia Liebknecht, le decía: “En relación a la revolución social, es preciso tener la misma actitud que en relación a la vida privada: mantener la calma, ver las cosas como un todo y conservar siempre una ligera sonrisa”.

XXVIII

¿Qué sabe uno *de* la poesía o *sobre* la poesía? Poco o nada.

Pero *en* la poesía, *por* la poesía y *a través de* la poesía va uno sabiendo mucho — sobre el mundo, sobre los otros, sobre uno mismo.

XXIX

Ecología: ciencia de los vínculos (dice Joaquín Araújo). Poesía: arte de los vínculos.

En el ya casi clásico estudio de Diego Marín *Poesía paisajística española (1940-1970)*, se clasificaban las aproximaciones de aquellos poetas a la naturaleza en tres grandes apartados: a) el paisaje como objeto estético, b) la naturaleza como reflejo del espíritu y c) los paisajes urbanos como marco vital de los poetas. Bien, lo que necesitamos en el Siglo de la Gran Prueba no encaja en ninguno de esos tres apartados. Se trata de dejar que los demás seres vivos existan por sí mismos (también en el poema), que los sujetos (también los no humanos) no sean tratados como objetos, que Gaia o la Madre Tierra puedan ser nombradas en sus propios términos, que la naturaleza sea.

XXX

El poeta, sugirió Juan Ramón Jiménez, es un “indígena de la belleza”. Indígena, del latín *inde* (de allí, de aquí) + *gena* (nacido de). Derivado de *genere*, engendrar. ¿No somos todos indígenas hasta que nos desterramos o nos destierran? O aún más, como nos preguntan Cecilia Vicuña y James O’Hern: ¿no somos todos indígenas en la familia humana pero lo hemos olvidado?

XXXI

“¿Cada vez que ves un desierto sales corriendo? Cuando aparezca un desierto, atraviésalo” — dice el maestro Ailton Krenak.

Ir quedándonos con menos palabras: despojarnos de lo que nos lastra y entorpece... Pero que esas pocas palabras sean palabras verdaderas.

Cuidado, amigos y amigas, con las Hansias de Habsoluto.

“El sonido del agua que fluye es el gran discurso de Buda”, dice el maestro Eihei Dogen.

Y la conversación de los pájaros, añadimos.



Cuaderno de identificación

COMUNES, MORUNOS, CHILLONES, MOLINEROS O ALPINOS... TODOS, GORRIONES





Luci Romero Rosa

El abordaje del desierto en la literatura

(...) creo que la época en la que naces determina tu percepción de la humanidad frente al mundo natural.

Annie Proulx

El desierto es móvil y el viento es su motor.

Williams Atkins

El desierto, lejos de ser únicamente tierra agrietada, está rebosante de vida. Un paisaje que sirve de filtro para abordar la gestación de lugares e interfiere en el devenir del territorio. Decía Edward Abbey que *este es el lugar más bello de la tierra. El desierto. Lo árido.*

Si hablamos de desiertos, seguro que al instante nuestra mente focaliza en esa imagen arquetípica de amplios horizontes y yermos campos de dunas o cárcavas, espacios donde la vegetación -creemos- ha desaparecido. Paisajes donde resulta imposible sobrevivir debido a la falta de agua. Pero, nada sobra en la naturaleza, es un complejo mecanismo donde todos los elementos cumplen su función.

Los desiertos, esos territorios que comparten clima, flora y fauna propios de zonas donde el balance hídrico es poco propicio para la vida, forman comunidades estables, poco productivas debido a los cambios en el uso de este tipo de suelo, pero, sin olvidar, que albergan una biodiversidad elevada. Pero no debemos considerarlos como espacios de tierra desnuda que parecen detenerse en el tiempo. Son mucho más que esas vastas extensiones de tierra escasamente poblada con un clima seco y áspero o con vientos que barren las llanuras. Son entes en movimiento.

En la literatura, el desierto se convierte en un escenario simbólico donde se pueden explorar una amplia gama de temas, situaciones, emociones, sensaciones... Es, como veremos, lugar de soledad y silencio, donde, en cierto modo, nos enfrentamos a nuestra propia existencia de manera cruda y despojada en un paisaje árido. Al mismo tiempo, el desierto es un lugar de asombro donde la grandeza se puede palpar en su forma más pura. A través de esta dualidad, quienes se adentran en zonas áridas y lo plasman a través de la palabra escrita, exploran temas como la supervivencia, el aislamiento, la redención, la espiritualidad o la crítica a un sistema que nos va engullendo y que sobreexplota cada espacio que habitamos.

Hablar de la aridez en estos espacios vinculado a la literatura, no exclusivamente una literatura de naturaleza, pero sí unos textos que se han visto influenciados o vinculados a estos territorios que se asociaron durante mucho tiempo a la tristeza, quizá a la miseria, a la tragedia.

Querer mostrar esta conexión con la naturaleza en la literatura es primordial

por numerosas razones: nos invita (y ayuda) a reconocer nuestra interdependencia con el mundo natural y a apreciar la belleza y fragilidad de los ecosistemas que nos rodean. Al describir la majestuosidad del desierto, quien hace uso de la palabra escrita, nos invita a reflexionar sobre nuestra responsabilidad de cuidar y proteger estos espacios.

Aunque a menudo se perciben como entornos estériles, los desiertos albergan una sorprendente diversidad de vida adaptada a condiciones extremas. Desde plantas resistentes a la sequía hasta animales especializados en la conservación de agua, los desiertos albergan una variedad de especies únicas que desempeñan roles fundamentales en los ecosistemas locales. La sostenibilidad en los desiertos requiere la protección y gestión adecuada de esta biodiversidad, así como la promoción de prácticas agrícolas y de desarrollo que minimicen el impacto sobre los hábitats naturales y promuevan la coexistencia armoniosa entre las especies nativas y las comunidades humanas.

El desierto, lejos de ser únicamente tierra agrietada, está rebosante de vida. Un paisaje que sirve de filtro para abordar la gestación de lugares e interfiere en el devenir del territorio.

El abordaje de este paisaje en la literatura puede variar dependiendo del autor, el contexto cultural y los temas que se exploren. Sin embargo, hay algunas formas comunes en las que el desierto se aborda en la literatura: el paisaje y ambiente, la parte simbólica y la metáfora, un espacio de desafío y supervivencia, etc.

Un viaje por tierras áridas y sus narrativas

La belleza de la aridez no ha pasado desapercibida a lo largo de la escritura de la naturaleza, son numerosos los escritos que abordan estos paisajes vastos y en apariencia desolados. Ponemos nuestros sentidos a disposición del viento que mece la tierra, el calor (o frío) extremo, la falta de agua, la escasez de recursos o la sensación de aislamiento que suele caracterizar al desierto y que, imponente y majestuoso, tanto ha influido en las emociones y las acciones de muchos personajes literarios.

La escritura de naturaleza no solo establece un relato, además nos adentra en un diálogo que se entreteje como un tapiz en el que todos los elementos se conjugan, creando un lenguaje propio que nos acerca al mundo que habitamos.

En el caso de las zonas áridas o semiáridas aparecen retratadas, en muchas ocasiones, como entornos hostiles que presentan desafíos físicos o mentales para muchos de los personajes. Abordan la soledad, el aislamiento o la introspección en un escenario de aparente hostilidad, pero, por suerte, no siempre es así.

Los desiertos de Norteamérica han tenido una presencia muy significativa en la literatura, especialmente en relación con la exploración de su identidad nacional, la idea de frontera, la naturaleza salvaje y la relación entre el ser humano y su entorno. Su importancia en la literatura es evidente. Uno de esos ejemplos sería el estadounidense Edward Abbey que, al reflexionar sobre el desierto, concluía que la precisión, el dato concreto, es importante, pero que no podía «meter el desierto entero en un libro». Su labor consistía en bosquejar pinceladas con el lenguaje, creando una red de palabras en las que el desierto sería más el medio que el material propiamente dicho.

A medida que la frontera de los EE. UU. se aproximaba al Pacífico, en paralelo al advenimiento de la era industrial a principios del siglo XX, los escritores naturalistas comenzaron a acercarse a regiones áridas que permanecían remotas e intactas. El propio Abbey en su obra, *El solitario del desierto* (1947) ofrece una crítica a la industrialización y la degradación del paisaje natural. Muchos de los ejemplos resaltan la importancia de los desiertos norteamericanos en la literatura, ya sea como escenarios que trasmutan la lucha por la supervivencia en espacios hostiles, el vínculo con la naturaleza, como metáforas de soledad y búsqueda de identidad en un entorno desafiante e inmenso en sus límites o como

un lugar desolado y violento que refleja la brutalidad y la naturaleza inhóspita de la época en la que se enmarcan algunas obras.

El desierto se plantea como un telón de fondo que evoca muchas veces unas connotaciones negativas en cuanto a vida y asentamiento, aunque a nivel paisajístico nos abrume con su presencia. Son muchos los que se han situado ante esa hostilidad natural que acaba rozando lo sublime. O esa extensión aparentemente infinita que, parece, nos ubica ante lo inabarcable. Allí parece que no existen jerarquías, se amasa la dureza, la textura parece que no es cambiante. A nivel cultural, se ha proyectado en diversas culturas como escenario de lo inhabitable, transformándose en un escenario baldío o remoto.

Pero el desierto aborda y recoge en sus entrañas una poética única, una coherencia narrativa que hila el sentido lírico de esos vastos parajes nacidos de una idea de imposibilidad. Y así, la literatura nos regala las entrañas de estos lugares únicos.

Desiertos como Sonora, Chihuahua, Great Basin, Death Valley, Arizona, Utah o Mojave se convierten en el eje de la mirada que engloba el que escribe. Textos que van desde una relación personal con estos ecosistemas como hace Barry Lopez en *Deserts notes Reflections in the Eye of a Raven (1976)* con una serie de ensayos sobre el desierto, donde se reafirma en la idea de que el desierto no es un lecho de muerte, está vivo. Puedes escuchar a una persona respirar a una distancia de veinte metros y puedes ver el límite donde acaba la aridez y comienzan las montañas.

Autores como Joseph Wood Krutch en su libro *The desert year*, con fascinantes observaciones sobre la vida que va prosperando en ese espacio inconmensurable del desierto de Arizona. Preguntas sobre la precariedad de una existencia, la nuestra, desmintiendo las negaciones de occidente ante formas de vida “inferiores”. En sus textos destaca algo: quienes viven en el desierto no se adaptan a sus condiciones, más bien demuestran valentía e ingenio al extraer lo mejor de ese espacio.

A nivel simbólico, el desierto es el escenario de soledad por excelencia, aunque al mismo tiempo es un espacio lleno de vida e historia. Uno de sus mejores cronistas es el etnobotánico Gary Paul Nabhan, quien desafía las nociones tradicionales que lo definen. Su obra, *The Nature of Desert Nature*, resulta de una belleza insuperable, atestada de complejas reflexiones en torno a lo que es y puede llegar a ser el desierto. Lleva más de cuatro décadas dándole la vuelta a los conceptos que definen a los terrenos baldíos, y en esta obra en concreto recopila un corpus de voces que aportan nuevas reflexiones y perspectivas desde un lenguaje renovado y rico.

Recoger la perseverancia de quienes optan por proteger la tierra. Eso hacen muchos de estos autores: desde Colin Fletcher con *The man who walked through time (1968)* donde no solo destaca la necesidad de preservación de estos ecosistemas únicos, además realiza una caminata solitaria a través del Gran Cañón. O el desierto de Mojave a través de las palabras de David Darlington, el desierto americano por excelencia, uno de los más visibles, vulnerables y emblemáticos, desde las afueras de Los Ángeles hasta los límites psíquicos de Las Vegas, con lugares arquetípicos como Death Valley o el Parque Nacional Joshua Tree. Un paisaje de contradicciones, una tierra profundamente arrasada por la gente (desde cielos azulados arrasados por aviones de combate, observadores de ovnis, motoristas, laboratorios secretos de drogas o predicadores, vertedero de desechos nucleares, nudistas, mineros o ganaderos).

Este desierto, Mojave, es el más pequeño de los cuatro grandes desiertos de Norteamérica, pero su vínculo literario es amplio. Un desierto cuya aridez es provocada por el efecto de «cortina de lluvia» de zonas montañosas al oeste. Sus límites se establecen generalmente por la presencia del izote o yuca de Josué (*Yucca brevifolia*), el cual es endémico de la zona, además alberga casi 2000 especies de plantas. Mojave aparece en *Las uvas de la ira*. Ese terrible desierto al que hace referencia Steinbeck, la puerta de entrada a California desde el Este.

Cuesta imaginar la vida de los inmigrantes al atravesar esta zona en los años 30:

“Dicen que hay que cruzar el río Colorado y luego viene el desierto. Lleva cuidado con él, que no te quedas colgado por avería. Lleva agua en cantidad por si os quedáis detenidos.

Yo lo voy a pasar de noche.

Yo también. Pasar durante el día es una locura.”

El desierto, como referente espacial narratológico donde podemos trazar un mapa literario, cartografiarlo a través de la narrativa de autores como Willa Carther, Le Clézio o Cormac McCarthy. Así, la ficción contiene en sí misma la posibilidad de crear un mundo a través de un espacio concreto. Y gracias a estos textos construimos una mirada, trazamos unas coordenadas geográficas. O lo abordamos como expresión de sostenibilidad natural, frágil y amplio. Muchas interacciones con tan pocos recursos. La eficiencia en las tierras áridas donde los ecosistemas complejos y maduros se desarrollan en unas condiciones únicas. Espacios vacíos de propósitos. Abruman, por su enorme escala visual.

Entre las relaciones que se establecen al hablar de literatura y naturaleza, en concreto, en el caso de los desiertos, suelen ser dinámicas, forman parte de un topos espacial establecido que estará integrado en las novelas, ensayos, poemas, crónicas o diarios que lo aborden pero, siendo consciente del uso de este lugar común, cada autor o autora nos llevará a una visión única y personal, planteándonos una lectura determinante donde no nos resultará complejo reconocer este vasto territorio llamado desierto. Gracias al uso de la palabra escrita comprenderemos mejor estos ecosistemas.

*Desde la antigüedad, el desierto se ha catalogado como maravilla y misterio. Como el territorio desconocido que desafía cualquier intento de supervivencia humana al tiempo que deslumbra por la capacidad de asombro y temor, a partes iguales. En la literatura bíblica, se transforma en un espacio de prueba y revelación donde los personajes bíblicos como Moisés o Jesús encuentran su destino y reciben, digámoslo así, una guía divina de este ecosistema. Tradición que se ha perpetuado con el desierto como la escenografía perfecta para la búsqueda espiritual y la transformación personal en muchas creaciones literarias (El profeta de Khalil Gibran; *Las mil y una noches*; *El león, la bruja y el armario* de C. S. Lewis; *La montaña mágica* de Thomas Mann, etc...)*

La relación entre el desierto, literatura y naturaleza es muy significativa, puesto que este paisaje, con su vasta extensión de arena, roca y cielo abierto, representa uno de los entornos más extremos y desafiantes del planeta. Espacio de belleza austera y majestuosa, donde la naturaleza se manifiesta de manera primitiva. La dualidad que establece el desierto ha cautivado a todo aquel que se ha acercado y adentrado más allá de sus límites establecidos.

En la **literatura árabe**, el desierto ocupa un lugar central al reflejarlo como símbolo de libertad, resistencia y tradición. Las tribus beduinas han sido fuente de inspiración para poetas y escritores árabes, al tiempo que, para viajeros y exploradores, celebrando su estilo de vida nómada, su vínculo con la naturaleza y su código de honor. Concretamente, la poesía beduina, extrae la belleza de ese ecosistema, su dureza, así como lo evocador de un territorio único por donde discurren versos que aglutinan dunas, cielos estrellados y horizontes infinitos. Y al mostrar esa conexión establecida con la naturaleza en la literatura, desarrollamos, a través de estos escritos, una mayor comprensión hacia otras formas de vida, hacia otras culturas que dependen del entorno natural para su supervivencia. En el desierto, las tribus beduinas han desarrollado esa conexión y comprensión intuitiva de sus ciclos y ritmos naturales.

Cuando mostramos esta conexión, este vínculo que se establece a través de la escritura, se derriban ciertas barreras que promueven un mayor respeto por la diversidad de la vida en nuestro planeta.

Autores como Paul Bowles han utilizado el desierto como escenario para

profundizar en cuestiones más existenciales, como sucede en *El cielo protector* donde, a través del paisaje del desierto del Sáhara, sitúa a sus personajes en un punto físico y emocional de gran dureza para confrontar sus limitaciones y deseos. Por otro lado, otros autores como T.E. Lawrence exploran la relación entre el ser humano y el desierto a través de la brutalidad de este paisaje, la resiliencia y la determinación de las tribus que lo habitan. Tal y como relata en *Los siete pilares de la sabiduría*.

Desde las novelas del oeste americano hasta las historias de aventuras en los desiertos del norte de África o la península arábiga, los escritores han utilizado el desierto como un telón de fondo para ciertas narrativas de exploración, descubrimiento y redención. El desierto aparece como lugar de encuentro entre culturas y civilizaciones, un espacio liminal donde las identidades se ponen a prueba y se redefinen.

Este ecosistema también ha sido un tema recurrente en **la literatura europea**, aunque en un contexto diferente al de los desiertos de Estados Unidos. En Europa, los viajes y el exotismo que suscitó en tanto escritores, los desiertos se erigían como dólmenes a lo exótico y desconocido. Aventuras, descubrimiento y encuentro con culturas diferentes. Así lo plasmaron autores como Pierre Loti (*Le desert*), Flaubert, Antoine de Saint-Exupéry o Le Clézio. Adentrarse en el desierto, la fascinación ante un paisaje que no se parece a ninguno, sentir el asombro ante lo más esencial, ante la naturaleza más dura en un espacio, aparentemente deshabitado, que nos remite a lo primordial, a la luz, al vacío, al calor. *Los europeos no tuvieron una idea real de las tierras secas hasta que empezaron a ir a ellas* (Atkins).

El desierto como un confín metafórico que va gestándose como espacio propicio para la reflexión, el autoconocimiento o la experiencia espiritual. Encontramos ejemplos en las obras de Dino Buzzati (*El desierto de los tártaros*) o Hermann Hesse (*El juego de los abalorios*) donde ambos escritores usan ese escenario como vía para la introspección o el desarrollo espiritual. A sus particulares rasgos geográficos, se unen las expectativas ficcionales que despierta en el lector ya sea por su inmensidad, o por su carácter a menudo terrible e inquietante o incluso, por su ancestral trascendencia religiosa. O Le Clézio con *Desierto*, donde narra dos éxodos: el de una huérfana obligada a contraer matrimonio, abandona su poblado de cabañas marroquí para marcharse a Francia y por otro lado, el de los antepasados de la joven, los «hombres azules» de Río de Oro, en el Sáhara occidental, que los franceses perseguían a comienzos del s. XX.

Aprender a vivir en el desierto, entre tormentas de arena, cambios drásticos de temperatura, pueblos que lo habitan entre condiciones extremas y cambiantes. Conciliar los límites humanos con los de la naturaleza y con los del tiempo y el espacio. Encontrar el equilibrio en estos paisajes, rastrear el sendero del agua, ese recurso escaso y precioso en los desiertos, donde su disponibilidad es limitada y variable. La sostenibilidad en estos espacios requiere una gestión cuidadosa y eficiente del agua.

El desierto sigue siendo un símbolo de lo divino, un lugar de libertad y resistencia, un escenario para la exploración continua ejerciendo un atractivo casi onírico. Viajar por estas tierras es, como dice William Atkins, aspirar a la condición de arena.

La literatura española como cartografía de un espacio

Como hemos comentado previamente, en la antigüedad, los desiertos eran considerados tierras inhóspitas y misteriosas que despertaban la curiosidad y el temor de los exploradores y viajeros. En las leyendas y mitos de la época, los desiertos eran a menudo representados como lugares peligrosos habitados por criaturas míticas y espíritus malignos. En obras como *Las aventuras de Hércules* y *Los Viajes de Ulises*, se hacen referencias a las zonas áridas como lugares de pruebas y tribulaciones para los héroes legendarios que buscaban aventuras y gloria.

Durante la Edad Media, los paisajes desérticos de España cobraron importancia como rutas de peregrinación para los fieles que buscaban cumplir votos religiosos y encontrar la redención espiritual. Textos donde se describen las travesías de los peregrinos a través de las zonas áridas y desoladas en busca de significado y salvación. La literatura religiosa de la época también hacía referencias a los desiertos como lugares de retiro espiritual y meditación, donde los ermitaños buscaban la comunión con lo divino y la iluminación interior.

En el Siglo de Oro, se convirtieron en escenarios literarios que capturaron la imaginación de los escritores y poetas de la época. En obras como *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, se hacen referencias a los desiertos como lugares de aventuras y encuentros inesperados para los personajes principales. Las zonas áridas y desoladas se convirtieron en metáforas de la condición humana y escenarios simbólicos donde los personajes podían encontrar significado y redención.

Durante el siglo XIX, el Romanticismo y el interés por lo exótico llevaron a un renovado interés por estas zonas como lugares de misterio y fascinación. En el siglo XX, las zonas áridas siguieron siendo una fuente de inspiración para los escritores y poetas que exploraban nuevos enfoques literarios y estéticos. Los escritores de la época utilizaron los desiertos como escenarios simbólicos donde los personajes podían explorar los límites de la realidad y la imaginación, y cuestionar las convenciones sociales y culturales establecidas.

Durante el siglo XXI, cobran importancia como lugares de reflexión sobre la ecología y la sostenibilidad. Se exploran temas de conservación ambiental y resiliencia en los paisajes áridos y desolados.

Algunas obras de nuestra literatura han elegido estas zonas áridas como escenario, metáfora o protagonista de sus páginas. Hemos mencionado a Don Quijote que, aunque no se ambienta específicamente en estos parajes, el famoso caballero se enfrenta a numerosas aventuras en las tierras de lluvia escasa de La Mancha. Si saltamos a Almería, Lorca nos legó con sus *Bodas de sangre* un drama poético en un entorno rural árido que refleja la intensidad de la tragedia de los personajes. El paisaje donde se enmarca sirve como metáfora de la pasión y violencia que impregnan la obra. Y en este mismo paraje escribió Carmen de Burgos, *Los inadaptados, ubicada en el valle de Rodalquilar en el corazón del Cabo de Gata, donde nació* la autora. Fie al espacio geográfico, la naturaleza del lugar es exhaustiva. La vida, aquí, transcurre al margen del mundo moderno, mientras eleva la realidad a un plano mítico mientras construye una parábola sobre el amor y la justicia.

También cerca del Cabo de Gata, el tiempo parece haberse diluido junto a los campos de Níjar de los que hablaba Juan Goytisolo. Parajes donde el turismo no había descubierto aún la extraordinaria belleza de la región. Goytisolo viajó a los pueblos de los alrededores de Níjar y el Cabo de Gata para hablarnos de un paisaje de soledades ásperas y de unos habitantes que se debatían entre la búsqueda de la supervivencia diaria y el sueño imposible de la emigración, bajo la omnipresente vigilancia de la guardia civil franquista.

En un desierto inespecífico, llamado de La Llanada, un singular y bello paraje que resultará volatilizado desarrolló su novela *Una casa en el desierto*, Javier Fernández de Castro. Una novela donde prima la importancia de luchar por conocer y hacer habitable un entorno natural que está siendo destrozado. Una novela donde se enfrentan dos maneras de habitar el mundo: por un lado, la de quienes solo fijan un punto en el horizonte, la ambición y la ceguera que acarrea envenenar un entorno y por otro, la de unos niños que lucharán por hacer habitable ese entorno natural. Un texto que habla de unas gentes, pero, sobre todo, de un paisaje. El mismo paisaje, el árido y áspero que atraviesan los personajes de *Atravesé las Bardenas*, de Eduardo Gil. Una novela que nos sitúa en 1956 en el desierto navarro de las Bardenas donde un ingeniero del instituto Nacional de Colonización idea un pueblo que construirán y habitarán presos. No sólo conseguirán ser eximidos de sus penas, además se convertirán en colonos de la zona.

Y así, recorreremos y renombramos los espacios de nuestro territorio a través de quienes introdujeron la aridez entre sus párrafos. Personajes que se deambulan por llanuras extensas, colinas suaves y una escasa vegetación adaptada a condiciones donde priman las escasas precipitaciones. Hacer del desierto un referente espacial literario por donde podamos hallar esa singularidad de cada texto que al unir los puntos nos ofrecerá una aproximación para poder estudiar un espacio concreto.

El desierto ha sido un territorio largamente explotado tanto a nivel económico como artístico o literario. En él se dan los condicionantes perfectos para imaginar todo tipo de situaciones límite. Nunca un espacio supuso un simbolismo tan extremo. Recorrer el desierto es ir desde el vacío absoluto a la aventura o el éxtasis espiritual, el lugar sin límites donde los espejismos se multiplican para hablarnos de otros modos de existencia. Y todo enraizado con la justa necesidad de ser grano de arena.



Estefanía Soto Sánchez

Un paseo por la sostenibilidad en el cine

Hace algunas semanas, con motivo de la I Residencia de Literatura y Medioambiente CENEAM en Valsaín, tuve el placer de discutir con mis compañeras y compañeros de esta experiencia acerca de cómo comunicar la acción climática, de cómo acercar la cultura de la sostenibilidad.

Es evidente la necesidad de cambio y la emergencia del cuidado al medio, generar impacto positivo en toda la población y que resulte imperativo la llamada a la acción. Es una tarea compleja porque, en primer lugar, es necesario *masticar* bien el mensaje para que llegue a todo el mundo sin necesidad de descifrar demasiado. Al menos a la ciudadanía menos concienciada con la problemática, puesto que, en mi opinión, será justo ahí donde más costoso sea transmitir una idea que genere un cambio real. Cuanto más directo, más efectivo. Es de este modo como veo la comunicación ambiental destinada a remover siendo la sostenibilidad el único sendero. Pues bien, ¿cómo podemos recorrerlo? Para responder a la pregunta, he intentado apreciar el panorama desde diferentes prismas: emisor, receptor, periodista, ciudadana, artista, consumidora incansable de cultura... y es aquí donde me he frenado a visualizar el calado que ha ejercido en mi vida la cultura que, a través del ella en general y del cine en particular, me ha generado un malestar y rumiante pensamiento que me llevaron posteriormente a un cambio. Aunque fuera un simple gesto, comprendí que, incluso llevando a cabo pequeños cambios, se podía llegar a mucho.

A través del cine se manifiestan distintas formas de sostenibilidad que nos acercan a ella de manera didáctica, calando en el público, incluso el más reacio a plantearse modificar sus rutinas. Es como si el mensaje traspasara la pantalla.

En estas líneas, voy a rescatar algunas películas y documentales para el público adulto y también infantil, que se refieren al cambio climático como realidad, a la sostenibilidad como camino y al colapso como última consecuencia de la inacción conjunta. Este es, pues, un paseo por la sostenibilidad en el cine.

Comienzo por los más jóvenes, las generaciones que vienen, que son el futuro; resulta interesante apreciar la cantidad de mensajes, vídeos y publicidad que les acecha constantemente y que calan de manera directa o indirectamente. Por qué entonces no estudiar otras vías para que el mensaje se traslade, que actúe como una simiente y que dé lugar a un cambio necesario de paradigma. En ese sentido, hace poco me entusiasmó ver cómo en la última temporada de la serie **Sex Education**, centraban toda la atención en el uso de la tecnología —la necesaria— en lugar del papel en el centro escolar, viendo a un paria a todo aquel que no siguiera las normas ecologistas del centro.

Algo incluso más natural ocurría en los años noventa, con el apogeo de las cintas de Disney, en las que el público infantil crecía con películas donde los protagonistas eran animales que vivían en su medio y el respeto era orgánico. Se trataba de fábulas que ponían en valor a la naturaleza y la moraleja se centraba en el cuidado. Así crecieron —crecimos— soñando con una selva donde vivía el afortunado Mowgli rodeado de amigos animales como el oso Baloo; aprendimos desde bien pequeños las enseñanzas y el poso que dejaban aquellas aventuras bajo lemas como *Mamá naturaleza te lo da*. Con **Bambi** (1942) lloramos cuando la mamá del protagonista muere tras ser cazada por humanos, además de vivir la catástrofe de su hábitat a causa del hombre. Con **Dumbo** (1985), rechazamos la idea de acudir a circos que emplearan a animales para sus cuestionables espectáculos.

A través de **Pocahontas** (1995) cantamos una de las más bellas melodías que regaló Disney, que no es otra que una oda a la naturaleza. *Te crees señor de todo territorio / la tierra solo quieres poseer / mas toda roca, planta o criatura / viva está, tiene alma, es un ser (...) ¿Cuán alto el árbol será? / si lo cortas hoy, nunca lo sabrás.* El mensaje que tardamos en descifrar, pasaba por la crítica a la colonización inglesa de un grupo de hombres en Norteamérica. La trama está basada en una historia real y su moraleja es la comprensión entre razas y el respeto por las comunidades nativas, contra el imperialismo.

Unos años más tarde y tratándose de una cinta más reciente, vimos en **Vaiana** (2016) a una auténtica heroína; la hija del jefe de una tribu que, tras la amenaza con que su pueblo desaparezca, decide emprender un viaje para devolver el alma de la diosa que creó el volcán que dio origen a su isla.

Casi sin darnos cuenta, los niños y niñas veían en esas películas un amor incondicional al medio y el quererlo y cuidarlo era más que necesario, obligado. Se trataba de una forma de otorgar valor de manera lúdica, de asentar unas bases esenciales en todo ser humano, desde bien temprano, cuando la conciencia se va forjando.

Una de las cintas más bellas que se han hecho últimamente, para todos los públicos, es la de **Wall-e** (2008); esta película de Pixar narra la *vida* de un robot que fue creado para limpiar la Tierra de la basura que acumuló el ser humano en el planeta durante los años de existencia. En ese momento, en el año 2800, no hay presencia de vida humana y Wall-e conoce a un robot más moderno que él que aparece en escena e intentarán darle una segunda oportunidad a la especie que ha generado tal colapso.

Y si me dejó poso alguna otra película referente en este ámbito, esa fue, sin duda, **La última elección** (2018), adaptación de la novela de Christophe Dufossé llamada *L'heure de la sortie*. Un profesor sustituto descubre en su clase a un grupo de adolescentes a los que sigue porque sospecha que están tramando algo. Finalmente descubre que el grupo está obsesionado con la idea del fin del mundo, catástrofes derivadas del cambio climático, así como la destrucción del planeta. En cierto modo, es una cinta de denuncia ambiental en modo de thriller, no sé si decir negativa al respecto —sin querer hacer spoiler alguno—, que prioriza la visión del público más joven, haciéndolo protagonistas dentro y fuera de la pantalla. A veces, perturbadora —me recordó a la República luminosa de Andrés Barba— otras tanta, misántropa. De cualquier modo, consigue esa tensión psicológica con un mensaje final muy evidente y una vocecilla intermitente que permanece días más tarde.

Otra cinta con un perfil parecido a este, pero quizá algo más superficial a la vez que relajada y cómica, es la francesa **Un pequeño plan... como salvar el planeta** (2021). En esta comedia, varios niños y niñas de diferentes partes del mundo se unen para llevar a cabo el mismo plan. Los padres descubren que han vendido muchas de sus pertenencias para financiar un proyecto ecologista en África. Esta comedia es algo más ligera pero igualmente crítica y su mensaje es muy certero.

Precisamente volviendo al público más joven, —el futuro— también se centra el documental **Food for change** (2020). La enfermedad de las vacas locas de 1998 impulsó un proyecto muy interesante en el sur de Francia, concretamente en Mouans-Sartoux, el primer municipio agrícola de Francia que traslada a las aulas esta idea: una cafetería 100% orgánica en los colegios. En solo cuatro años de desarrollo del proyecto se consiguió un rendimiento inspirador. Las tierras se labraron gracias a la contratación de tres personas y la compra de la maquinaria necesaria. Actualmente, sirven 1.200 comidas por día con todo lo que produce el campo de al lado, exclusivamente de temporada, sin forzar a la tierra a que dé más de lo que pueda. La naturaleza tiene el control y debemos adaptarnos a ella.

Por supuesto, no usan ni pesticidas ni fertilizantes —culpables de que ríos y lagos acaben contaminados— y los pocos desperdicios que se generan

como desechos, se convierten en abono. En todo momento, las niñas y niños son conscientes de este valor, porque ven cómo crece la fruta y la verdura que ellos mismos han ayudado a que crezcan y consumen con plena conciencia.

La alimentación, la forma en la que consumimos y el desperdicio alimentario es uno de los mayores culpables de la crisis climática. Solo es cuestión de cambiar hábitos para ayudar a la biodiversidad y al planeta para acercarnos a una revolución alimentaria general. Esto es, comer mejor para cambiar el futuro. El documental también hace hincapié en el hecho de que, aunque bio signifique que sea más costoso, precisamente por ello, lo valoraremos más y, de este modo, desperdiciaremos menos. La transformación alimentaria ayudaría a disminuir el precio que acabaremos pagando por la crisis climática.

En ese sentido, cabe destacar el documental **Hijos de la Tierra**, ganador del Premio Goya 2016 al Mejor Cortometraje Documental, donde se pone en valor la naturaleza y su poder de sanación a través de la investigación de las propiedades de las plantas *versus* la industria farmacéutica convencional.

En **Captain Fantastic** (2016) descubrimos que otro tipo de educación es posible —¿o no? El debate está servido—. Este film cuenta la historia de una familia distinta, una pareja con sus seis hijos que vive en el bosque americano, ajenos a la vida moderna y el *comfort* de la ciudad. Los padres se centran en una educación ambiental hacia sus hijos donde prima el respeto por el medio frente a la sociedad de consumo. Pasado un momento crítico en la familia, se origina una brecha y es entonces cuando aparecen más visibles las ventajas y desventajas de esta forma de vida cercana a la naturaleza. En esta película bella, sentimental y profunda, se relata una forma de vida alternativa a la que conocemos y, lo más interesante, se aprecia con nitidez la cloaca de nuestro sistema consumista desde el punto de vista inverso. Por eso resulta ampliamente interesante disfrutar de esta dicotomía y quizá valorar el posible punto intermedio entre la trama y la sociedad contemporánea.

Precisamente reflexioné acerca de esta cuestión a través de una cinta que me conmocionó y en la que también juega un papel muy importante la decisión de vivir alejados de la civilización. Es el caso de la producción española, **As bestas** (2022), dirigida por Rodrigo Sorogoyen. En ella, se cuenta la vida tranquila de una pareja francesa que se instala en una aldea de la Galicia rural. La convivencia con los otros vecinos no es ni mucho menos idílica, pero se vuelve aún más incómoda cuando entre todos, deben decidir si instalan un parque eólico al lado de sus casas o no. Cada uno lo vive desde su propia perspectiva tan distinta como respetable.

En ese sentido, **La batalla del viento** es un documental que se estrenó en el mismo año, en 2022, donde pueden verse a distintas personas que ofrecen su punto de vista acerca de la rápida transición de la energía eólica en el sur de Cantabria, donde se ha apreciado notablemente el impacto sobre el medio y el paisanaje. Diferentes ciudadanas y ciudadanos reflejan su punto de vista acerca de la instalación de estos parques eólicos. Claro que coinciden en la importancia de las energías renovables, pero sin incidir en el medioambiente de estas zonas rurales impactando a nivel ambiental y también social. De hecho, el lema que define esta premisa es precisamente: “Renovables sí, pero no así”.

Hacia rutas salvajes (2007), es un film que se basa en la novela *Into the wild* del escritor Jon Krakauer que, a su vez, está basado en las notas del diario de McCandless. Este senderista de 24 años, decidió caminar solo en plena naturaleza de Alaska, rompió con todo y se marchó a descubrir un lugar desconocido. Su viaje de conexión con la naturaleza le costó la vida, pues cuatro meses más tarde, su cuerpo fue encontrado por unos cazadores. Chris McCandless escribió a un amigo: «No eches raíces, no te establezcas. Cambia a menudo de lugar, lleva una vida nómada... No necesitas tener a alguien contigo para traer una nueva luz a tu vida. Está ahí fuera, sencillamente.»

Haulout (2022) es un documental filmado en la costa ártica de Siberia, concretamente en Chukotka, frente a Alaska. Allí, Maxim Chakilev, biólogo marino, estudia la que es la mayor migración de morsas del planeta y pasa cada otoño, desde hace diez, en una cabaña para la observación de este fenómeno. En octubre de 2020 las morsas suben a la costa, pero no son sólo un puñado. La costa está completamente ocupada por 95.000 morsas que rodean la cabaña. Esto es, la mayor migración de morsas del planeta. El biólogo estudia el comportamiento de éstas y apunta sus observaciones: los animales que han resultado heridos e incluso muertos — contabiliza 600 muertes, el mayor número registrado hasta la fecha— por aplastamiento para llegar hasta ahí. ¿Por qué este número de morsas, récord desde que se tienen registros? Porque no hay hielo. Necesitan el hielo para descansar de la alimentación y la migración; a causa del cambio climático y al calentamiento de los mares, las morsas tienen que pasar más tiempo en tierra.

Quizá esta problemática trasladada al cine infantil, podemos observarla en **Happy Feet** (2006), una cinta que envía un claro mensaje ecologista como el establecer áreas protegidas de pesca o la contaminación de los mares a través de escenas en clave de humor para el público infantil pero que, una vez más, vienen a denunciar los peligros y las consecuencias del calentamiento global. Los personajes principales son unos simpáticos pingüinos que sufren el deshielo de la Antártida, lo que les obliga a actuar en grupo. Un mensaje de actuación colectiva y de fuerza grupal muy potente. *¿Entonces cuál es el problema? Nos estamos entrometiendo con su cadena alimenticia, sugerimos el veto de todas las áreas pesqueras en la Antártida*”.

También del mar, concretamente del océano, trata este documental de Mario Cuesta, **El futuro del océano** (2022) El corto comienza afirmando que conocemos muy poco del océano. Su complejidad hace que nos resulte casi más desconocido que cualquier otro planeta. Nos abrumba su inmensidad. Este decenio de las ciencias oceánicas para el desarrollo sostenible (2021-2030), nos puede permitir buscar soluciones a los problemas que están asociados a los océanos y los mares para convertirlos en sanos y seguros.

Audrey Azoulay (directora general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura): “Cubre más del 70 % del globo, pero apenas hemos explorado menos del 5 %. Es nuestra nueva frontera. Tenemos muchas lagunas de conocimiento sobre los océanos, a pesar de su papel crucial para mantener nuestro planeta seguro y respirable”.

Sería clave definir las áreas marinas protegidas, como las praderas, (grandes desconocidas), que están formadas por plantas de lo más biodiversas del planeta: actúan como filtros marinos que depuran el agua, absorbiendo el carbono.

Como indican los expertos que intervienen en el documental, la contaminación no comprende de fronteras y es preocupante el nivel de mercurio en los pescados que consumimos. Por eso es tan importante incluso las fibras de las ropas que usamos, puesto que las depuradoras no pueden filtrar ciertas partículas y acaban llegando al medio marino.

El cambio de temperatura también se ha visto afectado en las zonas más profundas y eso implica catástrofes medioambientales. Las especies están migrando a profundidades porque encuentran rango de temperatura y oxígeno más favorables. A consecuencia de ello, se concentran en el mismo espacio y todavía no conocemos las secuelas que esto traería. Por eso es tan importante medir cuánto se está calentando el océano porque ello nos permite calcular en qué medida lo está haciendo nuestro sistema climático en general. Además, habría que buscar medidas de conservación para resolver la sobreexplotación de los recursos, principal problema de la pesca.

Llegados a esta problemática, cabe destacar otro documental que se centra en ella y es **The Cove** (2009), que muestra la matanza de más de 23.000 delfines en una cala en Taiji, Wakayama (Japón) y que fue filmado secretamente por Louis Psihoyos, quien trabajó como fotógrafo para National Geographic. Ha filmado

este documental a través de cámaras y micrófonos submarinos ocultos. Esto permitió que saliera a la luz un problema que ya se sabía, pero, como una imagen vale más que mil palabras, aunque resulte desgarrador su visionado, describe a la perfección el sufrimiento de estos animales y la imperiosa necesidad de reaccionar al respecto.

Como película extrañamente conmovedora, debo mencionar la obra dirigida por Darren Aronofsky, *Mother!* (2017) que protagonizaron Jennifer Lawrence y Javier Bardem. Es curiosa la forma en la que leyendo la sinopsis del film poco deja penetrar en los entresijos de esta compleja historia: *“A una mujer (Jennifer Lawrence) le pillan por sorpresa que su marido (Javier Bardem), un escritor en pleno bloqueo creativo, deje entrar en casa a unas personas a las que no había invitado. Poco a poco el comportamiento de su marido va siendo más extraño, y ella empieza a estresarse y a intentar echar a todo el mundo”*. Se trata de una alegoría a la madre naturaleza, a cómo nos hemos apropiado de todo lo que nos ha dado sin darle su valor y arrollando todo a nuestro paso. Merece mucho la pena apreciar esta obra teniendo como premisa esta visión y mensaje ecologista que no es otro que una crítica a los excesos acometidos en la Tierra.

En **The blame game** (2018) somos testigos del basurero de Agbogbloshie en Ghana, que es el lugar más tóxico de la Tierra. Este documental narra la historia del tráfico ilegal de desechos electrónicos del que se alimenta. El problema inicia con la gran cantidad de productos electrónicos de segunda mano que se envían a África, donde apenas hay controles, generando así un vertedero de estos productos y generando, a consecuencia, una gran contaminación. Es enorme el negocio que hay detrás de las ventas en forma de importación y exportación. Pero el documental también muestra la cara más amable —que la hay— y son los proyectos que se han creado en diferentes partes del mundo, que defienden un cambio de la relación de las personas con la tecnología. De esta manera, aprendiendo a reparar dispositivos electrónicos, evitaría tener que comprar uno nuevo, además de prolongar su vida útil, evitaríamos su futura contaminación en lugares como Ghana y sus efectos colaterales. Por ejemplo, sabemos de sobra que, al quemar el plástico de los cables de estos dispositivos, además de contaminar, perjudica gravemente la salud de las personas que se exponen.

El documental explica que para su producción y grabación se han tardado cuatro años y que, en este tiempo, han comprobado que no ha cambiado nada con respecto a su legislación. Una vez más, —afirman—, el juego de las culpas, pero el tiempo pasa sin que nadie cambie esas reglas del juego pensando en el bien común.

Y hablando de mirar hacia otro lado, finalizo este paseo por la cultura de la sostenibilidad, con **Don't Look Up** (2021). Profesor y alumna de Astronomía descubren que un enorme cometa se aproxima a la Tierra para colisionar en, aproximadamente, seis meses. En este tiempo, ambos advierten al mundo de lo que va a ocurrir y a nadie parece importarle. Una crítica feroz a la sociedad contemporánea, a la decadencia de esta y sus valores, al consumo de redes sociales, la manipulación de los medios de comunicación y el cuestionable valor de la comunidad científica en una sociedad frívola y consumista. Ciertamente, se trata de una sátira que goza de un realismo perturbable pero que, como mínimo, sirva para remover a alguna persona desde su sofá o del asiento del cine. Al final, así es como debería servir la cultura en general, para hacernos mirar a todas direcciones observando lo que está en nuestras manos poder mejorar. Y no mirar solo arriba.



Francisco Torrents Rodríguez

Muchos pájaros negros

Barullo en el árbol. Alboroto de pajarillos inquietos. Shi shi shi shiii susurrados se repiten como si un grupo de niños estuviese jugando al escondite en lo alto del árbol. Shi shi shi shiii en movimiento. Difícil de situar, la imagen. Baste con la vista general. Cuando uno de los pajaritos se deja ver lo suficiente, se le aprecia una corona dorada orlada de negro dibujando unas cejas enfadadas en la cara de aquellas bolitas de pluma. Son reyezuelos.

Despachan su vitalidad en cada árbol que visitan. Luego parten, repartiendo, sobrados de energía. Otro árbol los acoge y vuelta a empezar. Juegos, aleteos, brincos de rama en rama. No paran.

El niño que los observa no sabe ni de reyezuelos ni de reyes, grandes o pequeños. Ni siquiera sabe que los pájaros tienen nombre. Está extasiado imaginándose en el árbol, divirtiéndose con los pájaros, participando de sus travesuras.

Los observa con curiosidad. Aquellos pajaritos inquietos le recuerdan los juegos del patio del colegio. Pero parece que para ellos el recreo es continuo. No cree que tengan media hora cronometrada.

Los pajarillos se van. Siempre se van. Siempre hay otro rincón de bosque que los atrae.

El niño se queda. Permanece bajo el árbol, pensando. Un poco decepcionado porque el árbol se quedó en silencio. Los reyezuelos han dejado como un vacío, un espacio que no sabe llenar.

Con las manos en los bolsillos, como hacen las personas mayores, continúa el camino a casa. El ceño fruncido, preguntándose cómo puede hacer para que los pájaros estén siempre en el árbol, para poder verlos todo el tiempo. Sus razonamientos son tan básicos como: me gustan los pájaros, quiero que haya pájaros. No entiende de ciclos vitales, estaciones ni tipos de alimentación. Mucho menos de hábitats, ecosistemas, de equilibrio ecológico, y de pirámides tróficas ni hablemos.

Él quiere pájaros y punto. Lo mismo le da si hace frío y amenaza con nevar o si el calor raja las piedras. Pájaros ha decidido. Y en su mente de niño el deseo se convierte en objetivo vital, algo más importante que cenar o tener que ducharse.

Un cuervo estremece el aire con su graznido torvo. El sonido que emite da un poco de repelús, nada que ver con el si si si shiii dulce de los pequeñitos del árbol, pero él ya es grande y no tiene que asustarse de nada. Así que, aprieta las manos en los bolsillos, hunde el cuello en el suéter y continúa andando, mirando de vez en cuando de reojo no sea que se le acerque aquel pájaro tan negro y malencarado. Su madre lo espera a unos metros ajena a los razonamientos que el pequeño baraja. A regañadientes aferra la mano que le

ofrecen, él ya es mayor, mientras intenta razonar por qué aquel pájaro negro es tan diferente a los chiquititos del árbol.

El impulso de la mano materna lo obliga a acelerar el paso. Da igual, su mente sigue dando vueltas a su plan definitivo: la mejor manera de conseguir pájaros para el árbol. Pájaros que se queden, no como aquellos menudos que se van cada vez que quieren.

Por algún motivo decide no contar a nadie su decisión de conseguir pájaros para su árbol. O mejor, pájaros para todos los árboles. El proyecto va aumentando y ya no se conforma con llenar de pájaros un árbol. Va a llenarlos todos y luego verá. Seguro que se le ocurre algo. ¿Los pájaros se conseguirán como la leche, en el supermercado? Esa duda lo para en seco. Claro. Si no ¿de dónde van a salir?

—¿Los pájaros se compran en la venta?

—Claro que sí. Se pueden comprar pájaros muy bonitos en las tiendas de animales. — la madre ve en la pregunta una variante a la ruta de vuelta a casa, se desvía hacia la tienda más cercana y le enseña al chiquillo los loros, inseparables, diamantes y canarios que pueblan las jaulas. Le sorprende que no les preste mucha atención. Apenas los mira, como si estuviera cavilando algo. Pero para ella lo importante es que se acerca la hora de la cena y toman el camino de vuelta a casa.

La cabeza del niño bulle a toda velocidad. Los colores de los loros lo han dejado fascinado. Aquellos son los pájaros que quiere para el parque. Ya se imagina paseando y los loros anaranjados asomados entre las ramas.

Aunque su expresión se ha relajado un poco continúa dándole vueltas a tantas dudas que pululan por su cabeza.

—¿Por qué todos los pájaros no son iguales?- entre los loros ha asomado la figura tenebrosa del cuervo narigudo y se estremece pensando que los árboles se puedan llenar de pájaros negros y funestos.

—Porque... —la madre piensa en una respuesta que no sea demasiado compleja y la consigue. —Luego le preguntas a tu padre. —Asunto resuelto.

El plan es el siguiente, va tramando el chiquillo. Irá a la tienda, cogerá los pájaros que le quepan en la bolsa que ha cogido en la cocina y los llevará a los árboles del paseo. Por allí empezará. Si cada día suelta unos cuantos en poco tiempo conseguirá que haya pájaros en todos los árboles.

—Mañana tenemos que ir a buscar pájaros a la tienda. Antes de ir al colegio. Los soltaré cuando vaya de camino y así, cuando salga, estarán todos en los árboles.— la madre lo mira entre sorprendida y burlona. Qué se le habrá metido a este en la cabeza con los pájaros. Menos mal que están llegando a casa y su marido se hará cargo del tema.

—¿Tú tienes dinero para comprar pájaros?—la pregunta de su padre lo deja paralizado. Dinero. No había caído en que los pájaros costaran dinero. Pues alguien se habría gastado mucho para soltar todos los que se ven en el parque. —Eso son pájaros silvestres. Nacieron en libertad, en la naturaleza. No proceden de ninguna tienda. Nadie los ha comprado.

El chiquillo cada vez está más confuso. Unos nacen en la calle y otros en las tiendas. Y ¿los de las tiendas no salen nunca a la calle?— rápida conexión con la película del sábado. Pues entonces están en la cárcel. Conclusión: hay pájaros libres y pájaros encarcelados.

El dilema del dinero descarta, por el momento, la posibilidad de ir a la tienda a por pájaros y retoma la segunda cuestión que le llamó la atención. —¿Por qué son diferentes?—

—Porque sí. Depende de lo que comen, del tipo de ave que son.— Ahora resulta que los pájaros son como son por lo que comen. ¿Será igual con las personas? ¿Seré de una manera o de otra si como potaje o arroz? El niño ya no entiende nada.

Mientras camina hacia el colegio va mirando el cielo. Le ha entrado el gusanillo de descubrir todos los pájaros diferentes que pueda y no quiere desperdiciar ni un momento. Pero los que ve no le dan opción. Vuelan tan lejos que no consigue apreciar detalles que le ayuden a reconocerlos. Desanimado ralentiza el paso deseando con todas sus fuerzas que aquellas manchas ágiles que pasan bajo las nubes cambien de rumbo y se acerquen lo suficiente para verlos con claridad. Pero la llegada al colegio corta en seco las posibilidades y olvida su misión por unas horas.

El árbol está vacío. Claro, como tienen que llenar todo el bosque, tienen que ir de árbol en árbol. Tremendo trabajo tienen. Está mirando el espacio en blanco que supone para él la ausencia de aves en la trama de ramas sobre su cabeza, cuando aparece otra vez el pájaro negro. Está a punto de salir corriendo pero observa algo que no cuadra. Este no parece tan amenazador. Incluso parece más pequeño y, en lugar de aquel pico negro y ganchudo, su pico es más pequeño y de un color amarillo intenso que llama mucho la atención.

Para demostrar que no es el enlutado del día anterior, Pico amarillo se lanza a entonar una melodía aguda y disparatada que se acelera, frena de golpe, se acelera de nuevo y aumenta de intensidad sin, al parecer, ningún tipo de orden, hasta diluirse en un gorjeo dulce que deja al niño ensimismado.

—¿Cuántos pájaros diferentes hay? — Pregunta el chiquillo a la hora del almuerzo. Ahora le dio por los pájaros, piensa el padre dudando entre mandarlo a preguntarle a la madre o responder cualquier cosa. Tiene el tiempo justo para volver al trabajo y no está para investigaciones. Como el padre le da esquinazo, el chiquillo empieza a hacer una lista mental con los que ha observado hasta el momento. A ver, los chiquititos del árbol, el negro con mala leche... con los de la tienda se hace un lío y decide volver en otro momento para poder contarlos. Suma al negro simpático, el cantarín, el del pico amarillo. Ya tiene tres seguros y, siente que su misión va cobrando sentido, aunque no sabría decir por qué.

A la vuelta le pide a su madre que lo lleve a la tienda. La madre consiente después de recordarle que los pájaros de la tienda se venden, que no puede llevárselos así como así. Cuánto le durará la etapa pajarera. Primero fueron los dinosaurios, después las capitales del mundo. ¿Qué vendrá después de las aves?

Cuando el niño le pregunta cuántos pájaros diferentes tiene en la tienda, el dependiente, un chico joven con nulas habilidades comerciales y menos vena didáctica, le responde que los cuente él mismo y, con el cuello doblado como

un buitre en un roquedo, vuelve a fijar toda su atención en el móvil. La madre charla animada con alguien con quien se ha encontrado justo antes de entrar. Inconscientemente, el niño relaciona al vendedor con el pájaro negro, el antipático, y sale de la tienda sin atreverse a recorrerla en solitario.

Decepcionado camina pensando en la cantidad de pájaros que se ha perdido. Sus planes no paran de estancarse y así nunca tendrá una gran lista de pájaros. Ese es su nuevo gran objetivo, hacer una relación con todos los pájaros diferentes del mundo. Tiene que haber cincuenta por lo menos.

—¿Sabes cómo se llama el pájaro negro, el simpático? —no puede evitar soltar la carcajada ante la insólita pregunta. —¿El simpático? ¿Y quién es ese?

—Uno negro con el pico amarillo que canta muy raro.—

—Ahh... —suspira aliviada ante la facilidad de la respuesta— eso es un mirlo.

—¿Mirlo?— fuerte nombre raro— y ¿por qué se llama así y no, negro con el pico amarillo, por ejemplo?— Ya estamos. Sin mirarlos puede imaginar cómo la cara de su hijo se torna en ametralladora de preguntas, y respira hondo. —Pues por la misma razón por la que no te llamamos a ti, pequeño con el pelo rizado y preguntón.— Su propia respuesta le hace gracia y sonrío al chiquillo que la mira descolocado.

—Y el negro con cara de enfadado que en vez de cantar parece un sapo?— La madre suspira ante el examen que se le viene encima. —Pues no sé, habría que verlo. Sin verlo no te puedo decir. Es que hay muchos pájaros negros.

Muchos pájaros negros. El dato entra en la cabecita del niño como el primer rayo de sol calienta las plumas de los reyezuelos entumecidos sobre las ramas de los acebiños.

Muchos pájaros negros. Entonces cómo sabe cuál está viendo. Cómo se diferencian. Las preguntas brotan enracimadas, como una explosión de dudas imposibles de diferenciar y le impiden darse cuenta de que ya ha encontrado una clave al diferenciar al mirlo del antipático. Le cuesta anteponer una a la otra, ordenarlas. Las ansias por saber más lo abruman y entra en un bucle en el que solo entiende que hay muchos pájaros, parecidos entre sí, y que no sabe cómo diferenciarlos.

Muchos pájaros negros. El comentario queda flotando en el aire como una revelación definitiva.

—Y ¿uno chiquitito que canta si si siiii?

— Pregúntale a tu padre.— la madre aprieta el paso decidida a traspasar el papel de interrogada a su marido. De reojo ve al chiquillo hacer cuentas con los dedos. Uno, dos, tres. Cierra la mano. Uno, dos, tres, y la vuelve a cerrar. Qué estará contando.

— ¿Quién le pone el nombre a los pájaros? —De alguna manera presente que en la respuesta a esa pregunta está la clave de todo. De los pájaros de la tienda, de los pájaros negros, sean simpáticos o no...

Le da un descanso a su bombardeo de preguntas porque de un rígido ciprés del jardín surge un bando de pajaritos marrones, alborotando el paseo con sus

chillidos. Se posan en el suelo, bajo un banco solitario donde, probablemente estuvo alguien echándose un tentempié. Los bichillos se mueven dando cortos saltitos con las dos patas a la vez entre las patas del banco, picoteando y emitiendo un sonido como un chirrido y, uno tras otro, se van marchando cuando culminan su incursión, victoriosos, con alguna miga en el pico.

Está tentado de preguntar pero se contiene. Uno, dos, tres, cuatro. El chiquitito, el enfadado, el mirlo y el canelo manchado.

Su padre no tiene idea de quién le pone nombre a los pájaros. Los científicos será, dice sin mucha convicción. Y qué es un científico. Pues un señor que estudia para mejorar las cosas.

—Entonces ¿yo soy un científico?

—¿Tú? ¿Y eso por qué?— ha caído en la trampa. Claro, va al colegio a estudiar, para mejorar. No tiene más remedio y trata de darle una explicación que zanje el tema lo más pronto posible. —Un científico es una persona que se dedica durante mucho tiempo a estudiar un tema, que lee todo lo posible sobre ello para tener toda la información y poder sacar conclusiones que avancen en el conocimiento que tenemos sobre ese tema.— Con eso cree que será suficiente, pero el niño vuelve a la carga.

—¿Hay científicos de pájaros?

—Claro. Hay personas que estudian los pájaros.

—Y ¿lo saben todo sobre ellos? ¿Tú conoces a alguno?

— ¿Algún pájaro?

—Nooo.. a algún científico. Bueno algún pájaro también. ¿Sabes cómo se llama el chiquitito canelo que hay en el parque?— De lejos la madre cae en la cuenta e interviene.

— Esos son gorriones. Hay muchos en los jardines. — sin más el chiquillo sale corriendo dejando a su padre con la palabra en la boca. Uno, dos, tres, cuatro. El chiquitito, el enfadado, el mirlo y el gorrión. El chiquitito, el enfadado, el mirlo y el gorrión. El chiquitito, el enfadado, el mirlo y el gorrión.

A la hora de la cena el chiquillo ostenta una lista con cinco nombres en su hoja de papel. Ha sido asomarse a la ventana de la habitación y descubrir aquellas cruces negras pasando como flechas sobre los tejados. Le apura preguntar tanto pero el anhelo por ponerles nombre puede más y lo suelta.

— ¿Saben cómo se llama un pájaro negro que parece una cruz?— la madre tenía razón, cuántos pájaros negros hay. Después de unos segundos el padre deshace el enigma.

— Andoriñas. Fíjate mañana cuando vuelvas del colegio. Se meten en las casas viejas, en los huecos de los tejados y hacen los nidos allí.— el chico apunta rápido aquel nombre tan raro junto a la cruz negra. Cinco. Y rápidamente cae en la nueva información. Nidos dentro de los tejados.

Ante el aviso de que se ponga a cenar, deja el lápiz y mientras sopla la cuchara colmada de sopa, recorre mentalmente la ruta desde su casa hasta el colegio tratando de identificar las casas viejas con tejado. En un momento de inspiración, deja de comer y apunta junto al 5: cruz negra, andoriña, nido en los tejados. No sabe por qué, pero le parece importante. Y raro. Desde luego, estos pájaros son un mundo de sorpresas.

— Soy un científico de pájaros— declara ante sus amigos. Las risas no se hacen esperar pero él no se amilana. — Ya tengo 5 diferentes en mi lista. A ver ¿ustedes cuántos conocen? —pregunta retador. Y ante el momento de duda se lanza al vacío: —A ver quién conoce más pájaros.— ante no hacer nada y discutir de pájaros, el grupo se apunta y comienza la competición:

— Mirlo — declara tajante ante una concurrencia que, ante sus últimos avances, considera ignorante.

— Papito — todos estallan a la vez. Entre carcajadas repiten burlones papito, papito y se ríen juntando risotadas y señalando a la chica que lo ha dicho.

— Papito, papito... — cualquier motivo es bueno si sirve para burlarse de alguien. Aunque las carcajadas amainan el concurso termina como empezó. El grupo comienza a dispersarse por el patio del colegio, unos riéndose todavía, la otra con cara de al próximo que diga algo le doy un tortazo, y el instigador del evento, dubitativo, vacilando entre apuntar o no un número seis en su lista.

Una vez más la duda lo impulsa y, aún a riesgo de aumentar su enfado, se acerca a la chica enfurruñada.

— ¿De donde sacaste eso?—

— Es un pájaro. Yo lo he visto. Tiene la barriga roja.

— De verdad... ¿hay un pájaro que se llama “papito”?— lo de mirlo le pareció raro, la andoriña ni te cuento, pero papito...

— Si vienes a burlarte ya puedes marcharte por donde viniste.— el cabreo no le impide defenderse y le cuenta: — Claro que existe. Cuando cogemos papas siempre está en la linde. Y si se remueve la tierra salta a coger los gusanos que asoman. —Ante el interés del chico se va olvidando del cachondeo y continúa:— parece una bolita. A mi me encanta. Y dice mi padre que es el mejor amigo de los agricultores porque los acompaña hasta que termina la jornada. A mi me gusta hasta el nombre, papito.

—Me gustaría verlo.

— Aquí no lo he visto nunca. A lo mejor están solo en las huertas. Pero aquí hay chivitas. Ven.

Los dos chiquillos corren por el patio hasta los setos que bordean el edificio central.

— Aquí los vi ayer. Hay que fijarse porque son pequeños y no paran.

Mientras esperan a que aparezca un chivita el chico saca su lista y apunta junto al seis: PAPITO. El hecho de no haberlo visto le genera un cierto desasosiego, como si apuntarlo así, de oídas, fuese como un engaño. Los otros cinco los ha visto con sus propios ojos. Pero, a la vez, siente la necesidad de apuntarlo, como si al contabilizarlo en el papel solamente quedase el trámite temporal de llegar a verlo. Duda un rato y, finalmente, junto al nombre y come gusanos, como un ejercicio de honestidad consigo mismo añade: PENDIENTE DE VER.

Y lo mismo hace con el siete, CHIVITA. Entonces cae en la cuenta y le pregunta: — ¿El chivita ese canta haciendo si si si sii?— la chica no se esperaba esa pregunta.

—No lo sé. Ni me había fijado en cómo canta.

De vuelta a casa tampoco consigue descubrir a las andoriñas en los tejados de las casas viejas. Las ve volando muy alto. Demasiado lejos. Su madre se desvía de la ruta habitual y pasan por la tienda de animales. Un enorme loro rojo, azul, amarillo, naranja, de todos los colores posibles, come pipas en el escaparate, posado sobre una barra de hierro y con una pata encadenada al poste.

—¿Este cómo se llama?— guacamayo... aquello tiene que anotarlo rápido porque seguro que se le olvida. Ocho.— Y ¿en los árboles no hay?— solo en tiendas para que sirvan de mascotas. Eso sí que es una tontería. Una mascota es un perro, piensa el chiquillo, que lo sacas a pasear y juegas y te diviertes con él. Pero, un gauca... ga.. gu... iguacamayo! Menos mal que lo había apuntado. Eso es un aburrimento...

— Cuando nos casamos, tu padre y yo fuimos de Luna de Miel a Brasil. Nos quedamos en un hotel con jardines y muchos árboles. Por todos lados sonaban chillidos de pájaros, y monos también había. Si vieras cómo aparecían los guacamayos entre las palmeras. Impresionaba su tamaño, sus colores. No me gusta verlos aquí. Están como tristes— lo que pensaba, barrunta el chiquillo tras la confesión de su madre, aquello es como una cárcel.

De vuelta a casa, el ceño fruncido de nuevo, se debate entre prescindir o no del número ocho. Lo ha visto, eso es un hecho, no como el papito ni el chivita, pero aquella cadena le quita algo al pájaro. El hecho de no verlo en el cielo sino en una tienda, que esté siempre allí, en el mismo sitio, que necesite dinero para comprarlo, que sea para tenerlo en una jaula... aquello le chirría un poco al chiquillo que siente que la ciencia no lo acompaña en el número ocho. Pero tiene hasta el nombre. Ocho. Y el número mismo le genera dudas.

Lo compara con el antipático, aunque le de un poco de grima, y la balanza se inclina hacia aquel pájaro negro, porque va volando, porque canta aunque su canto sea desagradable y le de un poco de miedo.

En el banco donde descubrió a los gorriones se suelta del brazo de su madre y, sacando rápidamente su hoja, tacha el número ocho y aquel nombre tan difícil. Lo hace con un poco de pena. Ha perdido una oportunidad de aumentar la lista. Otra vez parece que sus avances se truncan. Pero a la vez siente un orgullo que no sabe definir. Una sensación de justicia se posa sobre su bisoña cabecita. Por algún motivo que no consigue precisar, no quiere en su lista aves tristes. Prefiere la incertidumbre del papito que aún no ha visto a la certeza de un guacamayo enjaulado en un escaparate.

Su madre lo mira con curiosidad. Lleva varios días apuntando nombres de aves y se le ve entusiasmado. Sonríe orgullosa mientras lo observa buscar con la mirada en las ramas de las palmeras y las adelfas del jardín.

Cuando llegan a casa su padre lo mira con expresión seria. Parece enfadado. El chiquillo intenta recordar si ha hecho algo malo y trata de escabullirse pero

su madre se mantiene a su espalda y lo sujeta suavemente por los hombros. Tu padre quiere hablar contigo. Aquella revelación nunca es buena. Algo ha hecho. Pero no recuerda qué pudo ser. Lo único que recuerda es estar pendiente de los pájaros.

— Así que tenemos una nueva afición— dice su padre finalmente. El niño no relaciona su lista de aves con una afición y mira perplejo al rostro adusto sin saber qué responder. Unos segundos de silencio que se le hacen eternos lo hacen dudar de todo. Piensa hasta si hizo bien en eliminar al guacamayo de la lista, si al mirlo no le cambiará el color del pico y se convertirá en un antipático, si existirá de verdad un pájaro llamado papito.

Aquella tensión se le hace insoportable pero, de repente, el rostro de su padre se ilumina con una sonrisa que disipa sus temores. Algún truco había porque el enfado no era real. A la vez, el rostro de su madre aparece a su lado, sonriente también. Y entonces surge ante sus ojos algo que cambiará su vida para siempre. La impresión es tan electrizante que lo deja sin palabras.

Un rechoncho pájaro con el pecho rojo ocupa la portada bajo unas palabras que se le graban en el cerebro como el mejor regalo de su vida: MI PRIMERA GUÍA DE AVES.

I
residencia
deliteratura
medio ambiente
I

residencia
deliteratura
medio ambiente
I

residencia
deliteratura
medio ambiente
I



I residencia *de literatura y* medio ambiente